

HUGO NAVARRO BOLANDI

LA
GENERACION
DEL

48

JUICIO HISTORICO-POLITICO SOBRE
LA DEMOCRACIA COSTARRICENSE

EDEL

HUGO NAVARRO BOLANDI

LA GENERACIÓN DEL 48

JUICIO HISTÓRICO-POLÍTICO SOBRE LA
DEMOCRACIA COSTARRICENSE

EDEL

EDEL – Editorial Electrónica v 1.0

<https://guiascostarica.info/edel>

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>

El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

SUMARIO

Cap.

Prólogo, Luis Alberto Monge
Introducción

PRIMERA PARTE

ANTECEDENTES PRÓXIMOS Y REMOTOS A LA GENERACIÓN DEL 48

- I Los viejos tiempos
- II El camino ganado
- III Don Bernardo Soto, don Mauro y los "olimpas"
- IV ¿Generación del 89?
- V Treinta años de paraíso artificial
- VI Fisonomía civil-caudillista de don Cleto y don Ricardo
- VII Virtuosismo político
- VIII Ocho años después
- IX Impulso revolucionario del pueblo
- X Surge el reformismo
- XI ¿Se vislumbra el fin?
- XII El fin del régimen

SEGUNDA PARTE

LA VERDAD DE NUESTRA VIDA DEMOCRÁTICA

- I Las ideas
- II Los hechos
- III Orígenes e interpretación de la generación del 48
- IV La generación del 48 y José Figueres
- V Lo que sucedió después
- VI La prueba de los dieciocho meses
- VII Lo que ha hecho y lo que no ha hecho la generación del 48

TERCERA PARTE

EL PRESIDENTE JOSÉ FIGUERES

- I Lo que realmente es y lo que hizo
- II Una idea costarricense de restauración nacional
- III Definición y obra
- IV Pensamiento y doctrina de la Segunda República
- V Internacionalismo Americano
- VI Perfiles de su fisonomía político-filosófica
- Conclusión

PRÓLOGO

Los años recientes de nuestra historia ofrecen un empeño más definido y mejor orientado del costarricense por encontrarse a sí mismo. En las diversas manifestaciones del saber y en los más elevados productos del espíritu, van apareciendo los elementos y las formas propias, es decir, los elementos y las formas de lo costarricense .

Los estudiosos disuelven más y más la niebla de los prejuicios, de los conceptos errados y de los falsos valores que imposibilitan ver y palpar nuestra realidad. Dentro de ese esfuerzo, debe ocupar primordial sitio la búsqueda del ser costarricense para conocer con criterio cierto sus motivaciones y manifestaciones. Esta tarea es de extraordinaria importancia: mientras ignoremos lo que somos, será difícil seguir el hilo que nos comunica a las fuentes de origen y no serán claras las metas de superación.

La historia es principal auxiliar en el cumplimiento de tan ardua tarea. Y más que la historia que relata hechos y compila documentos, la que interpreta esos hechos, les da secuencia y establece su vínculo con el proceso de conformación del ser costarricense.

En este aspecto observamos progresos alentadores. Citamos dos ejemplos solamente: los trabajos publicados por la Comisión encargada de escribir la historia de la Campaña Nacional de 1856 y varios escritos del Profesor Carlos Monge Alfaro.

Sin embargo, en el campo de la historia de las ideas que han influido en nuestra vida, es más notaría la necesidad de un trabajo sistemático de auscultación por todos los vericuetos de la trayectoria histórica nacional.

La obra de Hugo Navarro Bolandi que tengo el honor de prologar, constituye un extraordinario y valioso aporte a la historia de las ideas políticas en Costa Rica. Debería ser incentivo para un quehacer constante de nuestros estudiosos, dirigido a historiar integralmente las ideas del costarricense.

Ofrece el distinguido compatriota una visión resumida de ideas importantes que encadenan el devenir político de nuestra patria. Pero los ojos de su interpretación histórica se centran en las fuentes, manifestaciones y proyecciones de la llamada "Generación del 48". Hugo Navarro Bolandi la exalta y establece su existencia como hecho social comprobado.

Existe la "Generación del 48". Su influencia en el curso, ritmo y velocidad del acontecer nacional reciente, es innegable. ¿Por cuánto tiempo subsistirá su influencia? Es imposible predecirlo. Cuando afloró no tenía marco partidista. Las circunstancias la obligaron —por lo menos a la mayoría de sus componentes más destacados— a organizarse bajo una fisonomía política. La pulsación fiel del momento histórico nacional en un momento dado, puso en sus manos la maquinaria administrativa del país y le señaló otras graves responsabilidades frente a la impostergable renovación de las instituciones políticas, económicas y sociales, para permitir atender los requerimientos de la época y de las mayorías populares.

Desde el instante en que se configuró políticamente, su modo de actuar y proyección histórica, estarán en buena parte determinados por el acontecer político nacional. Conviene entonces observarla dentro de ese marco.

La casi totalidad de sus miembros, ha reaccionado en forma homogénea ante serias crisis nacionales. La concepción de la democracia política —si acaso con muy pequeñas variantes de matiz—, es uniforme. Pero al parecer no reacciona de modo homogéneo frente a las distintas motivaciones que le depara el ejercicio del poder público, ni en su ajuste al proceso evolutivo.

Algunos, dentro ya del cumplimiento de sus responsabilidades políticas, se han mostrado propensos a un sentimiento de satisfacción que sólo se altera cuando se afectan sus intereses personales; actitud que los ha llevado a perder los puntos de contacto con las vibraciones populares. Como consecuencia, se ha producido en ellos frecuente olvido de los compromisos adquiridos con el pequeño agricultor y con los asalariados del campo y la ciudad; casi siempre acompañado de un deslizamiento hacia planos de contacto con representantes del sector plutocrático. Para definir su situación, nuestro campesino dice que "la altura los ha mareado".

Dichosamente, la "Generación del 48" ha mostrado innegable capacidad para la emulación interna y una dinámica originada en factores internos y externos que ha sabido asimilar. La mayoría de sus componentes, de una parte, no sólo ha mantenido y mantiene la vigencia de los principios sino también la tónica que le ha dado su característica esencial; y de otra, la gravitación en su vida de los imponderables históricos y la magnífica salud política de nuestro pueblo, que le permite eliminar las toxinas por proceso natural. Es así como la "Generación del 48" se purifica y se renueva, en un constante proceso de superación de sí misma y de captación del apoyo popular.

Por lo que nos ha ocurrido al leer esta magnífica obra, estamos seguros de que en ella también encontrarán otros lectores sabias enseñanzas y grandes inquietudes por el bien de la patria y de nuestro pueblo.

Antes de terminar, algo debemos decir de Hugo Navarro Bolandi. A pesar de que es un auténtico valor de nuestra intelectualidad, su modestia y su prolongada ausencia del país, no ofrecen un conocimiento justo de él en Costa Rica. Una cultura pulida en universidades europeas y americanas; nutrida en incesante lectura y en experiencia llena de vivencias espirituales. Una sensibilidad exquisita. Un hombre al servicio de ideales. Ese es Hugo Navarro Bolandi.

Luis Alberto Monge.

México, D. F., 1 de diciembre de 1956.

INTRODUCCIÓN

He aquí un modesto ensayo formado de elementos informativos y de juicios propios sobre Costa Rica: su historia, su política, sus hombres. Creemos haber logrado un conjunto vario pero armónico que da una idea comprensiva de como andan las cosas en nuestra patria.

País de poca memoria política el nuestro, hemos creído de nuestro deber refrescar los acontecimientos de las últimas décadas y deducir nuestras enseñanzas, para que la verdad histórica no sufra las maliciosas alteraciones que produce la siempre cambiante y tornadiza politiquería ambiente.

Hemos dejado de lado algunos aspectos laterales del panorama nacional, fijando nuestra atención y análisis en lo que a nuestro juicio es más importante hasta llegar al relieve de la generación del 48 y del Presidente don José Figueres. Todo ello, con honesta y limpia objetividad.

En cuanto al tono de nuestro glosario, el lector advertirá en seguida un cierto acento de pasión. Divisa ha sido de la escuela de Mommsen, el coloso de la Historia, escribirla "cum ira et studio", o sea en buen romance, con iracundia y entusiasmo. ¿Por qué no habíamos de aceptar nosotros esa preceptiva de sana sabiduría?

Entendemos que no debe prescindirse de la pasión en la crítica, porque la verdadera historia no radica en los hechos que narra sino en la filosofía que los inspira y en los móviles de los hombres que los determinan. Luego, una y otros han de engendrar, ineluctablemente, sentimientos de simpatía o de rencor.

La Historia, si realmente ha de ser maestra de la vida, según la definición clásica, no puede prescindir de las tendencias y direcciones que les imprimen a los hechos sus forjadores y creadores. Historia no es repetir, sino traducir e interpretar a la luz de la moral y bajo el signo de la necesidad nacional. La historia de los pueblos no es mirada de curiosidad o de recuerdo al pasado, sino juicio fundamental valedero como guía para transitar con seguridad hacia el futuro.

Creemos habernos ceñido a esa pedagogía y por ello juzgamos que son suficientes estas explicaciones preliminares al trabajo que encomendamos y entregamos al fallo de la opinión de nuestros lectores.

HUGO NAVARRO BOLANDI

México, D. F., agosto de 1956.

PRIMERA PARTE

**ANTECEDENTES PRÓXIMOS Y REMOTOS
A LA GENERACIÓN DEL 48**

I

LOS VIEJOS TIEMPOS

Hemos querido hilvanar en este ensayo unas cuantas reflexiones sobre la evolución de Costa Rica relacionándola, en lo pertinente, con la que se produjo en el mundo del cual somos partícula, pero parte al fin, que vengan a resultar —lo son por lo menos en intención— algo así como portada a esa "otra historia" de la que es anticipo indudable el magnífico libro de Alberto F. Cañas "Los 8 años", cuyos umbrales traspasó ya la generación del 48 en un impulso resuelto y decidido hacia la Historia, con mayúscula—, pero no en proyectismo o papeles escritos, sino en espíritu vivo de obra bien cimentada.

Todos los costarricenses se saben de memoria la historia de la Patria, pero nos olvidamos de ella en cada una de las crisis que experimentamos. De pura vieja en experiencias, se nos hace nueva en cada lección de los acontecimientos que los imponderables suscitan, aunque en Verdad no lo sean en su. lógica implícita.

* * *

El libro de Cañas se abre con un bello epígrafe que por sí solo es todo un poema: "Costa Rica era una democracia". Lo fue, decimos nosotros, no dejó de serlo; sigue siéndolo.

Firmó el "Acta de Independencia", de puro sabor romántico, como "provincia centroamericana". Su posición apendicular en la Capitanía General de Guatemala, no había de permitirle otra cosa. Las posibilidades no las determina la conciencia sino la potencia. Y Costa Rica no era más que una inerme colonia de agricultores y trabajadores de todas clases.

El 5 de abril de 1823 se transforma en pueblo. A consecuencia de la Batalla de Ochomogo, la capital se nos viene a San José. La idea realista ha sido vencida por el hecho republicano. Gestor y realizador de la hazaña resulta ser un tal don Gregorio José Ramírez con aires dictatoriales que, por la ocasión, rebasan su propia audacia. Durante muchas décadas, —subraya Cañas—, los textos escolares de historia lo ignoran. El hecho se explica: tras-puesta la emergencia, el ciudadano Ramírez convoca a la Asamblea. El pueblo y no él resolverá, en mandato corporativo, sobre el futuro. Por de momento ya San José es capital, punto de partida y cabeza dirigente.

Sigue Costa Rica de "provincia" centroamericana hasta 1848, en que se constituye en nación soberana, al erigirse oficialmente en República. La iniciativa corresponde a don Braulio Carrillo que con pulso firme y la, mirada puesta en la anarquía federal, supo traducir la angustia y el ansia populares.

Estableció el Gobierno fuerte, dé substancia bolivariana, con las naturales variantes impuestas por las circunstancias y el ambiente locales. Fuerte, pero de raíz democrática y esencias liberales. Las violencias de su mando no fueron opresión, sino disciplina contra la haraganería.

Se decretan los primeros Códigos, se organiza la justicia y se le da impulso al cultivo del café; es decir, estructuración jurídica y legal de la República y desarrollo en amplitud nacional de lo que en

adelante será la base y el sustento de su economía: en suma, leyes y pan. Se canceló la Deuda de la Federación en la parte que correspondía a la extinguida provincia, lo cual implicaba emancipación económica dentro de la libertad política que se dio por sí misma al reafirmar en Ochoyugo, con sus hermanas del Istmo, el pronunciamiento de Guatemala.

Sin embargo, hasta aquí Costa Rica no pasa de ser proyecto de nación, porque nación integral, acabada, tanto observada desde dentro como desde fuera, no lo fue hasta que, con don Juan Rafael Mora a la cabeza, tomó la delantera a las hermanas centroamericanas en la defensa de la libertad de Nicaragua, a pesar de Máximo Jerez y sus nicas liberales.

Las naciones, grandes o pequeñas, se hacen por dentro y desde dentro ciertamente, pero mirando hacia fuera y marchando a la par y al compás del mundo. Se es, no tanto por lo que se tiene en casa como por lo que se puede fuera de ella en el comercio natural, en el intercambio y la convivencia con los hombres y las sociedades. No se trata de una tesis nuestra sino de un teorema de geometría social, que también los hay en la ciencia de la política.

En la epopeya antiesclavista de 1856 y 1857 adquirió relieve un Juan Santamaría, figura real para muchos y para algunos simbólica —no entramos en la discusión— pero ya histórica o bien legendaria, caracteriza el sentido popular de la naciente democracia nacional.

Después, una sucesión de gobiernos, civiles unas veces y militares otras, pero siempre con un *tonus* democrático común que va desde el patriarcalísimo "dirigir y aconsejar" hasta el fuerte mandar, derivación criolla refleja del "mandonismo" progresista que adquirió circulación en Francia bajo el tercer Napoleón, en la postrer tarde argentada de su hegemonía internacional.

Variantes acaso, y reflejos impuestos por la gravitación de una superestructura económico-agrícola formada sobre la estructura democrático-familiar, débil y permeable, en cuya aleación había más sentimiento que idea; o si se quiere en otra fórmula, sentimiento de familia e idea de escuela primaria, en honor sea dicho de los componentes de la sociedad costarricense hasta los mil ochocientos ochentas de la primera granazón político-intelectual de la República.

Hasta la primera gran encrucijada de nuestra historia hacia dentro, situada por todos en 1889, Costa Rica pudo tomar cualquier rumbo de haber existido en su seno una fuerte individualidad directriz — fuerte de inteligencia y de mafia, no de puños— lo cual si humanamente es siempre posible, históricamente no la era; no lo fue, ya que a las generaciones sociales precedentes les faltaba suficiencia en cultura, ciencia y larga visión que son las tres dimensiones que juntas y entremezcladas en el carácter, integran al verdadero gobernante y estadista.

Sobre la generación del 89, periódicamente objeto de discusión, no se ha llegado todavía a una definitiva conclusión. Ahora mismo, Alberto F. Cañas, en un ordenado calendario de "Los 8 años", proyecta ciertas llamaradas merecedoras de captación y estudio.

II

EL CAMINO GANADO

En el capítulo precedente se alude a la "generación del 89", nomenclatura explicativa, según la generalidad, de un paso de nuestra evolución política. Nosotros mismos la hemos utilizado algunas veces para hacernos entender, pero en rigor de historia, no hay tal. Las mismas razones que hacen palpable el fenómeno de la generación del 48 actual, es decir, su realidad física y metafísica, contradicen, desvirtúan o niegan la vigencia de la del 89 pasado. De ambas pensamos dar su verdadero significado e inconfundible fisonomía.

La verdad tiene su hora. Es deber proclamarla sin miedo y sin rubor. El escándalo no está en el desnudo sino en la intención del ojo que lo mira. Y la nuestra es recta, patriótica y honesta.

En aquel paraíso costarricense en donde todo se arreglaba y "nunca pasaba nada", según la voz popular, han pasado muchas cosas: ahí está el libro de Cañas que no es anécdota solamente, sino que reviste categoría de historia y por ello envuelve honda filosofía.

* * *

La historia de Costa Rica es, sobre todo, un dechado ejemplar de lógica: todos los pasos y sucesos se explican a la luz del día; no hay en ella secretos que descubrir ni intenciones que penetrar y, como hecha en familia, conocemos los trucos y travesuras del hermanito o las mañas de los "viejos". De ella se puede hablar, sin documentación a la mano, desde México, desde Londres y hasta desde Nueva Orleans: bastan una conciencia limpia, una memoria fiel y convicción sincera. Dejemos, pues, las largas explicaciones y cronologías que a nada conducen y fijemos la atención en los cuadros orgánicos y en sus representantes legítimos.

La fuerza de Costa Rica, ambivalente para lo material y lo moral, arranca del impulso dado al cultivo del café, paralelo —conjugado diríamos— al proceso de moralización progresiva del pueblo. Los efectos se hicieron sentir: por arriba, la formación de una clase que se adineraba con el grano; por abajo, la integración de un campesinado que, tranquilo y sencillo socialmente, vuelve a los viejos hábitos de virtud cívica y trabajo.

Del café, una holgura antes no conocida por la población, la cual, aunque escasa, era ya mayor dentro del mismo espacio de la colonia y la provincia. El café da para todos y hasta para todo. A él se deben las primeras comunicaciones y el progreso gradual y armónico en todos los órdenes de nuestra vida familiar.

La historia de Costa Rica, si no ofrece salientes espectaculares ni depresiones características, muéstranos en su desenvolvimiento en el peculiar fenómeno de una modulada ascensión regida por una lógica incuestionable: primero, el comer y vestir decentes; luego, instrucción y educación; mas tarde, esparcimiento, recreo y el sencillo goce de los deleites humanos de la vida.

En 1869 la escuela primaria se hace obligatoria y gratuita. Cuando al fin de la grande y laboriosa jornada se llega al Teatro Nacional es que el país ha querido pasar del bien ser por dentro, al buen parecer ante los de afuera.

Ese momento de sensata expresión artística revela y externa una inquietud y una preocupación intelectual. Por fin Costa Rica anda por los caminos de la civilización si por tal entendemos la primacía moral conferida al culto de lo espiritual y al sentimiento de lo universal.

La línea democrática cuyo punto de partida señaló don Gregorio José Ramírez, empalma adecuadamente con el punto y aparte que, con ademán análogo, marcó don Braulio Carrillo y el que dibujó en la geometría de nuestra metafísica política, en salto a lo universal, don Juan Rafael Mora.

Con la vigorización democrática de su quehacer político, no obstante las dos discutidas reelecciones, trae también don Juan Rafael Mora una preocupación, ¡quién lo diría! de tipo pre-socialista: Banco del Estado y Monopolio de Licores. Su empresa es ya superación democrática en hecho y en matices.

Desgraciadamente, ese perfil de economía nacional no configura. A partir de don José María Montealegre, que le sucede, acentúase el injerto económico en lo político, pero en sentido capitalista, de capitalismo liberal. Lo democrático a la costarricense, no se amortigua ni desvía.

Acaso pueda señalarse una ligera depresión democrática pero no a beneficio de una tendencia autoritaria marcadamente política, sino de una mayor ambición de poderío económico por parte de la clase cafetalera. Pero el ambiente es desde luego liberal, de un liberalismo político atemperado al clima tico algo inconcreto en su definición. Los adinerados se han plutocratizado. Creen, y lo creen de buena fe, que sus intereses son los del país; sienten, y lo sienten de veras, que son ellos los que dan vida al país y no lo contrario. Se están convirtiendo en clase, se están definiendo por diferenciación pero solamente en la práctica cuestión de determinar cuál es el gobierno que mejor conviene a la República.

Es difícil precisar en términos teóricos los límites de esos matices diferenciales porque en realidad de verdad no hay clases todavía sino una gran familia. Y eso que ahora hemos llamado clase no es otra cosa que la primacía de las cabezas de familia o sea, para Costa Rica, las cabezas de la producción cafetalera. Más adelante las diferencias se precisarán y se verá un poco más iluminado el panorama.

Del gobierno de don Bernardo Soto al de don Ascensión Esquivel, —este último aunque pleno de significado liberal no es más que figura de transición—, Costa Rica llega a su maduración liberal dentro de la idiosincrasia propia. Don Bernardo Soto con su gobierno clarifica la atmósfera algo confusa de la gran etapa formativa, y es él quien tiende el puente para que la caballería "olímpica" entre a la carga, saludada con alegre trompetería.

Dentro de este largo período se incubó, desarrolló y floreció lo que Alberto F. Cañas llama "la muchachada del Olimpo". No tan del Olimpo, decimos nosotros, porque les hemos visto nacer y crecer, a través del espejo de la historia, junto a nosotros, llegando a ser algunos mentores de nuestra juventud y guías en la última jornada liberal transitada por la República.

Y tan los conocemos, por dentro y por fuera, que bien podemos ahora mismo, sin mayor demostración y con plena seguridad, decir que no son chicos de escuela primaria sino jóvenes de universidad que, como escribe Cañas, "han viajado, han estudiado, han visto mundo y libros", precisamente las cuatro dimensiones de la cultura que no proporciona la escuela primaria.

La democracia está en la raíz de Costa Rica; el liberalismo en el tronco del desarrollo político y económico. Las ramas con su opulenta frondosidad; son liberales también. Del fruto hablaremos más adelante.

Esa juventud universitaria ha ido al mundo y a los libros no a buscar ideas sino a confirmar y ampliar las que le dio la Universidad y les procuró la riqueza. Y los libros y el mundo dieron respuesta afirmativa al interrogante de su inquietud, conformándoles la razón de Costa Rica en su desenvolvimiento. Europa, que todavía es luz para el mundo, se ha olvidado del 48 revolucionario. Florece allá como en Costa Rica —siempre salvadas las distancias— un liberalismo de suaves maneras que ha fundido el poder del dinero con el poder del Estado. Ambos, unidos, laboran por lo mismo y para lo mismo: más riqueza y mayor poder.

En Costa Rica los hijos de rico —que ya forman grupo— son liberales por herencia; los de adopción, minoría cuyos integrantes se pueden contar, viven el sueño de los hijos de rico; y en el embeleso de la posición igual, y de igual disfrute, todavía se sienten más liberales, porque además de las razones que les dan el mundo y los libros, está su experiencia personal. No ven ni se dan cuenta en la euforia del vivir, que ellos son excepción entre el grupo de los de arriba; y excepción mayor entre el grupo de los de abajo, de donde proceden.

La democracia en Costa Rica realmente se dio silvestre, espontánea, sin que nadie intentara nunca erradicarla del país. Se aclimató y es producto típicamente nuestro, aunque sin cultivo. El liberalismo arraigó seguidamente. Se desarrolló por el esmero que pusieron en la cultivación los adinerados y los del 89, algunas veces en detrimento de la democracia. Generación o no generación —lo veremos en el próximo capítulo— la pléyade "olímpica" es típicamente universitaria en todas las dimensiones de su ser, y exclusivamente liberal. Nada le deben a la escuela primaria ni se interesaron por ella.

III

DON BERNARDO SOTO, DON MAURO Y LOS "OLIMPOS"

Vivía Europa el sueño magnífico de su desenvolvimiento en la paz. De la confusa revolución del 48 que tan fuertemente sacudió su estructura tradicional, no quedaba ni el recuerdo. El famoso Manifiesto Comunista desapareció de la circulación y yacía en conserva en el refrigerador de la Historia. Las piruetas imperialistas de Napoleón el pequeño se acabaron en Sedán. Surgía Alemania con armadura imperial fraguada en hierro por el gran Canciller, sin que despertara recelos en el viejo Continente. Inglaterra le había dejado las manos libres en su juego por el equilibrio del poder. Confiaba la rubia Albión en la creciente balanza de su comercio internacional y en la expansión en términos universales de su clásico liberalismo político-financiero .

En efecto, el liberalismo *made in England* penetraba a fondo por doquier. Hasta en la feudal Guatemala se abría brecha a través del verbo caudaloso de Miguel García Granados y la espada de Justo Rufino Barrios. En Costa Rica no tenía que penetrar puesto que larvado se hallaba en el clan gobernante y en el país. No hacía falta más que desarrollarlo a la manera del gusano de seda. Y de sedosa ideología, era muy adecuado, además, a la psiquis fenicia tica tan similar en el aspecto comercial a la británica. Por algo nuestro grano de oro tomó el rumbo de las hiperbóreas islas británicas. Por algo nuestro grano de oro tomó el rumbo de las hiperbóreas islas británicas.

En aquella gran corriente liberal del mundo que cual la de un tifón templaba por doquier el oleaje de las mareas tempestuosas, Costa Rica se sintió en un clima propicio. Don Bernardo Soto, general de temporada y abogado de profesión, gobernaba al país: el hombre para la ocasión con vocación adecuada para el momento. Fue don Bernardo un doctrinario reposado y medido que supo disimular habilidosamente el sectario que llevaba en la entraña y hurgaba en su mente. El liberal de la buena época universal huía de estridencias y griterías. Don Bernardo, prototipo del buen liberal a la tica era un hombre de buen sentido humano, de recovecos y matices; en el pasado no hay quien le supere, hacia adelante ninguno le ha igualado en la fina mañosidad de sus resoluciones, ni siquiera don Cleto.

Fue don Bernardo Soto quien recogió en el seno de su gobierno, para darle figura y caracterización, a lo mejor de las "buenas" familias y a lo más selecto de la poblada, los buenos muchachos que habían demostrado afición y aplicación; la lealtad al régimen quedaba asegurada y garantizada de antemano: en los primeros, por la raigambre y por la herencia; en los segundos, por la gratitud y el honor. Todos habían respirado el aire típicamente liberal del país que luego habían confirmado en los textos universitarios y en las lecturas de fuera.

¿Qué pretendió don Bernardo Soto con aquella recolección tan magistralmente dosificada de jóvenes en madurez de los que se hacían lenguas en las familias, en las tertulias y hasta en la calle?

Siempre es difícil contestar preguntas que se varan en indicios y en intenciones, pero cuando unos y otras dejan escapar reflejos sobre los hechos que se suceden, la respuesta no es aventurada.

Queremos, es obvio a nuestro ver, determinar y precisar la mejor línea pública que convenía al temperamento nacional, a los intereses de la plutocracia y al panorama universal de la época. Para

progresar y prosperar le era necesario a Costa Rica salirse de la vaguedad e imprecisión en que vivía, a condición naturalmente de no tocar los carriles económicos ya bien sentados y experimentados por la oligarquía.

Don Bernardo tenía esa visión certera que da el mirar de cerca y a lo lejos con el ojo medio cerrado, como si no se mirase, para fijar el blanco sin error. Vio en los mozos treintañeros la peonería capacitada para un juego maestro. Muchos humos llevaban en la cabeza los brillantes "olímpicos", pero estaban sólidamente amarrados al sistema "patriarcal" por familia, por interés y por carrera. Eran los más apropiados para dar la batalla de la caracterización liberal. Con la embestida se comprobaría, además, la resistencia de la oligarquía, en lo que atañe a su función cuatrienal de "gran elector", porque en cuanto a lo social-económico, no había nada que temer.

Así fue como don Bernardo hizo composición de gobierno. Sin trastorno y con ventaja permitió a Costa Rica un paso adelante hacia la plasmación de un clima gobernante liberal que permitiese una característica política en consonancia con los intereses y conveniencias tradicionales. Lo que, dicho sea de paso, no supieron ver ni prever don Cleto y don Ricardo en el ocaso de su vida y en el crepúsculo del sistema en el país, cosa que veremos más adelante .

Que la intención fue la de iniciar una etapa de liberalismo definido para la República es mayormente clara si se toma en cuenta un detalle de alta significación: la presencia de don Mauro Fernández en aquel cenáculo gubernamental de capacidades "olímpicas", a quien por cierto se le han prodigado en adjetivo gramatical todos los elogios.

En el recorrido somero y rápido que hacemos por los predios de nuestra historia vernácula no cabe, ahora, el análisis de si fue o no el "hombre de gran visión" que se dice, pero sí, en cambio, el hombre de gran intención. Esta le venía no de su afición educadora sino de su oficio de banquero en el cual pesaban más los intereses económicos que los pedagógicos.

Supo don Mauro cohesionar con su reforma a la instrucción pública los intereses del grupo a que pertenecía, los de la educación popular y los del liberalismo del que, al igual que don Bernardo Soto, estaba embebido y convencido.

Recuérdese que el gran pronunciamiento político de los "olímpicos" tuvo lugar en 1889 con el lanzamiento de la candidatura de don Ascensión Esquivel. El año anterior, en 1888, si nuestra memoria no nos engaña, tuvo lugar el cierre de la Universidad. Medida paradojal en sí y en relación con la realidad social costarricense, pero muy lógica con la que nosotros llamamos intención, una intención que alcanzaba al futuro mediato.

¿Estaba el país en mala situación económica, o era ésta peor que la de los años anteriores en que fue posible el funcionamiento normal de la enseñanza superior en su natural enlace con la secundaria y la primaria, y que juntas las tres forman un todo indivisible sin el cual no hay enseñanza? Porque sin enseñanza superior, aunque existan muchas escuelas, no hay propiamente enseñanza sino planteles de alfabetización en el sentido de que se dan a los escolares las primeras letras o nociones de los conocimientos humanos sin más ni mayor hondura y alcance.

¿Carecía el país de madurez intelectual, capacidad asimilativa o se estaba en un período de degeneración espiritual, de falta de inclinaciones y estímulo para las ciencias?

Hacía ya veinte años que la primaria, gratuita y obligatoria, se extendía paulatinamente a todos los lugares, y si la obligatoriedad gratuita había podido soportarse sin gravamen ni perjuicio para la economía nacional, razón no había para suprimir una cualquiera de las tres, todas necesarias en la proporción debida.

Ninguna de las tres causalidades en que hubiera podido fundamentarse el cierre podía ser la verdadera causa. Jamás habíase visto una floración universitaria tan esplendorosa y ubérrima como la salida de las aulas superiores, aun no siendo nuestra universidad una Salamanca o una Sorbona.

En la subconciencia del autor de la reforma, de don Bernardo Soto y aun de todos los componentes del gobierno hubo forzosamente una razón política. Y esta no era ni podía ser otra que evitar la compactación para el día de mañana de una generación que podía arrebatarse el poder de las manos vigorosas que lo mantenían bajo su responsabilidad .

Fue una medida precautoria, desde luego, pero antidemocrática puesto que de allí en adelante la universidad ya no estaría al alcance del pueblo sino de los ricos que pudieran enviar a sus hijos a estudiar fuera del país y de los escasos beneficiarios de las becas que el gobierno distribuiría entre los favorecidos por la oligarquía. Liberalismo acentuado y definido, pero a expensas de la democratización que en cada período sufre una pequeña mengua. La pertinacia de los corresponsables de la medida en no reabrir la Universidad, prueba suficientemente la intención que determinó su clausura, a pesar de las exigencias de los tiempos.

Todo el gobierno de don Benardo Soto fue un calculado ordenamiento de intenciones dirigido hacia un solo fin. En política no se dan casualidades y hasta aquéllas que a simple vista lo parecen implican una causalidad más o menos lógica.

Sea de ello lo que fuere, los hechos están ahí. Al correr de este vistazo histórico la conclusión aparecerá más clara. Por el momento tenemos a un gobierno —el de Soto— con un no despreciable haber político en su favor; un gobernante que supo dar al país el puente necesario para su evolución a tiempo. Vino la afirmación liberal ya de carácter público en forma correcta y lógica. Pero más que pronunciamiento de la generación del 89, obra fue de don Benardo Soto en gesto de su plena y deliberada voluntad.

IV

¿GENERACIÓN DEL 89?

No se trata ahora de sumar o restar adjetivos a las brillantes unidades que se engloban en el conjunto. Algunos de ellos no han merecido la debida justicia y otros muchos han sido poco menos que irrespetados.

Se trata, así lo entendemos, de precisar si aquellos jóvenes ilustrados trabajaron antes, se pronunciaron y actuaron después, con criterio de generación; es decir, si coligados en finalidad, cada uno en los dominios de su especialización o profesionalismo, sometieron al país a serio y concreto análisis; si de éste surgió un ideario común que fuera luego programa de combate y proselitismo y más tarde, en el Poder, objeto de aplicación y realización. Un ideario de amplitud verdaderamente nacional que abarcara los tres aspectos básicos de la vida de la República: el histórico, el político y el social-económico.

Hágase memoria y medítese el punto y se llegará a la conclusión de que no hubo más que una serie de coincidencias y afinidades, ajenas del todo a la voluntad de los individuos, determinadas por el destino para la hora cero de esa jornada histórica.

La libre iniciativa de un gobernante inteligente les congregó en unidad de poder, afines todos en la idea de que se nutrieron por ambiente, por estudio y experiencia de vida nacional e internacional. La Universidad les puso el cuño de su magisterio, la marca indeleble de los tiempos formativos que pueden darse por cerrados a los treinta años. Dice Cañas muy bien, y discúlpenos la repetición de la cita, "que han viajado, han estudiado, han visto mundo y libros".

Ya en convivencia dentro de la esfera gubernamental, el legítimo apetito del Poder y el natural anhelo de gloria les inclina a la acción común que previamente les ha dispuesto el impulso gravitante de don Bernardo Soto. Fue éste quien acarició la idea de lograr una sucesión presidencial característicamente liberal, un gobierno en forma, de contenido clarificado aunque siempre cloronizado por la oligarquía potabilizadora. Don Ascensión Esquivel sería el medio; los "olímpicos", el instrumento. En el Gobierno, aquél el regulador y éstos la idea y la acción. Ya capacitados con responsabilidad propia y personal, la historia de Costa Rica podría seguir su curso natural dentro de la historia universal.

La realidad, siempre más fuerte que los deseos del hombre, interpuso la preferencia del grupo más poderoso de la oligarquía por la candidatura de don José Joaquín Rodríguez, que finalmente resultó la vencedora. Dentro de la idiosincrasia tica lo democrático estaba en favor de éste. Tan clara y manifiesta era la tendencia que los "olímpicos pensaban ganar a la brava", y con la benevolente tolerancia del maestro tentaron el terreno a base de la tropa.

¿Es que el pueblo no estaba todavía maduro para esas cosas del liberalismo, según desliza Alberto Cañas en su libro?

No podía tratarse de madurez doctrinaria todavía. Al pueblo le merecía más confianza el candidato preferido de la oligarquía que el de los "olímpicos", que a su vez era el de las simpatías de la Casa

Presidencial. Ni en uno ni en otro caso el señalamiento había partido de abajo, sino de las oficinas o de los bufetes. Eso de que en el bando rodriguista "estaban agrupadas muchas fuerzas de la reacción" no pasa de latiguillo de propaganda electoral. Tampoco don Ascensión Esquivel era un rebelde o un disidente —ni los "olímpicos"—. A lo sumo hubo en la oligarquía disentimiento y quienes disentían estuvieron en minoría.

Desde luego fue una lástima que no triunfara el candidato de los "olímpicos" porque hubiera permitido el desenvolvimiento de sus actividades en la edad más propicia a las generosidades espirituales y morales de todo orden.

¿Hubo acción conjunta, ya perdida la elección, para el desquite en ciernes para dentro de cuatro años? No la hubo. Habían estado juntos pero no fundidos bajo el denominador común de generación. Cada uno siguió por la lógica pendiente de sus naturales ambiciones, cada uno a su oficio, o a su carrera. Y tan es así que don Rafael Yglesias, coetáneo en todo, con las mismas ambiciones y de la misma "clase" les tomó la delantera por su dinamismo personal y por su realismo práctico. Yglesias pudo más a la sombra del Presidente Rodríguez, su suegro, que los "olímpicos" a la de su maestro don Bernardo Soto, por su mejor estrategia y mayor temperamento.

Ni la elección de don José Joaquín Rodríguez ni la de su yerno implican retroceso o retrogradación en las nebulosas del proceso democrático y liberal del país. Ambos y Bus contrarios eran de la misma raigambre: si en Costa Rica en lugar de formarse agrupamientos alrededor de pre-terminados nombres durante los períodos electorales, se hubieran integrado grupos en permanencia con tinte ideológico —el que permitiere la etapa— Yglesias habría pertenecido a la vertiente digamos conservadora y los "olímpicos" —no todos— a la vertiente liberal, de un mismo liberalismo político y de la misma clase oligárquica. Ninguno, además, fue sospechoso para la plutocracia cafetalera. Y el que don Rafael Yglesias y los oligarcas sostuvieran duelo en el segundo período (1894-1898) no significaba que hubiese sobrevenido antagonismo por intereses substanciales, sino más bien una disputa de amor propio por la hegemonía política del mismo predio. Todo lo demás es pura palabrería. /

El gobierno de Yglesias no desmerece bajo ningún aspecto de los mejores que registra la historia del progreso costarricense. Y aquí no será impertinente ni fuera de lugar una observación que dentro de nuestro patriarcalismo democrático cobra figura de regla general:

Los gobiernos fruto del disentimiento con la mayoría de las fuerzas plutocráticas han hecho más obras de beneficio público que aquellos en que ha triunfado el candidato de su predilección. Sin diferencia substancial en el sistema y fines de gobierno —en esto todos hasta aquí mantuvieron la línea tradicional— se distinguen unos de otros por el mayor o menor número de escuelas inauguradas, por los metros de más o de menos de cañerías y caminos construidos. El fenómeno se explica porque se trató de llenar con aporte popular el menor aporte de los riquillos.

Después de don Rafael Yglesias, don Ascensión Esquivel merece un premio de "consolación" y una vez concluido su bienio "legal" sube a la Presidencia de la República —ya no en calidad de "olímpico"— el predilecto de la plutocracia don Cleto González Víquez. Es a don Cleto a quien corresponde el primer lugar en la promoción al estrado supremo no por inteligencia, aun siendo la suya superior a la de todos sus pares de "generación", sino por su temperamento, por su ponderación, por su atrayente figura, trato y tono. Por la lealtad para con todos que emanaba de su patriarcalismo natural.

¿Asume plenamente el gobierno la generación del 89 con don Cleto y en empalme constitucional se continúa con don Ricardo Jiménez, como lo deja ver Alberto Cañas?

Yo entiendo, y lo vamos a sostener con serenidad y altura, que subieron al Poder don Cleto González Víquez y luego don Ricardo Jiménez no como representantes o exponentes del ideario inexistente de la generación del 89, sino como miembros destacados de esa generación, digamos cronológica, que iban a realizar su idea y sus tendencias cuando la ocasión y las circunstancias lo permitieran, y desde luego sus intenciones políticas personales.

V

TREINTA AÑOS DE PARAÍSO ARTIFICIAL

Don Cleto González Víquez y don Ricardo Jiménez llegaron al Poder precedidos/del mayor predicamento concebible, aureolados por una auténtica simpatía popular y asistidos de toda la confianza de la oligarquía cafetalera.

Se impusieron al ambiente por sus capacidades profesionales, por la clara línea de su actuación pública y por propia y personal voluntad. Eran valores que por sí solos forzaban la cotización en la bolsa del "gran elector". No era posible orillar su advenimiento. No había otros mejores, y el régimen tenía que seguir y con él, en plena normalidad evolutiva, la República.

Don Cleto mereció la preferencia. Sus cualidades humanas se la dieron: temperamento, tacto, conciencia, la lealtad que resplandecía de su faz serena, una transparencia en el ser y en el quehacer que no dejaba lugar a dudas. Después le seguiría, inevitablemente, don Ricardo con idéntica anuencia de la oligarquía y para su mismo bien porque, de todas maneras, el de Cartago tenía agallas suficientes para abrirse paso por sí solo. Estaban en su favor destino, vocación, cálculo y temperamento.

Esos dos hombres singulares, su acción política, abarcó cincuenta años de vida pública: de 1886 a 1936. Los veinte primeros, espontánea y generosamente prologados por el Presidente don Bernardo Soto. Los treinta restantes son intento original y propio; los abrió la primera presidencia de don Cleto y los cerró don Ricardo con la última suya.

Durante esta larga etapa la historia de la República se confunde con la vida de estos hombres. En la presidencia, o fuera de ella, su presencia es como el verdadero centro neurálgico de la colectividad. En el ejercicio del Poder o fuera de él, ejercen el mismo influjo sobre la marcha de los negocios públicos. Constituyen voto de calidad que igualmente decide o neutraliza. Da lo mismo que hablen en reportaje periodístico desde la Presidencia de la República o desde la mansión particular, que en discurso en la Cámara legislativa. La misma "dialéctica" de sus silencios envuelve igualmente idea determinante en una situación o revolutiva gravitación.

En el transcurso de estos treinta años, sin embargo, pasan muchas cosas en Costa Rica: la República se nos muestra más definida lo mismo que la oligarquía; la ciudadanía, con iniciativa más directa, hace acto de presencia en la vida del país; toma pie en el Gobierno la dictadura a "lo continental" de los hermanos Tinoco; estalla en la frontera norte la revolución que acaudillan don Alfredo Volio Jiménez y don Julio Acosta y se plantea un intento de tributación directa racional que, entre otras cosas, sirvió para medir la graduación democrática que alcanzaba el régimen. Todos estos son temas que deben analizarse por vía de enseñanza de la historia nuestra.

Dentro de esos treinta años de cleto-ricardismo ambiental la República fue tomando la figura que había de adoptar al morir *ab intestato* los dos patriarcas que, bajados del "Olimpo" en virtud de una táctica frustrada a la postre de don Bernardo Soto, subieron al Olimpo de los inmortales una vez cumplida su misión. Dentro de los treinta años, en un flujo y reflujo constantes de acción y de reacción, de afirmaciones positivas y de negativas derivaciones, más la desorientación que se hizo

sentir por arriba y por abajo, la República vino a quedar huérfana de dirigentes responsables y de norte ideal. Y aunque por el momento halló centelleante y salvadora la estrella de don León Cortés, en rigor de historia el gobierno del ilustre caudillo de Alajuela constituye el epílogo brillante a la etapa que cubren con su nombre los dos colosos de nuestra historia política.

Se impone, pues, un análisis circunstanciado de los fenómenos a que acabamos de referirnos, pero en su relación y enlace con la acción, reacción u omisión que cada uno de ellos determinara en don Cleto y don Ricardo, sin olvidarnos tampoco de precisar algunos perfiles de su fisonomía civil-caudillista no bien destacados por los críticos y comentaristas nuestros.

Solo así daremos con la imagen fiel y exacta de nuestra República y de su panorama político, social y económico dentro del cual la generación del 48 había de manifestarse como tal generación.

* * *

Alberto Cañas asevera que con el gobierno de don Cleto en 1906 "se inaugura en Costa Rica la era más limpiamente democrática". "Es la edad de oro", añade luego. Duda no cabe de que así fue, sobre todo si se toma la etapa de los treinta años como elemento o factor de comparación, sin mayor hondura ni consideración. Pero si para la crónica costumbrista y para la reseña periodística fueron edad de oro, no así, en cambio, para la verdadera historia del país.

Las edades de oro de los pueblos las forman aquellos períodos de su vida en que la perfección alcanza su climax y la manera de ser y de expresarse, cuaja como definitiva; aquello que, aquilatado y definido, será por mucho tiempo modelo supremo y espejo en el que tienen que mirarse ineluctablemente las generaciones sucesivas si quieren encontrarse a sí mismas conforme al patrón en que se concibió la nacionalidad y perfeccionó el tiempo mediante la industria del quehacer humano.

Estamos conformes en que fue la era más limpiamente democrática, pero no la edad de oro. Fue un dulce vivir en el paraíso político artificial mejor labrado de toda América, al extremo de que no hubo turista de panoramas o de historia que no saliera encantado y deslumbrado. Es una edad de oro imaginaria como imaginaria fue la generación del 89 pasado. Lo que en ambas imaginaciones hay de real y verdadero es bastante menos de lo que de verdadero y positivo hay en la masa profunda del país real.

Don Cleto y don Ricardo fueron portentosas figuras fie una generación de hombres realmente superiores que no supieron actuar con criterio de generación, ni siquiera en unidad temporal de gobierno. La justicia y la verdad que hablemos nos exige ensalzarlos por encima de nuestras pasiones y banderías, pero nos exige también entonar laudes al pueblo por haber vivido el esplendoroso sueño de un paraíso democrático artificial como si realmente hubiese nido paraíso de verdadera y honda democracia.

El pueblo de Costa Rica superó a todos los gobiernos de los treinta años y a los mismos don Cleto y don Ricardo. Estos exhibieron dominio e influjo en sentido democrático, aquél virtud republicana y civilismo de buena ley. Y todo este historial de antecedentes es el que viene a justificar y glorificar la empresa del 48, obra de una generación que como tal actuó y como tal se manifiesta sin trampantojos ni bambalinas.

VI

FISONOMÍA CIVIL-CAUDILLISTA DE DON CLETO Y DON RICARDO

Huelgan los detalles de biografía sobre los Licenciados don Cleto González Víquez y don Ricardo Jiménez Oreamuno por sabidos de todos, pero indispensable nos resulta, en cambio, recordar algunos de sus rasgos en el arte de conducir los negocios públicos porque fueron precisamente las peculiaridades personales las que dieron fisonomía a sus gobiernos y a su dilatado influjo político.

En la idea, no hubo entre ellos la menor diferencia: fueron sinceros demócratas y liberales de tomo y lomo que supieron en qué consistía el serlo y cómo orillar, sin quebranto mayor, el escándalo y las contradicciones.

Unos mismos y lo mismo se nos muestran en la finalidad que llevaban in mente, mirando hacia dentro; o sea, no quebrantar ni debilitar la ley tradicional de sucesión gubernamental, dando por experiencia concluyente aquilatada como beneficiosa para la República, el que la plutocracia cafetalera escogiera los candidatos presidenciales dejando al buen uso del pueblo la función mecánica electoral de decidirse por uno de los rivales, no antagónicos, y no sin dejar de hacer discretamente todo lo posible en favor del candidato preferido.

De haber existido "generación" con criterio, y como tal actuado desde 1889, para 1906 el pueblo seguramente habría escogido antes que la plutocracia y aún cuando el nombre postulado hubiera sido el mismo, los efectos notoriamente distintos, así como las consecuencias de beneficio público y evolución civil, evitándose de paso el anquilosamiento que sobrevino años después.

Después del primer período constitucional de gobierno, cualquiera de los dos —don Cleto y don Ricardo— concretamente convenidos o tácitamente inteligenciados hubieran podido acabar con la iniciativa y el poder del "gran elector" en la función de escoger y designar. No lo intentaron siquiera porque eran hombres precavidos. Esta primera coincidencia fundamental en lo práctico nació espontáneamente en su ánimo, fruto del comodismo de ambos. Nada tenían que temer ellos ni del pueblo ni de la oligarquía, pero se evitaban dos grandes molestias: el magisterio doctrinal entre el pueblo y el tener que vigilar a los disidentes que pudieran surgir.

Estos dos hombres, de haber triunfado en su anhelo de 1889 o en posterior período, hubieran seguido trayectoria distinta por ley de naturaleza, de ideología y de gloria humana. La larga peregrinación hacia el Poder —y por sus personales condiciones y posición un Poder fácil— terminó para ellos en la edad en que ya satisfecha la vanidad o la ambición no se conservan ilusiones de primaveras floridas.

El gobierno llegó a sus manos en esa edad terriblemente peligrosa en que la magnificencia creadora o redentora, agotada en la esperanza de la lucha, se transforma, según los temperamentos, o en escepticismo egoísta que lleva a la indiferencia, o en egolatría que impele hacia el dominio. Y así vino a suceder en don Cleto y don Ricardo con variantes y matices que es de justicia especificar.

Y he aquí dos auténticos grandes hombres que profesando una misma doctrina no supieron posibilitar una acción colectiva con criterio de generación, no obstante ser la suya la más

homogénea que haya dado el país para la realización de un ideal nacional: tampoco en el poder saben llegar a una entente de salud pública. Su acción político-administrativa se refleja y resuelve en rivalidad, pero no la que surge de las ideas o de sus variantes interpretativas, sino la que generan las vísceras del temperamento o del humor. Esa rivalidad nunca llegó a traducirse en denuesto o invectiva porque el respeto que se debían corría paralelo a la estimación que so guardaban. Se manifestó más bien en actitud subestimativa de la conducta o del quehacer en el gobierno, ambas manifiestas en la posición que adoptó don Ricardo hacia don Cleto. Este último, en cambio, nunca tomó la iniciativa en la oposición ni de él partió jamás la ofensiva.

El Licenciado González Viquez, una vez saboreada la gloria del encumbramiento y el goce del mando supremo —y sin renunciar a ulteriores ejercicios—, no se molesta ni le inquieta que otros lo apetezcan y procuren lograrlo. Y si se trata de amigos o de personas estimadas, presta buenamente su ayuda. Don Cleto, ya con don Ricardo o bien con otros, jugó siempre el buen partido civil-democrático. Don Ricardo Jiménez jamás dejó de jugar el partido de campeonato en pro de su supremacía arriba y abajo, en el gobierno o en la oposición.

En cierto modo, tal vez por formalidad democrática, los gobiernos del primero dan la impresión del poder compartido, de amistosa y franca colaboración, ya en el estudio, ya en la resolución, con los principales miembros del cuadro orgánico ejecutivo. Los de don Ricardo son gobiernos de su exclusiva iniciativa, autoridad y responsabilidad. Apegado a la letra de la Ley más que a su espíritu, sus ministros no adquieren nunca calidad de colaboradores sino de simples secretarios ejecutores de sus dictados. En más de una ocasión lo dijo en público y también públicamente lo evidenció desautorizando a miembros de su gabinete.

El Licenciado Jiménez Oreamuno fue relegando a lugares secundarios a los mejores de su generación "olímpica" y a los de las posteriores sociológicas; don Cleto si no comparte totalmente su gobierno, acoge a los mejores de su grupo político, profesional o social a la sombra de su poder y de su influjo, aceptando consejo o aportación con simpatía, benevolencia y tolerancia. No así aquél que al rechazo y la relegación añade más tarde el sarcasmo que fluye a flor de labios o el menosprecio con que marca sus gestos <> silencios característicos. Hay en él un impulso incontenible de hegemonía personal, de dominio único: tendencia irrefrenable a vencer y siempre vencer que está en los antípodas del suave convencer que persigue don Cleto. El de Cartago se acomoda maravillosamente con sus afanosos amanuenses, en tanto que el de Barba requiere del servicio de la amistad.

Don Cleto —que es hombre de intimidades y de afectos— vive con las puertas abiertas de par en par a la luz de la calle, a la charla de la tertulia y hasta al chisme de la politiquería. Tendrá, qué duda cabe, las cazurrerías del oficio pero en él no toman nunca aire odioso. Inteligencia y degustación intelectual extraordinarias es, sobre todo, ya lo dijimos, hombre de sabiduría y como tal se manifiesta siempre, dictando la medida tica que demanda el buen sentido popular. Su estilo, uno mismo en el hombre y en el gobernante, refleja gran serenidad, equilibrio interior y temperancia. Y hasta cuando por razón de circunstancias asume un tono grave, en él se reflejan las claridades del alma.

Don Ricardo vivió una vida de puertas adentro —tanto en el gobierno como fuera del gobierno— y aun viviendo hacia dentro de su casa, se repliega dentro de sí mismo a lo más recóndito de su yo olímpico, sin comillas, que se halla en continuo desborde de iracundias que, por táctica, contiene cuando se encuentra en función de gobierno. Iracundias contra los que fueron, contra los que son y contra los que podrían ser: así, por ejemplo, no puede hablar de don Braulio Carrillo sin desnudarlo o descabezarlo. Don Cleto —tan diferente en todo al fundador de la República independiente y hasta de opuesto temperamento y tendencias— se complace en evocar los bienes que produjo, las

virtudes que le distinguían; glosa y comenta con el historiador Fernández Guardia su empresa y su obra, y es él mismo quien da el nombre de Carrillo a la plaza antiguamente llamada de la Merced.

Don Ricardo tiene un estilo para las ideas y lo enriquece con todos los decires de su admirado Lincoln; otro estilo para el reportaje que siempre es polémico y en el que recurre invariablemente al dicho popular en forma tal que todo el peso de su dialéctica desemboca en el fin que busca de poner en ridículo al adversario o contradictor.

Si la cantidad y calidad de talento, de ciencia política y de cultura de estos dos hombres naturalmente geniales se hubiera empleado en una tarea de evolución y de superación, en lugar de derivar don Cleto hacia el escepticismo y don Ricardo hacia el egotismo, Costa Rica habría alcanzado la primacía cívica del Continente y una de las primeras líneas en lo intelectual porque el paño daba para mucho más de lo que le permitieron rendir esos dos hombres extraordinarios.

Desde luego, pusieron el mayor cuidado y la mayor cautela en no escandalizar a la ciudadanía con arbitrariedades, corruptelas y despilfarros fuera de lo humano posible y previsible. Satisfechos de sí mismos y del pueblo, tuvieron el tacto de no divorciarse de la masa campesina en su profunda y real psicología. De aquí que el ambiente democrático perdurase en sentimiento y conducta colectivo;;. Pero dadas sus capacidades algo debieron poner de lo propio personal, en voluntad y en idea, para que el país superara su condición con toda normalidad.

En lugar de elevar al pueblo hasta la altura posible de sus personales aptitudes y magisterio, fueron ellos quienes por comodidad bajaron el nivel de la masa. En rigor de verdad, se decapitaron para la historia en un sentido y en otro, al no acompañar al pueblo en la ascensión que estaba en su capacidad: le impidieron observar las alturas que se levantaban más allá de las propias fronteras y de allí ese narcisismo democrático en que cayó Costa Rica, la subestimación de generaciones selectas y, sobre todo, la absoluta imposibilidad de una generación con criterio de generación que resultara superada y apta para reformar y crear.

Otros detalles de la individual psicología de esos dos gobernantes los veremos claros en su contacto con los imponderables de la realidad que la historia lanzó sobre el país bajo la sombra de ese dominio dual durante los treinta años de paraíso artificial.

VII

VIRTUOSISMO POLÍTICO

Los ocho años que comprenden las primeras administraciones de los Licenciados González Víquez y Jiménez Oreamuno son de una ejemplar significación política. No presagian innovaciones al sistema tradicional y con ser más liberales en todas las acepciones del vocablo, resultan también más fuertes en cuanto al enraizamiento de la oligarquía .

Reinan la paz y la unanimidad por doquier. No se trata de una paz "varsoviana" sino de una genuina paz en los espíritus. Hay contento por abajo y satisfacción por arriba. Estos primeros gobiernos de don Cleto y don Ricardo no resultan ensayo ni tanteo: son empresa de viejos experimentados, así lo parece por lo menos.

¿En dónde han podido adquirir esa gravedad que revelan y el arte político que exhiben? Esa pregunta no se contesta y ni siquiera dan el menor pretexto para que se formule: son lo que son, saben y quieren. En línea, en clase y en capacidad de futuro superan a todos sus antecesores, aunque de algunos estén muy por debajo en cuanto a concretas realizaciones.

Ninguno de los dos se ha lanzado por el camino de las obras espectaculares, pero las cañerías y los caminos se alargan por metros en todas direcciones; las escuelas y escuelitas de mayor o menor elementalidad se extienden hacia todos los rumbos; la maestra engalana la rústica aldea con su sonrisa, tonificando y suavizando el panorama. Diríase que todo Costa Rica se ha endomingado para festejar esta primavera política de sana y doméstica democracia. Es el triunfo del pequeño progreso que surge del manantial bien cuidado del Presupuesto a la manera de los manantiales que rezuman el agua prístina que recorre los zurcos de la campiña para riego y lozanía de los huertos.

¿De dónde les viene esa sutil composición de que hacen gala con sólo sentarse en el despacho oficial? Cada uno a su manera se maneja con destreza, habilidad y sentido. Bajo su batuta directriz el país ofrece a las desgarradas tierras istmeñas aledañas un concierto en do menor sin alborotos ni gritos. Y tan bien toca la orquesta que estos expertos directores hasta pueden dejar la batuta para solazarse en el virtuosismo de su flauta pastoril.

Desde el primer momento de la toma de posesión, ambos —don Cleto y don Ricardo— se han sentido dueños de la República por derecho de progenitura. Y lo maravilloso es que la oligarquía se siente tan dueña como ellos y el pueblo no menos seguro de su mandar. Y en unos y en otros —pueblo y oligarquía— una ilimitada confianza en que por su guardia vigilante no se verán desposeídos de sus poderes ni por ley ni por costumbre. ¡Jamás, dentro de la libertad, se había visto nada semejante! Una sumisión que se ofrece y que se acepta con tanta dignidad y campechanía.

Las contrataciones bananeras sirven más bien de cortina de humo para desviar la mirada del pueblo del auge y crecimiento de la riqueza cafetalera en manos de la oligarquía.

En realidad esas cuestiones del banano y de la United Fruit Company todavía no se tratan con criterio económico, leudo más bien como un capítulo adicional a la llamada política exterior de las repúblicas caribianas. Se saca lo que se puede de la poderosa Compañía. Se está a muchos años de

distancia de la política del Buen Vecino. Don Ricardo en la oposición ha recurrido a la pirotecnia de la demagogia no porque lo que diga en contra del proyecto de contratación bananera no sea justo, equitativo o sensato sino porque se trata de una táctica, muy suya, de hacerse presente en todo momento, llamar la atención de la oligarquía para sus cálculos de futuro y de paso sumar la simpatía, el aplauso y la adhesión del pueblo. Su palabra es fogata de viruta cuyos resplandores se extinguirán cuando suceda a don Cleto en la Suprema Magistratura. Don Cleto comprende bien, y asimila con filosófica sensatez la crítica de don Manuel de Jesús Jiménez, rebosante de buen humor y sarcasmo, pero enderezada al mismo fin del hermano mayor que ya es hermano máximo.

Estos dos gobernantes supieron hacerse respetar del extranjero y del vecino sin alardes ni amenazas. Superiores a todos sus congéneres de las hermanas centroamericanas, siempre en revueltas o en dictadura, establecieron fronteras morales en torno del país que resultaban verdaderamente inviolables.

Fueron grandes hasta por la elegancia con que supieron actuar y desenvolverse tanto ante los de casa como ante los forasteros. Hasta don Ricardo, que siempre tuvo empeño en desentonar un poco, sabe estar en línea, cubriendo el desgarbo de su carácter y de sus maneras con voluntad, prudencia e intención aguda. Jamás incurrió en pedantería ni en presunción. Las añagazas de la politiquería centroamericana nada pudieron en contra del país a causa del *modus procedendi*, aparenacialmente ingenuo de estos dos varones que cuidaron de Costa Rica como jardín de recreo y reposo para solaz de su espíritu y distracción del viajante.

Pero no a la manera de los tiranuelos y mandones continentales en calidad de coto cerrado para sus cacerías humanas, sino como jardín abierto, sin cancerberos molestos ni guardianes armados.

De la famosa generación del 89 mejor ni hablar: asesores de los amos del grano de oro —en su gran mayoría eran abogados—, llenaban las curules del Congreso distribuidos proporcionalmente en gobierno y oposición con disentimiento manifiesto algunas veces, pero nunca divididos o separados por cuestiones substanciales. Su liberalismo de época y su democracia de ambiente concordaban perfectamente con el profesionalismo jurídico y la asesoría a los cafetaleros cuyos intereses, para ellos y sus clientelas, eran los mismos que los del país.

¡Qué bella aquella Costa Rica del 1906 al 1914! Todo un poema en noche estelada de verano cantado por Shakespeare, con música de Hoffman, la melodía del tiempo, los tiempos del rigodón y la mazurka.

Alberto F. Cañas evoca tiernamente aquellos años en "que se vive tranquilamente, se progresa paulatinamente y porque las figuras de proa de la República lo quieren se va creando conciencia democrática. González Víquez y Jiménez trabajan para el futuro. Saben hacia dónde debe marcharse, pero no se precipitan. Son cautos, pero conocen su meta".

Creemos que se trata de una visión a distancia con telescopio de optimismo, no decimos de añoranza. Que González Víquez y Jiménez sabían a dónde iban, no cabe duda; que dentro de la habilidad humana cometieron errores, duda tampoco cabe. Lo incierto, lo no probado, por la gravedad que entrañaría la prueba, es que conocieran la ruta de la República, lo único históricamente interesante.

Su meta, la de ellos, la conocían y sabían. Y por saberla y conocerla es que se les han prodigado acres censuras y reproches justificados, aun reconociendo su grandeza y reverenciándoles como beneméritos de la Patria.

Sin embargo, con tanto saber y saberse y tanto conocer y conocerse, no podemos creer que don Cleto y don Ricardo estuvieran plenamente convencidos de su propia visión del futuro y menos que conocieran plenamente la verdadera ruta de la República, y no lo creemos precisamente por el respeto y la admiración que les guardamos, tal vez románticamente, y también porque del desastre de sus omisiones conscientes o de sus inconscientes fallas ha sido posible el surgimiento, por primera vez en nuestra historia, de una generación con criterio de generación aun cuando ninguno de sus componentes, individualmente, posea el caudal de ciencia y de experiencia ni el conjunto de mundo y lecturas que se adjudican a los "olímpicos" del 89.

Pero hay que seguir la línea de la evolución para tener los antecedentes esenciales a todo problema; y así, despejadas las incógnitas de la ecuación, mostrar exacta y matemáticamente el valor real o figurado de todas y de cada una de las etapas de nuestra historia verdadera.

VIII

OCHO AÑOS DESPUÉS...

Después de ocho años en la cumbre del vivir democrático y de la santa convivencia en el sencillo comportamiento ciudadano; del buen trato oligárquico y del paulatino progresar casero que registramos anteriormente, nadie imaginaría que pudiesen sobrevenir complicaciones engorrosas ni mucho menos que éstas presagiaran tempestad.

No se vislumbraban esos nubarrones cargados de electricidad que en el trópico se resuelven en trueno retumbante y en rauda torrentera. Apenas unos tenues nublados en la altura. Pero el ruido era tanto que provocó serio altercado en el patio doméstico. ¿Qué era todo ello?

Un hombre esbelto, de frágil textura, que no procedía del alud "olímpico" del 89, se había sentado limpiamente, pero sin saber cómo, en el sillón que acababan de desocupar don Cleto y don Ricardo. Un hombre simpático "que no tenía ni el olfato de Jiménez, ni el exquisito tacto de González Víquez e ignoraba muchas cosas", según la cordial pintura de Alberto Cañas, concurría al oficio que le deparaba el destino. Y tenía que dar su pauta a tenor de los cánones establecidos.

No se trataba —digámoslo ya de nuestra cuenta— de un atrabiliario con ínfulas de Poncio ni de un idealista que llevara la cajita de los sueños en la cabeza. Es un circunspecto y modoso caballero, de buen porte y elegante sombrero gris claro, procedente del campo herediano — tierra de la meseta central nuestra, de límpidos celajes y voluptuosos contornos— que dispone de hacienda y hasta de su correspondiente ficha en el registro de la oligarquía cafetalera. No estuvo nunca en la hornacina de los santos tutelares ni le alcanzan los zahumerios y aspersiones que se enderezan en culto público a los milagrosos oráculos bajados del "Olimpo".

Es difícil apreciar y menos aquilatar lo que pasaría en los adentros de aquella alma. Pero si es verdad que ignoraba muchas cosas, no es menos cierto que sabía algo de otras; por ejemplo, que la riqueza cafetalera del patriciado había aumentado considerablemente; que el ritmo del crecimiento del país seguía en la misma proporción aritmética y geométrica; que el progreso era paulatino y que entre este último y aquél la desproporción rayaba en desequilibrio .

A él —don Alfredo González Flores— los números no podían engañarle porque sonaban como metal y retañían como campana en las arcas de la plutocracia cafetalera sin procurar justicia social al pueblo ni el debido tributo a César. El Estado se manejaba con un Presupuesto a la manera de las criadas de casa rica que regatean lo que pueden en las compras para el patrón.

Don Alfredo González gobernaba con la flor y nata de la aristocracia. Seguramente que en cuanto les explicara su idea y les demostrara la justicia de sus observaciones, todos le secundarían. Ninguno de ellos se había dado cuenta de esas verdades, pero en cuanto le oyesen todo sería distinto. ¡Daba gusto gobernar con gente de familia, de corazón democrático y alma paternalicia!

Esas o parecidas debieron ser las reflexiones que se hiciera el "ingenuo estudioso", porque otras no cabían en la cabeza de quien como don Alfredo no guardaba rencores, si es que en su pecho se

concibió alguno; no buscaba tampoco dominios en la política, para la que no había nacido y cuyos mayorazgos hallábanse en fuertes y expertas manos.

La oligarquía tocó a rebato. La patria estaba en peligro. ¡Qué audacia! Nada menos que uno de los suyos quería ponerles a tributar. ¿Acaso no se sacrificaban bastante produciendo la riqueza cafetalera del país? ¿Acaso no permitían ellos que se gastaran los cincos del tributo en escuelitas, en cañerías y caminitos? Tamaña traición no podía consentirse; eso era un ultraje a la democracia. No era posible que un provinciano cometiese tal insolencia. Estaba loco. Claro, con tanto estudiar y revolver estadísticas se le había subido el socialismo a la cabeza. No, Costa Rica permanecería democrática... Este fue el tono. No rasgaron las vestiduras ni entonaron el "Duelo a la Patria", porque ellos eran fuertes y sabían pelear en defensa de los cuatro reales que les pedía don Alfredo. ¡O los cincos de cobre, o fuera del Poder!

Ocupaba una curul en el Congreso don Cleto González Víquez y éste, espontáneo y seguro como antes y como siempre, pasó al centro del areópago y presentó batalla. Recio discurso sin destemplanzas, firme en la doctrina que permiten todas las firmezas y que ajustada a las preceptivas de la técnica costarricense convenció a sus oyentes, los de dentro y los de fuera del recinto. Todo le era propicio: ambiente, circunstancias, su misma autoridad ajena a codicias y su posición.

A don Alfredo González Flores le habría sido posible llevar adelante la campaña de su proyecto de tributación directa porque estaba enterado; sabía lo que se hacía en los grandes países de disímil colorido político y distinta arquitectura gubernamental como la Alemania imperial, la Inglaterra liberal y la Francia democrática en los cuales los grandes productores, industriales y comerciantes no se sentían lastimados ni discriminados por tributar en proporción equitativa a sus beneficios, pero nuestro pueblo dejado adrede en la incultura de las primeras letras no podía entenderlo. Tal vez lo comprendiera pero de todos modos a él no le tocaba resolver.

Por arriba no era fácil para don Alfredo lograr apoyos para su proyecto de tributación porque todos los poderosos, la asesoría abogadil y los aspirantes formaban legión. Sólo faltaba una voz. Y ésta retumbó estruendosa y definitiva a través de un telegrama de felicitación. Don Ricardo Jiménez, nada menos, clamaba enfáticamente el ¡presente! de ritual y ya con este capitán dentro pudieron cerrar filas y formar el cuadro ofensivo. Ese día, el Presidente González Flores, ya ridiculizado por los doctrineros sin doctrina del liberalismo autocrático, fue condenado a muerte por el sanhedrín cafetalero.

¿Quién habría de ejecutarle en la plaza pública?

Para la operación no había de contarse con las dos "cumbres pensantes". Hacía falta un inescrupuloso con audacia, a quien el juicio de la historia no le importara y sí las insignias del poder. Los grandes parleros se lavarían las manos, se sacrificarían todos por una vez y lo sacrificarían todo antes que consentir en el precedente que resultaría de la aprobación del impuesto, y el temor constante de la espada de Damocles que representaba la Presidencia de la República en manos de aquel provinciano que se vestía con pie! de oveja.

No pretendemos que esta sea la relación exacta de los acontecimientos manejados detrás de las cortinas. Es una forma simple de expresar nuestro pensamiento sobre esa turbia historia. Porque nosotros preguntamos: ¿se habrían atrevido los hermanos Tinoco a dar el golpe de Estado al amigo y al jefe sin estar antes seguros de la solidaridad de la oligarquía? ¿Habríanse aventurado de no haber mediado la fulminante condenatoria de don Cleto y don Ricardo en esa su segunda gran coincidencia?

Concedamos que no hubiera expreso concierto en la confabulación entre los dos capitanes del liberalismo y la plutocracia, pero la tácita connivencia y el implícito consenso están en el fondo del hecho. Don Cleto y don Ricardo, ajenos materialmente a la conjura y a su ejecución, no se perjudicaban en su prestigio ni renegaban de su doctrina liberal, ya que quedaban en la retaguardia para recoger el poder en la hora propicia y salvaguardar los intereses de la plutocracia y la "conserva" de las creencias democráticas .

La dictadura de los hermanos Tinoco fue consecuencia directa del poder y del quehacer de la oligarquía; el efecto, o sea el golpe de Estado, tiene por causa única la tributación directa. Los treinta meses de permanencia y disfrute del poder, y cuanto sucedió y no sucedió en ese espacio de tiempo, confirman este aserto que es obvio y claro para quien tenga ojos para ver, cabeza para razonar y conciencia para fallar.

De la oposición a los tributos surgió la dictadura tinoquista con todas sus consecuencias que se dejaron sentir hasta 1948. De la causa y efecto subsiguientes, tomados en unidad de filosofía de la historia, surge también el quiebre o rompimiento de la marcha paralela que hasta entonces siguiera el pueblo costarricense en sus dos únicas clases. Las paralelas entre los de arriba y los de abajo se tornan divergentes. La acción concéntrica hasta 1906, se perfila ya en acción excéntrica. Ya no existe una sola nieta, surge otra... y otras.

IX

IMPULSO REVOLUCIONARIO DEL PUEBLO

¿En dónde estaba y qué hacía la famosa generación del 89? Jamás la historia tica en ninguno de sus momentos ha podido orientarnos acerca de ella. Ha sido la generación fantasma soñada por los futuristas de la quimera. Lo que sí hubo —repiteámoslo por enésima vez— fue una insigne floración de brillantes y eminentes individualidades que sin concierto previo ni criterio colectivo coincidieron en liberalismo —fruta de la estación en el mundo— y en oligarquismo tico con sus dos magnavoces por delante.

Fuera de las excepciones entre los menores —y muchos de éstos solo fueron excepción retórica— guardaron silencio o se preocuparon a media voz y en tono menor. Con los hermanos Tinoco, en activo o por pasiva actitud, estuvieron toda la aristocracia, la plutocracia y la inintelectualidad "ochentona" sin excepción. Es una verdad que si no ha pasado en integridad a las páginas de la historia escrita, grabada quedó en la conciencia del pueblo siendo evocada en público cuando en el escenario de nuestra vida ciudadana se han presentado los "hechos diversos" de nuestra política.

¿Cómo explicar de otra manera el extraño fenómeno de una dictadura surgida de arriba sin ningún caudal popular ni contenido doctrinal alguno después de más de veinticinco años del famoso pronunciamiento liberal del 89, de la actuación en todos los órdenes de la vida de las generaciones sociológicas, todas liberales, y lo que es más, después de ocho años consecutivos de gobierno personal y directo de los dos heraldos del liberalismo democrático?

Dejemos bien sentado el hecho histórico: la dictadura tinoquista obra fue de la plutocracia cafetalera y consecuencia directa de la actitud y conducta asumidas por don Cleto y don Ricardo.

El pueblo no se dio cuenta del enlace íntimo entre la causa económica y el efecto político. Y no es de extrañar una falta de óptica si nos atenemos al hecho, por demás significativo, de que pese al poder y gobierno de esos ilustres jurisconsultos, ejercido en plenitud de autoridad, no tornaran siquiera la iniciativa de proyectar una línea económica que aun considerando la voluntad fenicia de la oligarquía, no pulsara la circulación sanguínea de los grandes países conservadores como Inglaterra, Alemania y Francia.

Fue don Alfredo González Flores el primero en Costa Rica que sin preocupación ni ambición políticas, abordó la cuestión creyendo prestar un servicio que ponía al país a la orden del día que regía en el mundo, pero con los mínimos tributos posibles. Cuarenta años habrían de transcurrir para que Costa Rica —los plutócratas del país—, viniera a someterse a la ley de la justicia tributaria que iba la primera para las naciones ordenadas y progresistas.

La jugada de la oligarquía fue, además de antipatriótica e inoportuna, torpe, y en política las torpezas son de ineludibles consecuencias que generalmente se pagan a un alto interés. Cuando el pueblo llegó a darse cuenta del hecho en sus causas reales, comenzó la desertión en las filas de la marcha unida.

El pueblo no se traicionó ni desmereció en la fidelidad u su democracia sentimental y de costumbre cuyo oxígeno había respirado hasta entonces. Y fue del pueblo que surgió el impulso revolucionario que tomó posiciones en la frontera y la doméstica revolución *sui generis* de cada día de la ciudadanía.

El primero tomó cuerpo bajo el caudillaje de don Alfredo Volio Jiménez, líder civil a quien el clima y la insalubridad segaron su vida en flor, pero en el campo de la acción, cuando de él podía esperarse el nuevo gobierno que demandaban los tiempos. Le acompañó su hermano Jorge, más joven todavía. La hueste costarricense apenas rebasó la cincuentena. No importaba el número pues, como declaró Wilson, "en esos cincuenta estaban el honor y la dignidad costarricenses". No era posible que fueran más dada la inexperiencia, la falta de medios y lo inerme de la masa. La plutocracia no había de facilitar, por otra parte, medio alguno puesto que histórica y hasta políticamente estaba asociada con los hermanos Tinoco como clase. Y los elocuentes silencios de los grandes parleros, disimulados con el bisbiseo en las cocinas de la República, no eran para orientar a la masa.

No fue la revolución armada la que derribó al gobierno usurpador pero sí la que vigorizó y fortaleció el ánimo de la ciudadanía y, desde luego, la que hizo viable la política del Presidente Wilson. Los improvisados guerrilleros del Sapoá engendraron la resistencia diplomática de la Casa Blanca y la resistencia interior. Una bala certera tumbó al jacarandoso hermano del dictador. Y las maestras de escuela barrieron con sus escobas el cadáver y la dictadura.

Costa Rica es país de poca memoria. Pasados los treinta meses de terror y de pillaje oficiales, creyó que ya la democracia permanecería incólume. Se eligió a don Julio Acosta, el más vistoso de los jefes revolucionarios y el más aceptable para todos, y siguió sin mayor novedad el gobierno de la Democracia.

Don Julio Acosta fue un presidente de circunstancias. Su misma inocuidad, total y absoluta, hicieronle el gobernante ideal. Don Cleto y don Ricardo tuvieron el gran sentido —pudor político pensamos nosotros— de no atravesarse en el camino de don Julio quien, de otra parte, permitía a la plutocracia recuperar su poder, y a ellos también, para rehabilitarse con sus gestos y declamaciones y preparar nuevas y supremas empresas de gobierno democrático al alimón con la oligarquía.

¿Quién se acordaba ya de don Alfredo González Flores y de su tributación directa?

Ciertamente que Tinoco pudo salir al extranjero a costa del oro del país, pero la oligarquía no había sufrido quebranto en su economía particular. La pequeña merma — si es que hubo alguna— la pasaron a la cuenta de pérdidas y ganancias en concepto de intereses de mora en la operación político-económica que realizaron, pero que pagó la República en vidas, angustias, riqueza, crédito y prestigio.

De nuevo don Ricardo, ya curado de la ronquera que le atacó durante el tinoquismo, en pose de Júpiter tonante mostraba su nueva faz democrática hasta conmovió al propio don Julio con sus agudos de gran virtuoso de la política.

Pero mientras la máquina estropeada del régimen se reparaba a toda marcha para no perder el enlace en la próxima estación, muy abajo, en la sima profunda de la masa trabajadora, y muy arriba, en la cima de la nueva cultura universitaria importada especialmente de Europa, se estaba forjando la nueva ruta, la nueva línea.

Cuando vuelvan don Ricardo y don Cleto al Poder ya no será en fácil contubernio o sórdida comandita con la plutocracia; tendrán que contar también con una porción de ese pueblo que

dejaron en las manos de la rapacidad fenicia de ésta y de la vesanía tinoquista, las dos figuras del monstruo bifronte que al fin había exhibido sus uñas y sus fauces.

Costa Rica era una Democracia. Quien de ella quisiera vivir o gloriarse tenía que ser demócrata o aparentar democracia. El arte de don Cleto y don Ricardo, de tan pobre manifestación durante el gobierno de don Alfredo González, adquiere relieves inusitados después en el manejo y manoseo de la vida pública. De haberlo empleado como guías del pueblo y maestros de juventudes, Costa Rica hubiera culminado en una maravillosa etapa de oro de ley, lúcida y fuerte como el diamante. El destino no lo quiso a fin de dar entrada al pueblo en la política como único factor determinante y a una generación con criterio y fines de generación.

SURGE EL REFORMISMO

La experiencia González Flores y la desviación dictatorial tinoquista que suscitó y permitió la oligarquía, seguidas del inefable gobierno de don Julio Acosta, despertaron la inquietud de un apreciable contingente de masa capitalina que por fin había descubierto el estrecho egoísmo del capitalismo cafetalero y los cortos alcances de una democracia casera. Tuvo ese grupo la intuición de las nuevas tácticas que, en otros países, determinaban nuevas orientaciones políticas y con ellas substanciales mejoras de vida y subsistencia humanas.

De otra parte, íbase formando un cierto proletariado intelectual que, aun sin criterio fijo ni sentido colectivo, compartía aquel sentimiento y, más que compartirlo, lo comprendía. Eran los becados que el Estado, a falta de universidad nacional, enviaba al extranjero a capacitarse profesionalmente para las necesidades del país.

Salvo los "hijos de familia", todos regresaban con el virus de la inconformidad inoculado en la sangre. El contraste entre lo que vieron y leyeron en Europa y la realidad tica, el movimiento universal de las ideas y las estrecheces del medio costarricense, les hizo rebeldes por sentimiento y disidentes en doctrina. Ninguno de ellos —esto sea dicho en su favor— regresó al país con snobismos revolucionarios ni con pujos de autoritarismo. Buenos demócratas siempre, pero con un concepto claro y preciso de lo que significaba democracia.

Se acercaron cordialmente a los grupos obreros y a la masa campesina. Muchos de aquéllos, llegados a tiempo, habían simpatizado con el programa económico del Presidente González Flores. Jóvenes, en general de buena pasta que no sólo no se habían desarraigado del país ni adoptado "ismos" exóticos sino que se expresaban y manifestaban con espontánea sensibilidad nacionalista, extrañamente sensata y madura y depurada de toda xenofobia.

Les faltó quizás celo apostólico, exaltación, carácter y la indispensable coordinación mental en términos de colectividad. Ninguno de ellos, a excepción del "hijo de su padre", ingresó en la cofradía cafetalera, ninguno tampoco mostró la menor simpatía por el sistema tradicional.

Y con ese doble conglomerado —el proletariado josefino y el proletariado intelectual universitario— se formó el primer contingente reformista, la primera tienda aparte dentro de la universal onda democrática costarricense de variados matices. Y llamaron a la puerta de Jorge Volio.

Necesitaban de un nombre o de un hombre para empezar, y creyeron hallarlo en ese inquieto vástago de una familia de tradición. Familia en la que siempre se habían perfilado, dentro de la propia idiosincrasia, dos líneas diversas aunque siempre en noble recta: la que arrancaba del antaño y esclarecido don Julián Volio y la que a través de don Alfredo desembocaba en Jorge.

El General Jorge Volio —nombre y hombre— se plegó a la demanda y aceptó la encomienda. Plenos de entusiasmo laboraron un programa mínimo de reivindicaciones y se lanzaron ardorosos a la lucha política siguiendo la penosa vía apostólica: lo que debió haber hecho en su tiempo la resobada generación del 89 liberal.

Desgraciadamente, los componentes del cuadro reformista carecían de homogeneidad. Les unía un programa convenido, pero les separaban —no se dieron cuenta hasta muy tarde— orígenes de familia; cada uno era fruto de sí mismo, vaga aspiración en común, pero de diferente concepción individual; ni criterio de generación ni sentido político de "clase". Desafectos al sistema vigente, disidentes en táctica y hasta en variante doctrinaria, pero sin espíritu revolucionario, sin decisión para configurarse en cuerpo y alma como partido.

La gran empresa del reformismo en su primera salida por los campos de la democracia electoral, debióse al gigantesco esfuerzo de Jorge Volio secundado por algunos de los primeros acompañantes entre los cuales nos complace recordar a Julio Padilla, el más consecuente de la dirigencia reformista en la tribuna pública y en el Congreso, esforzado paladín de la idea que supo y pudo —misión cumplida— reintegrarse a su linotipo con un historial de limpia conciencia democrática y de honesta y transparente conducta.

Recorrió Jorge Violo, una por una, ciudades, pueblos, aldeas en demanda del voto campesino explicando su significado y alcance. Para los tiempos y circunstancias, una verdadera y pura epopeya civil.

Un partido obrero-intelectual tierno y un candidato directamente señalado por la masa, con programa en el que por primera vez destacábanse postulados de alcance económico, no podían esperar triunfos electorales. Fueron, sin embargo, las primeras elecciones de verdadero sabor democrático impuestas, esta es la palabra, a la oligarquía que aceptó la batalla con sus dos habituales candidatos. En esta ocasión fueron don Ricardo Jiménez y don Alberto Echandi.

Ninguno de los tres alcanzó la mayoría absoluta prescrita por la ley. El Congreso tenía que perfeccionar con su voto la elección popular. Por primera vez en la historia política del país, los diputados de un partido de abajo iban a decidir quien sería el Presidente.

Don Ricardo Jiménez tuvo que pactar con el partido del pueblo y merced al convenio llegó a una segunda Presidencia. En buena moral, el gobierno correspondía a don Alberto Echandi; por afinidad ideológica, a don Ricardo Jiménez, dada su mayor caracterización pública en lo democrático externo. Al parecer el reformismo —digamos Jorge Volio— se decidió por este último.

Sin embargo, el instinto de conservación más elemental debió inclinarle hacia don Alberto Echandi, hombre de finas maneras, caballero a carta cabal, menos apto para las lides políticas, menos dotado intelectualmente y en dones de mando, más flexible y, sobre todo, más "permeable" en cualquier situación delicada de gobierno que pudiera surgir durante el cuatrienio.

No tratamos de profetizar ante hechos consumados, pero aplicándoles el análisis que se ha dado en llamar del "ex-futuro", se induce claramente que un gobierno echandista hubiera posibilitado un mayor dominio reformista para la siguiente elección presidencial.

No obstante, lo importante para la evolución del país no era el ganar o perder la delantera en la primera embestida sino el hacerse sentir, el decidir o tener parte en todo acto de la Administración pública.

No entra en los límites de este trabajo el detalle de las mejoras sociales impuestas por el reformismo al Gobierno de la oligarquía. Ahora buscamos antecedentes a los ocho años que van de 1940 a 1948 y al fenómeno político que determinó el nacimiento de la generación del 48 actual. El hecho histórico por todos conocido es que la floración en reformas de 1924 a 1928 se debe a la palanca reformista forjada por el proletariado.

Demostó don Ricardo Jiménez, en su segunda Presidencia, una capacidad inconmensurable de recursos para el mando sin rozar las fronteras del despotismo o de la dictadura políticos. La desconfianza incomprensible de la oligarquía hacia los Volio, se tornó en hostilidad hacia el General. Y don Ricardo, humillado en su orgullo dominador, se sirvió de los otros Volio para cortar el vuelo al reformismo y liquidar al inquieto General. Más adelante daremos otros aspectos de esta etapa ricardista.

El reformismo —lo hemos dicho— era un conglomerado unificado por una noble ambición social-económica, pero sostenido en vibración por la centelleante hipersensibilidad de su caudillo, siempre dispuesto a todos los arrestos y gallardías. Cuando —ya tarde— se dio cuenta de la peligrosidad maniobrera de don Ricardo, no vio otra salida que la revolución armada. Pero a la cita de Liberia sólo acudió el General. Liberia fue su muerte política y el comienzo de la agonía reformista.

Nada prueba la experiencia reformista contra Jorge Volio y sus hombres. Al contrario, la trascendencia de su lucha, el gesto de su rebeldía y el planteamiento de problemas que nunca antes habían sido ni siquiera insinuados en nuestro medio político, le reservan un sitio en la historia de nuestra evolución que nadie osará discutirle. Si bien en sus fogosas campañas deja traslucir destellos de romanticismo verdaderamente geniales, el resumen de su obra política, que es lo que cuenta, revela visión de futuro y es él quien deja el terreno preparado para una mejor siembra del mañana.

De Volio nos queda también una "lección valiosa: ahora sí en el futuro no habrá posibilidad de reanudar la marcha unida del pasado. El divorcio entre el pueblo y la plutocracia cafetalera se ahondará cada vez más. Aun aplastado el reformismo, unas veces a lo Tayllerand y otras a lo Fouché, —siempre salvadas proporción y distancia—, no pudo don Ricardo Jiménez dominar absolutamente a los de abajo. Estaba a la vista la jornada en que la masa rescataría la plena soberanía de su voluntad y de sus decisiones sin salirse de los carriles de la democracia, por el uso adecuado de los medios que derecho y ley le confieren, pero con un concepto claro y preciso de lo que es, significa y puede un Gobierno salido del pueblo, descansa en el pueblo y labora para toda la Nación.

XI

¿SE VISLUMBRA EL FIN?

La dramática eliminación por mucho tiempo del caudillo reformista permitió el respiro a la oligarquía. No eran las maneras de don Ricardo ni las que podían esperarse de don Carlos María Jiménez las que permitirían un clima sedante de apaciguamiento. Y fue necesario que don Cleto tomara el gobernalle de la nave a fin de sortear la marea.

El reformismo sin jefe concurrió a las elecciones junto al patriarca liberal, el político de suaves picardías pero leal a todos —oligarquía y pueblo— además de generoso y comprensivo. Era un experto concertador de voluntades que supo adormecer a la brillante falange de los novadores sociales. Este encantador de serpientes venció en buena lid cívica y así sucede en el Poder a su coetáneo y par de generación, en liberalismo y en pontificado democrático.

Su gobierno hubiera sido magnífico y superara al suyo anterior y a los intermedios de todos colores, si el país hubiera sido el mismo de 1906 y si hubiera dispuesto de hombres educados para las altas funciones de la Administración y habilitables. en términos del sistema, para el futuro. No era posible a don Cleto entenderse con el arrivismo politiquero ni compaginar sus firmezas intelectuales y matices humanos con la garrulería parlera de las nuevas generaciones sociológicas. Una Escuela de Derecho que fabricaba abogados no es la Universidad que diversifica vocaciones y da unidad mental y disciplina social a la juventud.

¿En dónde estaban los ingenieros, los economistas, los politécnicos, los técnicos agrícolas?

Se comenzaba a pagar aquella tan ponderada "gran visión" de don Mauro Fernández al suprimir la Universidad, respaldado por la generación del 89, a fin de evitar la rebeldía de los universitarios del futuro. No supieron ver que la rebeldía no viene de la ilustración sino del instinto no disciplinado por la educación. Los analfabetos que saben leer y escribir conforme a las reglas de la enseñanza primaria, son los más reacios a todo método y a todo orden. El primario que conoce y escribe las letras y las palabras podrá saber su sonido y su figura, pero no lo que está dentro de esos sonidos y de cada signo: los encontrará sin sentido, sin alma y sin espíritu.

Don Cleto era el único temperamento adecuado, en Costa Rica, para restaurar el orden tradicional creado por" aquella primera oligarquía más patriciado que plutocracia, más paternalicia que comercial que dosificaba en maravillosas dosis el derecho y la protección, la libertad con el mando, el bien ser con el buen parecer.

Don Ricardo con implacabilidad sistemática y el mismo don Cleto con escepticismo habían eliminado de la carrera política a los mejores, a los más preparados y si no todos eran eminentes como ellos, sí por lo menos hombres de cierta línea, valores hábiles y habilitables, con urbanidad, cultura y respeto. El todos iguales por abajo, el descabezamiento sistemático practicado desde arriba contra los de en medio, fue la guillotina aplicada a la jerarquía de los valores morales, espirituales e intelectuales.

Don Cleto hizo maravillas de equilibrio en lo alto del trapecio político siempre igual a sí mismo, cuerdo, acariciante, con plena madurez mental y serenidad de ánimo. Todo baldío; era ya tarde. En la calle y en el Congreso todos eran unos y hunos en el irrespeto y en la impertinencia.

Y para colmo de desventuras, la catastrófica crisis financiera de 1929 que dislocó la economía de los Estados Unidos de América y repercutió violentamente sobre Hispanoamérica, quebrantando y quebrando los pequeños países que se hallaban sin reservas, o como el nuestro, sin armazón económica, acabó por desvincular los agrupamientos que don Cleto sostenía con sabiduría y tino.

Los proyectos tributarios de don Alfredo González Floras, además de las consecuencias de todo orden que se reflejaron en nuestra vida pública, pusieron sobre el tapete de la discusión las cuestiones económicas antes terreno vedado a los gobiernos; la propaganda reformista hizo hincapié en ellos y desde entonces fuerza era introducir el tema en los proyectos gubernamentales.

La segunda administración de don Ricardo hállase ya afectada de ello. Captador del ambiente, el político de Cartago no desechó las indicaciones del medio y llevó a su gabinete a un hombre versado en la materia.

Don Tomás Soley Güell, gran teórico de la economía liberal, sentó cátedra de gran maestro de economía, limitado siempre, como es de suponer, a los calculados lineamientos marcados por don Ricardo que si no alardeaba de tecnicismos, se sabía de memoria la asignatura y hasta dónde podía y debía llegarse.

No trataba don Ricardo de estructurar una economía estatal conforme a los módulos universales o a las exigencias nacionales, sino simplemente de reparar la fachada de la que había. No abrir pendientes resbaladizas ni caminos escabrosos sino senderos transitables que dieran la impresión de que se caminaba hacia alguna parte. Don Tomás era el hombre a propósito.

Había que aventurarse por el camino de las grandes obras públicas y en su buen sentido gubernamental escogió las que resultaron de utilidad y beneficio más próximas a las necesidades nacionales. Don Cleto prosiguió en la tarea. Y son de esas dos segundas administraciones el comienzo de modernización de los caminos, el asfaltado de las carreteras principales en la meseta central, la electrificación del Ferrocarril al Pacífico, la Aduana de Puntarenas, etc., etc. Es decir, y en la observación ponemos especial énfasis, lo que se pudo haber hecho bastante tiempo atrás, casi con los propios recursos fiscales, si se hubiera establecido una prudente economía sobre la base de la capacidad tributaria del país por vía del impuesto directo, complementado y conjugado con el aduanero.

Fue la época de los empréstitos condenados siempre por don Ricardo y recelados por la opinión pública, pero recurriendo a ellos siempre para intensificar las obras de costumbre y apaciguar los ánimos con las de mayor envergadura.

El régimen acunado por la oligarquía y entretenido por las dos nodrizas no salió airoso del intento. No pudo don Tomás evitar los quebrantos de las operaciones prestatarias. De todas maneras, quedaron obras levantadas con cierta química económica a base de sintéticos. No pudieron tampoco salvar el crédito de un país que pudo gozarlo sólido de haber puesto manos a la obra en su tiempo, en los primeros años del siglo, en los días de oro del liberalismo ochentón hasta la primera guerra universal y, acaso, un poco más acá.

Ningún problema nacional supo resolver el régimen por falta de norma, de hábito y decisión. El panorama político, social y económico de las segundas presidencias de don Ricardo y de don Cleto puede resumirse así:

Anarquía en los espíritus, invertebración en los grupos y malestar en el pueblo. El suburbio josefino crecía constantemente en peligrosidad social. Se contrabalanceaban y se contenían unos a otros en pugna recíproca, regulados —hay que decirlo— por el temple y el sumo cuidado de estos dos conductores que sobrevivían al propio fracaso por ser lo único que quedaba en pie del pasado y por su gran espíritu patriótico que les sostenía en su puesto para evitar la catástrofe. No había a quien encomendar las nuevas tareas del Estado y del País.

Dominaba en los ánimos una ansia febril por liquidar a los dos viejos. De don Ricardo, a pesar de su liberalismo y su democracia, ni hablar, por lo menos en la calle. Pero había que empezar por don Cleto, puesto que era quien, al parecer, ofrecía menos resistencias. Se les hacía responsables de los males que se sufrían, de los originados por sus omisiones y por sus acciones, y hasta de los que, en justicia, no les cabía culpa alguna. Un extraño nerviosismo se apoderó de la ciudadanía...

Si en aquella oportunidad el reformismo intenta un golpe de audacia aprovechando el retorno del caudillo, el Gobierno se habría visto en muy serios aprietos. Pero todo se resolvió en música y parada. El General Volio y su estado mayor permanecieron leales a don Cleto. Imaginamos que esa cuestión ni siquiera fue considerada. La entrada del caudillo a San José parecía un cortejo triunfal: en el fondo era simplemente el entierro en primera clase, a todo lujo, del brillante caudillo reformista.

Bien se portaron los diputados reformistas en su labor congresil asociados al régimen; pero la masa, pasada la feria, volvió a sus cuchitriles malolientes y pobres con el sentimiento de que aquello ya no tenía compostura. Por un tiempo más mantúvose la armazón sacudida a ratos por Volio o Padilla pero ya no dio frutos de vida sana ni de esperanza cierta. La lechuza simbólica se petrificó en los jardines de "Villa Sorelois".

En realidad., sobre el pavés costarricense ya no quedaban ni guías ni luchadores. Una informe mescolanza de menudas ambiciones y de lideratos levantaban cabeza para sumergirse de nuevo en la polvorienta turbiedad de las ventoleras de temporada.

Don Ricardo, don Cleto, Jorge Volio podían darse por liquidados. Por su prestigio personal, por su autoridad o por los recursos del propio ingenio todavía permanecerían, cada uno en su puesto de mando o de influjo, pero nada más.

¿Caería Costa Rica en brazos de dictadorzuelos de temporada? Ni pensarlo. ¿Recuperaría la oligarquía su poderío? Ni soñarlo. ¿Vendría el desorden oclocrático? El buen sentido es el fondo angular de la psicología de nuestro pueblo.

¿Entonces?

Ya en la angustia, en la indecisión y en la contradicción se "aguantaría" un poco más en tanto los nublados del día, los clásicos nublados ticos, se despejaron. Después los dioses menores hablarían.

XII

EL FIN DEL RÉGIMEN

"No pretendo que mi antejo sea bueno, ni que aventaje en alcance a los demás, pero es mío el derecho de ver como pueda, dejando a los otros el ver como quieran".

Así se expresaba un célebre estadista hispanoamericano. Y hacemos nuestras esas palabras porque presumimos que nuestra visión en cuanto a antecedentes, difiera de la de algunos lectores nuestros. Pero como todos los caminos conducen a Roma, allá volveremos a vernos y a encontrarnos. Dichosamente nunca bogamos por los mares de los totalitarismos ni obedecemos consignas que no se nos han dado: estamos donde estamos por espontánea convicción, y seguimos la ruta que nos marca nuestra conciencia.

En política y en historia cuentan los hechos y los resultados. No se enjuicia a base de propósitos y proyectos: el infierno está empedrado de buenas intenciones.

No existe en América un pueblo que como el de Costa Rica haya dado pruebas de tan perseverante y completa fidelidad a sus sentimientos y a su idea —el todo de su psicología ciudadana— y de irrestricto acatamiento a los señalamientos de sus gobernantes. Y si es cierto que no los pudo tener mejores en dones y capacidad, no lo es menos —que aquéllos no los emplearon a fondo ni hasta donde alcanzaban deber y poder. De aquí, la diversidad de opiniones sobre el pasado, lo cual no es óbice para nuestra actual posición. Seguimos, pues, nuestro itinerario analítico.

* * *

Para nosotros las segundas presidencias de los dos caudillos liberales cierran la experiencia que se intentó en 1889 y dio principio efectivo en 1906. Las postrimerías del mandato constitucional de don Cleto en 1932 son un clásico fin de régimen. Lo que le siguió, salvo por la forma y los nombres, ya no es el régimen: son ocho años de transición, de divagación, de contradicción o de tanteo para dar con una salida decorosa a fin de llegar en paz a cualquier parte, la que fuera.

Surgió primero una candidatura presidencial que daba la impresión de ser vocero de la oligarquía. No lo era del todo: fue un subproducto surgido de la sucursal que ésta tenía establecida en el Club Unión en cuyos salones los oligarcas deliberaban muellemente recostados en el voluptuoso *dolce farniente* de la pequeña historia, tan pequeña que no alcanzaba la modestísima altura de un anecdotario bien logrado.

El candidato, don Manuel Castro Quesada, era el fruto de una concentración de varios colores y especies en la que se agrupaban banqueros, hacendados, algunos valores intelectuales, políticos vejados y postergados por don Ricardo, lo que restaba del reformismo y el grupo *sui generis* del doctor Calderón Muñoz y el delfín, su hijo Rafael Angel.

Don Ricardo se había negado a la postulación cuando gentes honestas y ciudadanos de la clase media reclamaron su participación en la campaña. Indiscutiblemente le agradaba la idea de una tercera presidencia, pero a condición del mínimo esfuerzo de su parte. Quien no tuvo vocación de

apóstol cuando deber y tiempo lo exigían y posibilitaban, no iba a cargar ahora con la pesada cruz de una restauración y regeneración democráticas.

La plana mayor de la plutocracia cafetalera, insatisfecha con el candidato ya en activa campaña, espiaba los horizontes en busca de un "buen tipo", serio, adecuado a las circunstancias y de buen fiar. No apareció ninguno con tales condiciones. La ley fatal que ellos crearon y que sostuvieron luego los caudillos liberales, ahora jugaba en su contra. Tuvieron que pedir socorro a don Ricardo quien no se hizo rogar mucho. Triunfo fácil, indiscutible: muchos de los que tenían pasaje reservado en el velero de don Manuel Castro Quesada, se apresuraron a tomar un sitio en la motonave de la oligarquía.

Vencido el heterogéneo castrismo en buena lid, dentro de las normas tradicionales, pudo más la animosidad personal contra el viejo triunfador que la paz del país. Y se parapetaron en el cuartel "Bellavista" a fin de evitar su gobierno a mano armada. Es la segunda vez que se derrama sangre en la "edad de oro" de la democracia nuestra. Una semana trágica para la capital solamente, cuya paz fue alterada buscando los levantados dos absurdos: que don Ricardo renunciara a su tercera presidencia o que don Cleto se dejara caer del poder.

Era no conocer la doble fuerza del primero, su derecho y su orgullo; y la fortaleza del segundo, su dignidad de magistrado y su limpidez de hombre. En la fortaleza de don Cleto, dentro de la blandura de su carácter, había más firmeza, si cabe, que en la intransigencia del altanero don Ricardo.

El buen sentido y la cordura se impusieron. Don Cleto elaboró un protocolo de concordia en el que se respetaba el legítimo derecho y no se perseguía a nadie. Total nada: una reyerta entre la menuda gente de la familia tica, ruido de platos rotos. Síntoma, desde luego, de que "en Dinamarca algo había que olía a podrido".

De la tercera Presidencia de don Ricardo es mejor no hablar. Nuestro silencio es testimonio de respeto al ciudadano eminente. Si acaso recordamos el auge y crecimiento de un partido comunista, nacido en las postrimerías del gobierno anterior de don Cleto, formado en su mayoría por los decepcionados del reformismo, y una huelga en la zona bananera contra la United Fruit Company. Don Ricardo ya no se sintió con fuerza moral suficiente para cortarla o debelarla. Este último gobierno puede definirse por un acentuado declive moral, político y administrativo que contrastaba con sus dos administraciones anteriores que en ese orden pueden calificarse como de ejemplares.

Estamos, qué duda cabe, ante una verídica historia de fin de régimen. Por todas partes cunden las rivalidades aldeanas, las antinomias familiares, el chisme de campanario y el desgarbo y desaliño.

Don León Cortés, a quien en la campaña presidencial pasada habían motejado frívolamente y que don Ricardo aprovechó para llenar el vacío y la función de Secretario de Fomento, era la única dinámica de aquel cuerpo de liberalismo moribundo y la única realidad del Gobierno. Ideológicamente no se diferenciaba del conjunto ciudadano; pero era hombre laborioso, abogado de limpios procedimientos y de juricidad, enérgico en la función ministerial, honesto y proficuo administrador. Llamó la atención de la ciudadanía hacia su persona y su quehacer por el contraste de su conducta con la holganza burocrática, la parlería de los politiqueros y la abulia que al propio don Ricardo se le había metido en los huesos.

Era un candidato potencial ya de tiempo y pese al mohín aristocrático y al desdén de los intelectuales, el dedo popular lo señalaba porfiadamente sin cambiar de dirección. Era el elegido de esa clase media —media en todos los órdenes de la vida y actividad costarricenses— que a ratos es pueblo y a ratos de arriba.

Don León Cortés fue elegido por aplastante mayoría popular, apoyado también por lo oligarquía que "bajó el dedo", según la expresiva frase de Alberto Cañas, cuando ya el plebiscitario señalamiento del pueblo le había proclamado. La oligarquía no había "tragado" la espada fulgurante de Volio ni su idea reformista, pero haciendo de tripas corazón, según reza la, expresión popular, tragó la amarga píldora de don León.

El Presidente Cortés hizo el gobierno que cabía esperar de su probidad, de su dinamismo y de su sentido mesocrático de la política. En obras públicas, se hizo más de todo en todo; una corriente de aire puro, higienizó oficinas públicas y ministerios: fue una breve revolución doméstica hecha con escoba, revolución efectiva y muy necesaria para aquellos tiempos de abandono.

Pero don León Cortés que tanto hizo y supo hacer; que no descansó un solo día en su afán de sumar diariamente una hora de progreso material a la hora del día anterior; caminante apresurado y ansioso que transitó por todas las sendas del cuerpo burocrático y administrativo de la República, no pudo descubrir el peligro y la recóndita inquietud que desgarraban el alma de la patria.

De lo que fueron los ocho años que van de 1940 a 1948, Alberto F. Cañas nos ha sabido dar el agua fuerte impresionante de su prosa elegante y precisa sin rebajar el tono de la odisea que vivió Costa Rica con patetismos demagógicos ni con puerilidades de melodrama. Hermosa lección que no cuenta la tragedia vivida y padecida para satisfacción personal y recuerdo de familia sino para gloria de una generación anónima que se encontró a sí misma y reencontró la República en afirmación de fe democrática, de civilidad patriótica, de dignidad ciudadana, arma al brazo y en línea de combate.

* * *

No quedaría completo y justo el cuadro si no recordáramos de la etapa liberal de los viejos caudillos del "Olimpo", la grandeza que les exalta y encumbra por encima de todas sus flaquezas y de las contradicciones entre su deber y su poder. En ellos la naturaleza había depositado la simiente del genio. Se cultivaron y adiestraron en el manejo y la conducción de la cosa pública. Conocedores de hombres, ideas y maneras supieron juzgar de todo con acierto y cálculo en relación algunas veces con el país, pero mirando siempre hacia su poder.

Dominaron cuanto quisieron y hasta el límite que ellos mismos se impusieron. Hicieron todo lo que se propusieron y aquello que era beneficioso para el país y no estorbaba su política personal.

De su paso por el Poder, de su dominio político y de su influjo social Costa Rica les debe, y no es menuda la deuda: libertad de pensamiento, de asociación y de prensa sin restricción ni reserva alguna. Jamás hubo limitación en la expresión de la palabra escrita o hablada, ni aun cuando la grosería y el irrespeto trató de envolverles. Se defendieron y atacaron con pluma propia sin emplear ni recurrir al ventajismo de su posición ni al arma de su poder y recursos. En nuestra América, es un timbre de gloria y de honor que pocos gobernantes han alcanzado.

La relación con los gobernados fue siempre correcta y afectuosa así como generosa y fraterna la relación que mantuvieron con la ciudadanía de los pueblos vecinos. Hospitalidad y libertad para todos los asilados de todas las democracias y de todas las dictaduras. En orden a libertades jamás hubo en Costa Rica bajo su mando y presencia políticas, cuarentenas de restricción o de precaución .

Bien es verdad que el pueblo estaba inmunizado por naturaleza y educación a toda epidemia revolucionaria o sediciosa. El pueblo por hábito y los dos caudillos, don Ricardo por cálculo y don

Cleto por textura, cuidaron del buen ser, del buen parecer y del buen tratar ante propios y extraños. Del Presidente don Cleto González Víquez especialmente no se cuenta animosidad personal o política que le llevara nunca al despotismo o a la persecución.

Si Costa Rica no llegó a ser la Arcadia feliz que destacó en la antigüedad helénica, sí resultó un remanso de paz y de alivio para los asilados y caminantes, irguiéndose a manera de isla legendaria de libertades en el mar revuelto de la permanente revolución centroamericana en alternativa con sus autocracias locales. En buena parte, fruto del cuidado de esos dos hombres tan nuestros, de tan nuestra íntima sensibilidad que hasta los agraviados, humillados y postergados han pregonado su grandeza y les cantan un himno por demás justo de alabanza.

* * *

Creemos no haber omitido por ignorancia o por malicia ninguno de los aspectos de la historia política de nuestra patria útiles y necesarios, como antecedentes, para determinar si realmente existe o no una generación del 48 actual; nosotros creemos firmemente en su existencia y en la fecunda labor de formación de la Segunda República. En la segunda parte de este libro veremos cuál ha sido su criterio, cuál su empresa y cuáles sus características .

SEGUNDA PARTE

LA VERDAD DE NUESTRA VIDA DEMOCRÁTICA

I

LAS IDEAS

La democracia en Costa Rica, ¿viene de abajo o de arriba? ¿Circula de arriba hacia abajo y no de abajo hacia arriba, según lo proclaman algunos?

Esto hay que dilucidarlo porque es el punto central alrededor del cual gira toda nuestra vida pública. Para nosotros —y se nos antoja obvio— el movimiento circulatorio era de abajo para arriba y, luego, regulado de arriba para abajo. Esto se deduce de los acontecimientos que hemos analizado desde 1823 hasta 1948. Del empalme de este último año para acá ya hablaremos más adelante. Ahora refrescaremos nuevamente nuestra memoria.

Durante la colonia y en el período pre-independentista Costa Rica era una familia y vivía en familia. Durante esa etapa no se recurrió a la guerra y las diferencias que pudieran haber no se traslucieron. Se pusieron de manifiesto en Ochomogo (1823), en el golpe armado de don Gregorio José Ramírez y con el traslado de la capital a San José. Prosiguió la vida familiar en el prístino sentido original de democracia natural o silvestre: fue un primer impulso de abajo hacia arriba.

En el segundo período —emancipación de la provincia— la iniciativa partió de arriba pero basamentada en el desagrado unánime del pueblo a compartir las reyertas y anarquía centroamericanas. El impulso venía de abajo y lo recogió don Braulio Carrillo para proclamar la República soberana e independiente. Y ya en casa aparte, aunque sin negar los lazos con los demás Estados del Istmo, permaneció en el vivir democrático tradicional de los tiempos coloniales. Y así hasta 1940, con las naturales alternativas, vaivenes y reacciones de los tiempos y los acontecimientos de estricta significación nacional, sin que en ningún momento las diversas corrientes envuelvan contradicción o desviación democráticas. Ninguna tendencia ni movimiento venido de dentro, es de inclinación o propósito dictatorial.

Es Costa Rica, como pueblo, viviendo de sí y para sí, el grupo humano-político que mejor se ha conformado según la ley natural de su ser y de su existencia. Desde los comienzos de su emancipación se ha dirigido por los derroteros que creyó mejores en jerarquía moral, intelectual o empírica pero siempre dentro de la unidad de su fisonomía y sentimiento democráticos: nunca buscó "amos" sino jefes responsables compartiendo sentimientos, propósitos y tendencias. La inclinación a la rebeldía, la tendencia a la perturbación del orden social y el impulso hacia la subversión de las jerarquías establecidas son esporádicas y de ninguna significación política y social.

Tal vez no constituya mérito el portarse como se es, pero implica virtud. Y hasta gran virtud cuando han menudeado las tentaciones y no ha faltado el ejemplo en sentido contrario de los vecinos y de la mayoría de los pueblos hispanoamericanos. Lo único a notar en la persistente continuidad del ser democrático costarricense son las diferencias de grado, unas veces mayores otras veces menores, pero constantemente en la misma altura. El termómetro de sus fiebres políticas jamás ha rebasado, por arriba, los grados de vivencia gubernamental y, por abajo, tampoco ha descendido al bajo cero insocial.

El clima natural de Costa Rica es la democracia y sus frutos, cultivados o no, frutos de democracia tanto en los gobernantes como en los gobernados.

* * *

Los "olímpicos" del 89 y los no olímpicos y las sucesivas generaciones sociológicas hasta 1930 son, en poco más o menos, hijos del ser democrático nacional que tenían en la sangre, en la formación, en el desenvolvimiento y en el ambiente de la República.

La Universidad les dio su razón filosófica, los libros y los viajes la reforzaron y las experiencias universales la confirmaron plenamente. Y es por ello que esas minorías ilustradas transformaron en sí y para sí el sentimiento en idea. Y se percataron digamos científicamente de que esa idea democrática era la única consubstancial a la idiosincrasia del país real y la única susceptible de dar los mejores tipos de gobierno propio.

Pero de esa idea con la que habían superado su condición ciudadana y su sentimiento personal, no se hicieron maestros ni apóstoles. Tampoco se desparramaron por valles y serranías a difundirla o explicarla. Se contrajeron a vivirla egoístamente. en la comodidad de las ciudades, en el privilegio de su posición o en el goce de la función administrativa para beneficio exclusivo de su persona y de su grupo.

Dejaron que el manantial de aguas vivas discurriera mansamente por los arroyuelos y surcos de la ciudadanía dispersa, sin canalizarlos adecuadamente para extender el riego a todas las zonas de la sociedad y hacer productivas la fertilización y las cosechas. En síntesis: que los dirigentes, ni en el Gobierno ni fuera de él, ejercieron la dirigencia en lo que si no constituía deber legal u oficial sí lo era, y mayormente obligado, en lo moral y en lo nacional: la docencia cívica, el magisterio político que consiste en ampliar y extender los conocimientos y las enseñanzas que se reciben en la familia y en la escuela, pero que la Universidad ya no podía impartir porque no existía.

Dejar en la plena libertad de la selva o de los primarios conocimientos a un pueblo en los pasos iniciales de su desarrollo nacional, es dejarlo a merced de las fuerzas que se agitan en su seno; y de esa libertad dentro de la igualdad, sin regla de educación y disciplina sociales ni norma política, surge la preponderancia de los más fuertes y hábiles. Del incultivo popular surgió espontáneamente, por inclinación también natural, el cultivo de la oligarquía, su fuerza como grupo y la transformación gradual, pero viciosa, de la dirigencia en dominio.

La centenaria vida familiar, la tendencia general del pueblo al reposo, el respeto arraigado en la masa hacia los superiores y la mediocre cultura que pueden dar la alfabetización y una enseñanza secundaria retórica, facilitaron el oscuro dominio. El impulso del 1889 político con sus "olímpicos" por delante no fue otra cosa que un intento para arrebatar a la oligarquía —ya en proceso de transformación plutocrática— el Gobierno de la República que ejercía a través del Presidente por ella escogido y votado por el pueblo.

Por fortuna esa oligarquía no era "militar ni feudal", según la atinada observación de Alberto Cañas. Había surgido de la comunidad democrática costarricense, se había formado en su seno. Se desarrolló a compás y en la medida del sentimiento nacional. Se sentía paternalicia y creía serlo con otorgar por gracia o favor lo que a los menos afortunados en la lucha por la vida les correspondía en derecho.

Habían vivido en democracia familiar, se habían nutrido de todas las esencias de ese sentimiento natural yuxtapuesto a la idea primaria. No eran aptos para el dominio a puñetazo limpio sino para la preponderancia a golpecitos suaves y mañosos en la espalda del campesino. El movimiento

circulatorio de abajo hacia arriba no daba para más allá de una hegemonía ejercida modosamente y consentida respetuosamente, con dignidad y urbanidad.

* * *

Después del fracaso inicial de 1889, ¿qué hicieron las minorías político-intelectuales para devolver al pueblo la soberanía que estaba en su derecho y la facultad de escoger a sus mandatarios en la cual reside, más que en cualquier otro atributo legal, la efectiva soberanía democrática?

Esperar a que la oligarquía se inclinara en favor de alguno de ellos, entrando por así decirlo en una noble y amistosa competencia de méritos profesionales, intelectuales o políticos sin que les moviera un criterio de generación ni les uniera el denominador común de una iniciativa de alcance o trascendencia nacional.

No tuvieron contradictores en el campo de las ideas, porque Costa Rica entera comulgaba con la misma idea. En todo caso, ellos eran los contradictores cuando en juego estaban sus propias intenciones o propósitos, pero no en idea sino en conveniencia o beneficio particular.

Después del impulso de 1889 en el cual ya no participó la "generación" por entero, porque ni siquiera pudo unirles la estrategia eleccionaria, creyeron que era mejor dejar a la oligarquía en su función de "gran elector", y en lugar de hacerse sentir en la masa profunda del país por su misión educadora y directriz, se hicieron temer de la oligarquía y fueron llamados a compartir su poderío. Y eso tenía que suceder ineluctablemente porque entre ellos no se hizo notar jamás la rebeldía.

El trasiego de los personajes de un lado para otro de los tradicionales grupos que se forman en cada período electoral; la composición que toman en el Congreso, siempre los mismos en la idea o en la persona y generalmente en ambas, no envuelve cambio de ninguna clase: es simplemente acomodo personal. Todos son demócratas y todo una misma y única democracia nacional.

¿Qué aportaron en doctrina nueva o en conducta superada, los del 89 y particularmente don Cleto y don Ricardo en su calidad de exponentes máximos de las clases político-intelectuales de la etapa?

En el arte del gobierno un *modus procedendi* original y personal que les permitió el dominio sin tiranía ni despotismo; desenvolverse en la tarea administrativa dando la impresión de que se hacían grandes cosas; dar la sensación de que en ellos estaba el sentido nacional democrático del país y por ellos se mantenía incólume, y administrar limpia y honestamente la República. Algunas de sus peculiaridades han quedado destacadas en la primera parte y no vamos a repetirnos sin objetivo pertinente para estas reflexiones.

En el terreno de las ideas, incluyendo lo económico que ya formaba doctrina en 1906 y era imperativo democrático en el mundo entero desde 1910, sólo encuentra Costa Rica la experiencia González Flores quien, con su intento de reforma tributaria, introduce en el país la preocupación económica y hace posible la de mayor dimensión económico-social planteada por el Partido Reformista. Experiencias de tipo democrático, sobre base ampliamente democrática y sin salirse de los campos del sistema y del régimen vigentes en la República.

De no ser la oligarquía, ya con definidas características de plutocracia financiera, no habría sobrevenido la tiranía de los hermanos Tinoco, por ellos engendrada si no suscitada, y posiblemente no habría nacido tampoco el reformismo, que era consecuencia o efecto, no causa.

Y fuera de la demagogia electoral y electorera —que se da espontáneamente en nuestra América— trajo mayor aporte doctrinal al país y mayor educación política el reformismo con su caudillo Jorge Volio, que la oligarquía con sus maestros González Víquez y Jiménez Oreamuno.

El fracaso del reformismo dio nacimiento al comunismo criollo, el primer movimiento de totalitarismo izquierdista que penetra en el país concebido por mentes criollas y por criollos dirigido: los desesperados del reformismo que ya lo eran del régimen, tuvieron que ponerse bajo el signo moscovita para lograr mejoras social-económicas que eran negadas al pueblo, muchas de las cuales el reformismo no pudo arrancar con su sana doctrina democrático-tica y con sus hombres de pura extracción costarricense.

Tan natural, espontáneo y hondo son el sentir y el pensar democráticos en el país que Costa Rica acaso haya dado un ejemplo único en el mundo entero desde su independencia y soberanía hasta 1930: la unanimidad democrática en las manifestaciones públicas y en las partidistas, en el Gobierno y en la Oposición, pero con una particularidad que es de admirar: toda la producción intelectual y científica de las minorías ilustradas no descubre la menor inquietud ni tendencia antidemocráticas; y ni por snobismo se da el caso de una sola cabeza pensante que traiga direcciones o exprese ideas que no encajen dentro de la más pura democracia nacional, a pesar —aquí la paradoja o antinomia— de que todos se muestran inconformes con la marcha o desenvolvimiento políticos que se siguen en el país, y especialmente con la proyección gubernamental que se sugiere y marca, ahora sí, de arriba para abajo. O sea, en pocas palabras, la existencia de una unidad democrática en idea y hechos, junto a la inconformidad general en cuanto a la conducta del Estado y de la plutocracia que lo conduce. Este fenómeno político social es producto exclusivo de Costa Rica.

* * *

Alberto F. Cañas ha visto el fenómeno —que no puede escapar a ningún observador o estudioso de cuestiones políticas—, sin analizarlo en sus causas profundas, indudablemente porque se apartaba del plan y el objetivo de su ensayo "Los 8 años". Dice al respecto:

"La generación que les sigue (alude concretamente a los grandes conductores) no tiene la contextura ni la cohesión de su predecesora; los hombres del "Olimpo" han dominado la vida costarricense durante casi medio siglo, y quienes vienen detrás de ellos, criados, crecidos y educados bajo su sombra, están ya acostumbrados a que todo se les entregue hecho. Mientras hubiera un don Cleto, mientras hubiera un don Ricardo, y gentes como las que, coetáneas con ellos gobernaron, no había que preocuparse; y la generación siguiente es despreocupada. No tiene un programa no digamos político; no tiene un programa vital; no sabe hacia donde va, ni mucho menos hacia donde debe irse. Si el acaecer democrático es tránsito y nunca meta, para ellos meta fue lo que los viejos liberales hicieron.." Y así hasta el final del párrafo.

Y aquí sí no estamos de acuerdo. El trágico panorama que sus ojos ven en presente y dentro del cual ha figurado como actor, le retiene y no le deja penetrar en la entraña del subsuelo ni distinguir la verdadera raíz del mal.

Los proyectos, sin malicia, del Presidente González Flores; el intento, sin rebeldía del reformismo; y todos los escritos, en artículo, en libro o en conferencia, de los valores de las generaciones posteriores a la del 89, inclusive algunos de la coetánea, no son de despreocupación sino de viva preocupación; lo que cumplido ven no lo toman como meta; la democracia que han vivido y los frutos palpados hasta 1930 no lo consideran suficiente. De aquí su inconformismo, sus intentos y ensayos, sus quejas unas veces, su alarma otras y siempre, y en todos los tonos, su palabra y su

conducta hasta resignarse al silencio. La voz de esas minorías ilustradas, de formación y de esencias democráticas, fue la voz del que clama en el desierto.

Era del deber y la función de los grandes conductores —que esto significa conducir— trazar el programa político, señalar la extensión que debía darse al suyo propio y permitir la colaboración en el mando para la realización de un programa vital. Pero, ¿cómo iban a consentir la plasmación de un programa vital —que ínsito y manifiesto se halla en los intentos señalados— si ellos mismos no lo tuvieron aun sabiéndolo, ni lo hicieron viable con su apoyo, con su consejo o con su poder cuando lo intentaron los que les seguían en la vida?

A don Alfredo González Flores se le ridiculizó de mil maneras y a Jorge Volio se le tachó de loco, así como de pedantes y petulantes a los mejores expositores y defensores de sus tesis y proyectos. Y así sucesivamente hasta aniquilarlos políticamente y reducirlos al silencio: al campesino, mayoritario en la masa ciudadana, se le infundió el temor a su peligrosidad.

Todos esos valores —y los hubo de calidad en el orden intelectual y profesional—, o tuvieron que pudrirse en el seno de la vida privada y el ejercicio profesional, sin influjo en la vida pública ni medios para orientarla, o sucumbieron a los vaivenes de la política y a sus corruptelas. Los mejores, ciencia y conciencia, adoptaron la primera posición; los mediocres, quedaron dueños del campo político, herederos fatales y forzosos de los grandes conductores por la orfandad en que dejarían al país por egoísmo de una parte, por pereza de otra y también por no querer dimitir el poderío de que dispusieron ni concebir otro que el efectivo y material del poder. La primacía en lo moral, la autoridad en lo espiritual, la hegemonía en altitud no la comprendieron. Acaso don Cleto González Víquez gustó de algunas gotas de ese néctar de los dioses.

Don León Cortés representa moralmente una valla de emergencia que el instinto de conservación inspiró al pueblo y que el destino permitió para contener, retener o atenuar la corriente tumultuosa y turbia que bajaba y se veía venir de las fragosidades de la colina politiquera.

Abajo permanecía incólume la misma democracia sencilla y natural de los orígenes coloniales, de la etapa provinciana dentro de la Federación, de la soberanía nacional en la República independiente, de la pujante fuerza del 900 al 914, pero exprimida en su savia vital y desmantelada en sus fuertes y contrafuertes por esos dos grandes caudillos que la dejaron inerme al alcance de la voracidad de la fiera concupiscente que merodeaba por los aledaños del Poder público. A cada uno lo suyo. La verdad por encima de todo.

Y sucedió lo que ha contado en preciso detalle y filigrana descriptiva Alberto F. Cañas en su documental de "Los 8 años".

II

LOS HECHOS

La democracia, como sistema de gobierno, fue concebida en verticalidad de ciudadanía, sin discriminación de clases, abarcándolas a todas en igualdad de trato legal. Por meta y norte, en recta indefinida, la superación progresiva. La dirección en lo alto de la jerarquía, pero con circulación sanguínea de abajo para arriba.

Al finalizar el tercer período presidencial de don Ricardo, en 1936, la composición de la sociedad costarricense difería manifiestamente de esa arquitectura, puesto que se distinguían, por acción y en posición, tres grupos casi estancos: por abajo, en nivel siempre fijo, el pueblo llano en horizontal; por arriba las familias de privilegio; entre ambos, los politiqueros de oficio y beneficio, sostenedores y servidores de la plutocracia y contentores de la masa.

En lo más alto, un Ejecutivo característicamente unipersonal durante los gobiernos de don Ricardo Jiménez y, disimulado tras la nube del oscuro dominio, un monopolio bipartita, —plutocracia y politiqueros— para la cuatrienal escogencia de los altos Poderes del Estado que, por lo general, ratificaba el pueblo en las urnas electorales .

Según explicamos antes, en la designación de la candidatura presidencial de don León Cortés, y en la misma elección, hubo substanciales variantes que deben atribuirse a circunstancias del momento y a la necesidad de los tiempos. También señalamos las peculiaridades de su gobierno. Huelga, pues, repetirlos. Pero sí es muy importante hacer memoria del ambiente que prevaleció en el período (1936-1940) recurriendo a la referencia de Alberto F. Cañas en su libro "Los 8 años", dada la acendrada emoción con que trata al ilustre político alajuelense: "León Cortés no llegó a cobrar verdadera importancia histórica en su paso por el Gobierno; todavía es tímido y está muy bien acomodado dentro del sistema... El tránsito de 1936 se salva porque León Cortés es un hombre enérgico y honesto; pero ya la corrupción política se está preparando para el asalto; le deja gobernar, en espera de oportunidad mejor. Si el Congreso es incapaz, ello no se siente, porque el Presidente no lo es; si los políticos son corruptos ello no se nota, porque el régimen Ejecutivo no les da todavía la oportunidad de demostrarlo... En un momento dado, pareciera como si León Cortés se convirtiese en su prisionero. Lo grave para León Cortés es que, mientras gobierna, parece creer en ellos".

O, en otros términos, que ya no había cómo, dónde ni a quien escoger para la sucesión presidencial. El régimen, falto de la necesaria circulación de abajo para arriba, contenida por los dos grandes caudillos liberales, estaba en crisis de hombres capaces, honestos y responsables. Democracia sí, general, total diríamos, si no fuera por el minúsculo partido comunista ya anquilosado del todo pero que cubría con prosa clásicamente moscovita y movimientos histéricos el raquítico volumen de sus adherentes. Democracia real y verdadera, pero inerte, desvitalizada para la acción, reducida a comparsa por la plutocracia y los caudillos en regencia y distraída y confundida por los politiqueros de oficio.

¿Qué podía pedírsele al Presidente Cortés?

De todos los hombres o nombres posibles a escoger y elegir, nada podía esperarse de bueno: acaso un mal menor, acaso el peor de todos; o simplemente un mal a medias, pero siempre un mal.

La debilidad aquiescente en el Presidente Cortés o en su partido, que equivale a lo mismo, era natural, lógica y fatal: el doctor Calderón Guardia tenía ambiciones y era quien gozaba de mejor predicamento entre los politiqueros y hasta en la calle y, desde luego, en los cenáculos de la aristocracia y sus aledaños. El fenómeno tiene explicación y es oportuno recordarla a los desmemoriados.

El padre del joven aspirante, galeno como el hijo, era varón virtuoso y recto, con religiosa fe y clara moral. Político de afición y consecuente adversario del liberalismo volteriano de don Ricardo. Fue él quien metió a su primogénito en la política. Su ambición y su ilusión por mucho tiempo acariciadas eran verlo en lo alto del Poder. Había creado gratitudes con su medicina y con su persistente y casi disimulado apostolado católico.

El hijo seguía al padre como la sombra al cuerpo. Parecía llevado de la mano. De buen aspecto físico, calculado empaque profesional y "muy culto", en el sentido que el pueblo en Costa Rica le da a esa expresión, era lo que se dice un "perfecto señorito", según la acepción popular hispánica. A fuerza de costumbre se hizo práctico de la política de salón, de tertulia y de congreso y, aleccionado siempre por la familia, estableció una mal disimulada tienda de campaña en donde se daban servicios profesionales de médico a cambio de votos. Aquéllos los procuraba de presente en la confianza de cobrar los votos de futuro.

Y he aquí cómo la suma de las gratitudes y los trueques a plazos, de una parte; y de otra, pertenecer al círculo cortesista y no haber mejor postor, hicieron del doctor Rafael Angel Calderón Guardia un candidato único y Presidente forzoso; más Guardia que Calderón por la fachada, pero ni lo uno ni lo otro por idea, por acción o por conducta, porque no tenía ninguna ni se le conocían otras tendencias que las del padre, pero en el reflejo de la sombra, ya que de sus labios jamás fluyó destello alguno ni en el Congreso ni en la plaza pública. Era lo que en términos de vecindario las comadres de barrio llaman "una buena persona". Podría cometer tonterías en la Presidencia; pero maldad, ninguna. Los resplandores del padre ocultaban la faz del hijo en la sombra que seguía al venerable anciano.

* * *

Jamás en nuestra historia habíase mostrado el destino más generoso y complaciente con el aspirante menos dotado de calidades. Estaba en su posibilidad, sin embargo, llenar el déficit con virtudes de hombre: con la honestidad del padre, con el humilde porte de un don Julio Acosta o simplemente con la sensatez de cualquiera de nuestros campesinos. Lo pudo hacer, claro está, pero no lo hizo.

De haberse conocido un poco más, hubiese podido corresponder al favor de los dioses y al asentimiento del pueblo, concretándose a presidir con buena voluntad y recta intención la evolución, ya inaplazable, de la República y la clarificación del turbio ambiente. Si se contrae a no intentar absolutamente nada en lo político, con sólo ese no hacer nada habría hecho más que muchos de sus predecesores.

No obstante, el Presidente Calderón Guardia, sobre carecer de tacto y olfato políticos, evidenció falta de sensibilidad humana. Creyó de su derecho un poder que le llegó de favor, e imaginó propia una autoridad que el azar le había deparado; y lo que no pretendieron don Cleto y don Ricardo, que todo lo reunían en su persona, él lo intentó y se lo propuso: dominar omnímodamente no con tretas de arte político sino con maniobras de satrápica ambición; o sea, lo diametralmente opuesto a lo que

prescribe la ciencia del gobierno, aconsejaba el buen sentido, requiere el mandar democrático y exigían las circunstancias.

Y es así como el hombre que subió al Poder sin oposición, hizo justa y precisamente todo lo inconcebible para creársela y organizaría, general, unánime y en dimensión ampliamente nacional.

Pudo hacer el mejor de los gobiernos posibles dándole a su Administración caracteres de concentración democrática en la cual convergieran en unidad de propósito representativos de lo tradicional nuestro y de las generaciones intermedias en sus valores no gastados o corrompidos; facilitar el acceso de los nuevos en expectativa a fin de capacitarlos para el mañana y hasta introducir un representante de la masa costarricense del campo o de la ciudad con el objetivo único de que del fondo del conglomerado social costarricense surgieran los nuevos colores y se dibujaran las nuevas estructuras democráticas que reclamaba el agotamiento del régimen y el anquilosamiento de sus órganos vitales.

En el Presidente Calderón Guardia falló inclusive la hombría esencial que consiste en no sentir el vértigo de las alturas. Los cuadros digamos orgánicos de la Administración, por su composición y fisonomía, eran una extraña mixtura del hierro viejo de la vieja armazón liberal herrumbrosa por el desuso y de la caña verde de las vanidades familiares y de los círculos de la adulación.

No buscó colaboradores sino encubridores. Se le subió la soberbia a la cabeza y el bondadoso mito se transformó en algo muy distinto. Posiblemente por inconsciencia, por irresponsabilidad o por esa recuperación del instinto que a veces sobrepuja lo racional y lo trasciende cuando la gracia se disipa ante los vapores de la concupiscencia y el vaho de la frivolidad.

Lo grave para Calderón Guardia fue que su plan de dominio no obedecía a ninguna idea política ni a ninguna pasión partidista. Abundan en la historia los gobernantes que no han administrado con honestidad y sensatez el caudal público y, en mayor número, aquellos que han perseguido e inmolado a sus enemigos, y a pesar del horror que inspiran y del anatema eterno que pesa sobre su memoria se les puede, si no justificar, por lo menos explicar humanamente, porque respondían sus actos a una razón de política o a una pasión sectaria desbordada.

En el caso concreto del doctor Calderón no hubo ni razón de Estado, ni rebelión popular contra su gobierno, ni conspiraciones o complots: enemigos, lo que se dice enemigos, no los había; el todo nacional se componía de amigos e indiferentes, y si en algún sector latía alguna pequeña animadversión fruto era del futurismo político que posaba sus ojos sobre la próxima elección. En cuanto a las ideas o sentimientos políticos personales del doctor Calderón, tampoco se puede buscar ahí la causa o el germen. Al respecto, pueda definirse con la conocida fórmula aplicada a determinadas sustancias químicas: incoloro, inodoro e insípido.

El historial de los ocho años de su mandar por sí y a través del Licenciado Teodoro Picado ha sido hecho. Lo conoce América entera y se lo sabe de memoria Costa Rica que lo sufrió en la hacienda y en la sangre de sus hijos. Claro está que se han dejado fuera de esa historia los impulsos individuales que sublaten en ella, porque el caso del Presidente Calderón Guardia es simplemente un caso patológico y sólo puede ser explicado por la psicopatología de la Historia.

Nuestro cometido de esta hora es muy otro. Dejemos que los muertos entierren a sus muertos y sigamos el hilo de nuestras reflexiones alrededor de los movimientos que dieron nacimiento y pie a la generación del 48 actual.

* * *

Nadie previo, en consecuencia, lo que podía suceder ni lo que venía de inmediato, a pesar de que desde el primer momento se vio que sería un gobierno de clan: distribuidos estratégicamente en los puestos de la Administración pública estaban los legítimos herederos del tinoquismo, con sus características y peculiaridades bien definidas. Sin embargo, sentada públicamente la bondad del doctor y supuesta la sensatez con que venía manejándose llevado de la mano por el consejo de su padre, no era presumible desafuero en el mando ni despotismo o vesanía en el ejercicio de la Presidencia.

En la degenerada moral de los últimos años del régimen, unas cuantas raterías no alterarían la faz del país ni perturbarían su marcha hacia las nuevas auroras que eran de esperarse tras aquella cerrada noche de orfandad y confusión. Ahí quedaba todavía don León Cortés como reserva social. En rigor de verdad él fue quien introdujo en el Poder al doctor, y alguna influencia ejercerían su ejemplo y su presencia en ese sentido.

¿Era de prever en un gobernante en sus cabales y en un político, que al poco tiempo se volviera airado contra su protector y declarase enemigos a los simpatizantes y seguidores suyos, los mismos que le habían dado sus votos y le evitaron contrincante?

Esa fue la primera grande y definitiva demostración de incapacidad y de impotencia en lo alto de la Suprema Magistratura. Se sentía inepto para conservar las voluntades que lo elevaron a la Presidencia, e impotente para una obra de creación y de progreso que derivase hacia sí una adhesión de la masa mayoritaria del país.

La enfática declaración presidencial produjo estupor en toda la República y las consiguientes habladurías en los corrillos y en los clubs, pero no trastorno ni grave inquietud. El pueblo estaba seguro de su voto y de León Cortés. A no evitarlo los imponderables de la vida internacional o el crimen en el interior, la Presidencia seguramente volvería a manos de aquél.

Cuando llegó la hora de la verdad, los comicios, se estaba en lo más crítico de la segunda guerra universal, y merced a la combinación de los factores internacionales y de los crímenes nacionales, el Presidente Calderón pudo adjudicar a Teodoro Picado los votos emitidos en favor del ex-presidente don León Cortés. El cambio se hizo sin guantes y sin disimulo, a la vista del público, a ña, garrote y ametralladora limpios (1).

De hecho, hay que decirlo, fue la guerra universal en sus directas implicaciones para la democracia de nuestra

América la que posibilitó los atropellos de aquel gobierno al igual que los de tantos otros del Continente. De otra parte, y siempre a causa de la guerra, la Unión Soviética luchaba junto a las potencias democráticas, y la oportuna y oportunista disolución del Comintern, instrumento en manos de Moscú que hasta ese momento había servido para la perturbación y revolución universales, transformó a los comunistas del mundo entero en fervorosos demócratas y patriotas de buena ley.

Este aporte al gobierno fue lo que permitió al Presidente Calderón Guardia utilizar a los "camaradas" criollos para los usos de la calle, amedrentar a la pacífica ciudadanía y así disfrazar ante la opinión extranjera sus siniestros planes de dominio.

Los comunistas no se hicieron rogar. Y unas veces por adelantado y otras de contado riguroso, cobraban sus servicios a base de una influencia en el gobierno que aumentaba cada día en importancia.

El mundo entero vivía pendiente de su destino, y su futuro se fraguaba a sangre y fuego, por aire, mar y tierra. ¿Quién ni para qué iba a ocuparse de lo que aconteciera en un pequeño país de abolengo democrático, que era nada menos que la tranquila y paradisíaca Costa Rica de las leyendas tropicales?

La guerra, y no otras causas, sostuvo a Calderón Guardia en la Presidencia durante los años de 1943 y 1944 y le permitió la cruda imposición de Teodoro Picado en calidad de ocupante de la Presidencia hasta 1948, de cerca vigilado por su hermano Francisco que había sido elevado a la Vicepresidencia en el mismo fraudulento golpe dado en las urnas electorales.

Durante el gobierno de Picado falleció don León Cortés. Para Calderón una preocupación menos; y la mayor de todas. Por fin quedaba de amo único del campo político y del cotarro gubernamental. Y el doctor prolongó sus vacaciones calculadas en los Estados Unidos de América haciéndose de calorías suficientes para el vitalicio usufructo del Ejecutivo costarricense, en cuanto, cumplida la legal tenencia, se lo traspasara don Teodoro Picado.

¿Quién podría oponérsele? ¿Con qué medios?

En sus cálculos estaba que los únicos que podrían estropearle la fácil realización del plan cuidadosamente elaborado, serían los comunistas y los estudiantes.

A los primeros ya los tenía amarrados a la Caja Costarricense del Seguro Social, dulcemente embelesados en sendas mecedoras con los calderones de la música de moda de las garantías sociales.

En cuanto a los estudiantes, ya todo lo había previsto desde el primer momento al hacer composición de lugar con sus lugartenientes. Por eso restableció aquella Universidad que en 1888 cerró don Mauro con la anuencia de toda la "olimpiada" liberal.

Por muy ingratos que sean los costarricenses, reflexionaba él, no era de esperar que los jóvenes universitarios fueran a gritar en su contra, después de tamaño regalo. En todo caso lo harían en su favor y en plena calle.

Y he aquí que el bondadoso y profético Presidente ya se veía en el solio en apoteótica coronación saludado con el imperial ¡Ave César!, nada menos que entonado por los hijos del pueblo y los soldados de la democracia popular y por las renacientes y vírgenes clases intelectuales.

Sin embargo, 1948 fue año de tragedia, culminación de ocho años de odisea nacional vividos resignadamente entre lágrimas, angustias y sangre... hasta que un reducido número de ciudadanos, la mayoría de ellos universitarios, con alma de hombres, temple de héroes y espíritu de generación empuñó el arma vengadora del Derecho y la Dignidad civil de Costa Rica hasta entonces pisoteados por la barbarie caldero-comunista.

De "La Lucha sin fin", propiedad y empresa de don José Figueres, partió "la primera bala revolucionaria"; de la lucha sin miedo ni cobardía, la libertad de Costa Rica. La hazaña de ese grupo de costarricenses no desmerece en nada la gesta de los treinta y tres inmortales que liberaron el Uruguay.

(1). —Léase la obra "Los 8 años", por Alberto F. Cañas, Editorial Liberación Nacional, San José, Costa Rica, 1955. Documental sobre los gobiernos de los Presidentes Calderón Guardia y Picado, hasta el estallido de la revolución nacional. Un juicio sobre la Segunda República y su actual desenvolvimiento es imposible si se ignora el crimen de cada día en los años precitados. En la obra que recomendamos al lector extranjero, hallará el relato verídico, objetivo, sereno y hasta indulgente .

III

ORÍGENES E INTERPRETACIÓN DE LA GENERACIÓN DEL 48

Es un refrigerio para el espíritu no tener que preocuparse de lo personal, sobre todo cuando de cuestiones políticas se trata. El análisis se hace más objetivo y el juicio cobra, hasta donde nuestra pasión lo permite, aquella imparcialidad que requiere la verdadera crítica.

Sabemos quienes y cómo son los más destacados miembros de la generación del "48 actual, sus antecedentes y sus méritos. Mas como no han bajado del "Olimpo" ni se consideran hijos de los dioses, sino surgidos de lo hondo de la tierra nuestra para el mejor servicio de la comunidad, no sufrirán amargura ni experimentarán decepción al no verse señalados personalmente en un ensayo que sólo aspira a registrar su nacimiento a la vida pública y su paralela entrada en la Historia. Procuraremos, pues, en lo posible, aun haciéndonos violencia, referirnos a ellos como lo que son y han querido ser: es decir, como generación.

Y si en cuanto al pasado —a los cincuenta años de régimen liberal recién transcurridos— no compartimos del todo el pensamiento de uno de ellos —Alberto F. Cañas— nos colocamos de su lado en cuanto a la estimación que hace de su obra por reputarla de la mejor calidad, muy por encima del valor que se le atribuye en la misma Costa Rica.

No es mucho lo que pretendemos con este trabajo que, por nuestro, poca gloria y lustre reportará a la generación del 48 actual.

Vivimos la última parte de los años de la plena decadencia "olímpica"; seguimos con ansia patriótica la gestación de esta primavera política de la Segunda República y la observamos en la perspectiva de la lejanía física a que nos relegó la lucha por la vida y nuestras inquietudes de estudiante. Aquilatar el pasado en su esencia y por sus enseñanzas, al través de una perspectiva espiritual de la historia nuestra, acaso sea el único mérito de este trabajo que, por otra parte, es el fruto de una interpretación exclusivamente personal de la cual somos los únicos responsables. Declarado lo anterior, volvemos a nuestro tema.

* * *

El grupo de muchachos que se congregó en la finca "La Lucha sin fin" y otros contingentes igualmente afines en idea y finalidad que por diversas causas no pudieron hacerlo, pero que desde otros frentes participarían en la misma gesta libertadora, eran el espécimen de vanguardia de la generación, el resumen de todo lo que quedaba en la República de aquella naciente y varonil democracia de don Gregorio José Ramírez en Ochomogo, que iluminaran don Juan Rafael Mora y el General Cañas en el 56 y 57 en los campos de Nicaragua, y unos años después don Alfredo Volio Jiménez en la revolución contra la dictadura de los hermanos Tinoco.

Desde luego, un resumen histórico de valor y de convicción, floración virgen y anónima, casi ignorada, plural en unidad y sin ataderas con el pasado ni responsabilidad política en el presente. ¡Muchos de ellos, por minoridad civil, no habían votado todavía!

El germen y desarrollo de la generación de que eran avanzada se detalla en la obra de Cañas de la que nos permitimos la libertad de algunas referencias y antecedentes, todas de primera mano.

De una minúscula "Asociación Cultural de Estudiantes de Derecho" que se creó allá por 1937, se llegó a una Federación de Estudiantes que para 1939 funcionaba a medias. Para ese tiempo regresó al país, ya jubilado, el profesor don Roberto Brenes Mesen, después de enseñar español por varias décadas en una universidad de los Estados Unidos de América. La muchachada estudiantil, en orfandad política y espiritual, creyó haber hallado un mentor y un guía. Entre sus varios anhelos estaba el de "formar un Partido político de estudiantes, con ansias renovadoras y revolucionarias". Pero el profesor Brenes Mesen, después de llevarlos con su dialéctica constructiva a un terreno de prácticas convicciones, díjoles que "por lo pronto debían hacerle a un lado a él, que ya era viejo y sólo consejos podía dar".

Aquellos inquietos jóvenes, haciendo suyo el proverbio que reza "al buen entendedor con media palabra basta", se refundieron en apretado haz, a la luz del nuevo espíritu que les había inflamado el hidalgo maestro de juventudes, en una entidad de nombre "Centro para el estudio de los Problemas Nacionales", reforzándose con "profesionales jóvenes y con un grupo de catedráticos universitarios y de secundaria". Esto ocurría en 1940, simultáneamente diríamos, al encumbramiento al Poder del doctor Calderón. "El primer aspecto que distingue a los muchachos, escribe Cañas, es la conciencia que tienen de ser una generación en el más estricto sentido de la palabra".

No tienen preconcebida idea política alguna, salvo la raigambre y el sentido de su autoctonía democrática. Y así no es de extrañar que la primera conclusión positiva a que llegaron fuera la de que "la solución comunista no es la cierta". Esta sola afirmación, tan breve como rotunda, demuestra que poseían sindéresis, eran reacios a los modos venidos de fuera y estaban ligados a la cultura occidental; y que, efectivamente, habían rebasado los linderos de la enseñanza primaria, o sea que sabían leer y escribir, asimilaban lo que leían y razonaban lo que escribían.

"La labor pública del "Centro" se ha llevado a cabo, hasta mayo de 1943, al través de una revista mensual llamada "Surco" que tiene una circulación baja pero muy bien apuntada, y de publicaciones cada vez más frecuentes en "Diario de Costa Rica", cuyo director y propietario, Otilio Ulate, ha abierto a los muchachos sus columnas sin restricciones y les despliega sus artículos en forma que al comienzo parece desproporcionada, ya que se trata de un grupo muy juvenil y muy desconocido".

Resultado, que de no haber tenido la feliz iniciativa de plantearle sus inquietudes al recién llegado Brenes Mesen en busca de orientación para el futuro, esos jóvenes se hubieran perdido irremediabilmente por los vericuetos de la politiquería, de la gárrula declamatoria y del lugar común, o acaso extraviado por los mismos caminos en que extraviada anduvo la generación del 89, "de la cual esta muchachada universitaria del 40 se siente heredera directa", agrega Cañas.

¿Heredera directa en qué?

Si es por lo democrático, son herederos directos y legítimos del legado sentimental, histórico e ideológico de la madre común, Costa Rica, en sangre, por espíritu y por costumbre; si por lo intelectual por ese afán de conocimientos y experiencias y de grandiosos planes de creacionismo, que se hallan en todas las minorías universitarias de todas las generaciones sociológicas de todos los países, el nuestro inclusive. Es una ley o tendencia natural a la que no escapa ningún grupo universitario.

De haber existido ese grupo fantasma del 89 con criterio y conciencia de generación, a los cincuenta años de historia vivida y también "vegetada" por la República, hubieran sucedido otras

generaciones y suscitado otras proyecciones, las complementarias siquiera. Ellos mismos, los muchachos del "Centro" no se habían encontrado en la sima oscura del 36, ni en el laberinto del 39, sin guía, sin ruta y meta prefijadas.

Fue Brenes Mesen, un viejo profesor ausente del país por más de cuatro lustros, quien les dio método y camino para el más allá del 40. El espacio que la muchachada del "Centro" recorrió no sin angustias, dándose la mano unos a otros en un común latir del corazón, no contiene no ya semejanza pero ni siquiera analogía con el fácil sendero, de brecha abierta, que recorrieron individualmente, uno a uno, las minorías de los ilustrados y universitarios pre-"olímpicos" y los de la llamada generación del 89.

De haber existido generación no se habrían perdido o malogrado para la patria las experiencias de González Flores y del reformismo, no habrían sobrevenido la dictadura oligárquica de los hermanos Tinoco ni el marasmo letal, ya casi epidemia, que aquejó a la nación de 1928 a 1940, apenas sacudido por el bracear nervioso y enérgico del Presidente León Cortés.

Lo que distingue a los del 48 de todos, y esto es suficiente y lo explica todo "es la conciencia que tienen de ser una generación en el más estricto sentido de la palabra ". Y no solamente conciencia, sino la tarea: su lucha contra, primero, e inmediatamente después, sus construcciones político-nacionales.

La historia de esta generación es breve —recién nacida ayer— pero plena de significación. Van con conciencia de generación, con pensamiento y con método, resumiendo inclusive a los indiferentes y a los cómodos. Exactamente lo contrario a la marcha y al quehacer de las juventudes del 86 hasta el 36 actual.

Esa cosa híbrida que era la Universidad, creada con criterio y finalidad politiqueros, coadyuvó al fortalecimiento y afirmación de la conciencia de generación, aunque de ella no le haya venido el pensamiento. El contacto entre las juventudes, su relación diaria, el mismo contraste, y el soplo que brota del cuerpo místico universitario producen homogeneidad, camaradería y finalmente unidad, que es un concepto más elevado y superior al de unanimidad. La universidad proyecta e infunde un espíritu que no procede de las asignaturas que se enseñan ni de la manera como las enseñan los maestros y profesores, puesto que ambas constituyen su cuerpo exterior, o sea lo que sirve para fabricar aptitudes profesionales. Y ese espíritu invisible e impalpable es el que primero reúne, y luego une en haz indivisible, y se manifiesta en obra y obras que son las que construyen civilizaciones, edifican culturas y forman ciudadanía.

La universidad creada para evitar gritos destemplados en la calle, se manifestó a voces y hasta en tumulto callejero, sarcásticos unas veces y otras también airados, pero formando concierto porque por ella hablaba el espíritu y la voz del Pueblo.

Esto ocurrió en 1943, cuando la ciudadanía costarricense, dándose cuenta de los propósitos impositivos del Presidente, se manifestó en ja calle por tres días consecutivos contra la reforma a la Ley de Elecciones. El proyecto, ya aprobado por la mayoría servil del Congreso en primero y segundo debates, fue retirado del tercero y último por la presión del ambiente, por su presencia y sus voces en plena calle, porque estos estudiantes, los ciudadanos y las mujeres que convergieron en la plaza pública así lo demandaron y exigieron. No tenían votos dentro del Congreso, ni armas en la calle, apenas si entre aquella imponente muchedumbre había unos cuantos que conocían el manejo de una pistola. En aquella gloriosa jornada cívica los estudiantes tomaron contacto con la calle. Y, simbólicamente, tomaron posesión de ella.

Esa lección de cordura y civismo no supieron aprovecharla ni Calderón ni su candidato Picado. Al contrario, estrecharon lazos con el comunismo criollo a fin de que éste se desarrollara libremente en la plaza pública como mejor lo entendiera y como se le iría señalando desde arriba: un proyecto de "Código del Trabajo" se envió al Congreso a fin de justificar el monstruoso contubernio y, de paso, cubrir con el humo de esta sociología barata los propósitos impositivos del Presidente.

El pueblo persistió en su pública adhesión a su candidato no tanto por serlo como por representar circunstancialmente las aspiraciones de la casi totalidad del país frente a la agresiva alianza caldero-comunista. Ya hemos anticipado el resultado y los medios de que se valió el Gobierno para asegurar la continuidad del régimen, poniendo en las manos del Licenciado Teodoro Picado la Presidencia de la República.

De lo que tratamos aquí es de perfilar la actuación de nuestra generación del 48 por el momento representada por los jóvenes del "Centro para el estudio de los Problemas Nacionales". Por demás está decir que formaron dentro de la corriente nacional en cuanto ésta expresaba las aspiraciones de la mayoría popular, pues en una fase de comodismo algunos componentes de la plutocracia, y hasta estimables núcleos de profesionales, cooperaron económicamente a la campaña oficialista en la creencia de que una vez elegido el Licenciado Picado se emanciparía de la coyunda caldero-comunista.

* * *

La persistente voluntad de Calderón, la versátil volición de Picado y el matonismo comunista provocaron, al fin, la crisis verdaderamente nacional: todo el país en masa, todos los grupos políticos, todos los estamentos — plutocracia, riquillos, comercio grande y pequeño, banqueros, trabajadores, universitarios y secundarios, hombres, mujeres y niños— se constituyeron espontáneamente en bloque de unidad opositora.

Y he aquí al Licenciado en acción y al Doctor en reserva, determinando un fenómeno nunca visto antes en Costa Rica, ni aun bajo la tiranía de los hermanos Tinoco: unanimidad política frente a la candidatura del doctor Rafael Angel Calderón Guardia en su aspiración a la segunda presidencia. Hasta dónde se llegaría no podía precisarse todavía, porque se ignoraba la capacidad de voluntad del Presidente Picado en su sometimiento a Calderón.

Se produce, pues, dentro de este fraudulento período constitucional (1944-1948) un movimiento primero en expectación, luego en acción proselitista pero a la defensiva y finalmente con resolución definida. Pero en el seno del movimiento hay dos tendencias no antitéticas pero sí de finalidad distinta. Ambas han tomado el mismo tren pero con tiquete para estación distinta: los más, por no decir que la casi totalidad, hasta el día de las elecciones; la exigua minoría hasta la estación terminal si en el camino hallan un conductor que se haga cargo de llevar la máquina a destino. Esto, naturalmente, para el caso más que probable de que los votos que el pueblo emita en favor de su candidato no sean escrutados debidamente.

Con esa minoría estaba la actuante generación del 48, avanzada de unidad revolucionaria en método, idea y finalidad, dentro de un alzamiento nacional reivindicatorio de los derechos ciudadanos, y por lo tanto de proyección limitada a lo meramente político y circunstancial, aunque ambos de elevado y plural concepto.

Durante este cuatrienio decisivo para la República, los jóvenes del "Centro" constituyen la espina dorsal del movimiento popular; prácticamente, la cabeza directriz. El "Diario de Costa Rica" suspende su publicación desde el 9 de febrero (1944) por decisión de su propietario y director don Otilio Ulate, quien justifica su actitud en un bien razonado editorial, dejando al país sin órgano de

información y de comunicación entre la ciudadanía. Los del "Centro" se disponen a publicarlo bajo su responsabilidad y dirección. El señor Ulate comprende y accede. Nueve días después reaparece ese periódico escrito por la pluma nerviosa de los muchachos que no pierden la serenidad de juicio indispensable a los riesgos de la campaña. Son ellos quienes después del aplastamiento, no derrota, mantuvieron el clima opositor, levantaron el espíritu público y positivamente lo encauzaron hacia la ofensiva en términos de cruzada que supieron iniciar y conducir por medio de la palabra escrita en hoja volandera de periódico y con presencia física en todos los frentes de combate en que se parapetaba el caldero-comunismo en el Poder. Esta labor de la generación en este año de 1944, inicial del gobierno fraudulento, hasta marzo de 1945 en que ya se había repuesto y tomado rumbo definitivo la opinión costarricense, es a nuestro entender no sólo la más admirable sino la más eficaz: el comenzar de todas las cosas es trascendente pero el re-comenzarlas después de un fracaso, aunque sea debido al aplastamiento de la fuerza bruta, y tal vez por eso mismo, implica virtud, y virtud en grado heroico.

A pesar de la complejidad de la situación y de su dedicación a las exigencias del momento público, los muchachos no alteran ni descuidan el plan propio, los propósitos que como generación se impusieron antes de la emergencia. Ha llegado la hora de formar el Partido ideológico, no ocasional, y al efecto sostienen sendas conversaciones con un grupo de jóvenes, "Acción Demócrata", limitado a lo político, seguidores de don León Cortés. Desvanecidas las diferencias accidentales más bien fruto del temperamento que de la idea, se unen para formar el "Partido Social Demócrata", el cual bien podemos calificar de integrante de toda la generación del 48. Es a con^ tar de ese momento que devuelven el "Diario de Costa Rica" a su propietario para que éste pueda publicarlo con personal de su empresa, y la generación consagrarse, al frente de su partido, a las actividades que exige tal cometido. Ahora ya con personería política propia porque tendrán participación en las tareas del plural conjunto ciudadano y podrán captar adherentes y cooperantes.

La muerte inesperada del ex-Presidente don León Cortés, candidato único del compacto grupo opositor, abre un breve intersticio por donde se filtran las diferencias de tipo personalista que naturalmente existen. No hay un hombre con autoridad reconocida y relieve nacional para imponerse al conjunto. Cada grupo propugna como candidato al propio escogido. La torpeza oficialista y la general animadversión al doctor Calderón Guardia, les mantiene todavía en plan concorde: divididos y en lucha separada serían vencidos y perderían con las elecciones el derecho a sus reivindicaciones. Es don Alfredo Volio Mata quien propone una fórmula que es aceptada por todos los grupos.

En la gran Convención del 13 de febrero de 1947, verificada en el Estadio Nacional, los representativos de los cuatro partidos en número equivalente de delegados, más los ciudadanos calificados que figuran en la oposición pero sin representación de partido, escogieron al candidato único para todos: después de dos votaciones eliminatorias resultó con mayoría el periodista don Otilio Ulate sobre el hombre de negocios don Fernando Castro Cervantes.

Del libro de Alberto F. Cañas, transcribimos los siguientes detalles significativos: "En la primera votación el grueso de ella se inclina por los tres hombres de partido. Ulate, Castro y Figueres eliminan por un gran margen a todos los demás posibles candidatos. Parecería evidente en esa primera votación que, de los electores exoficio, los capitalistas en grande, las mentalidades conservadoras, se inclinan por Castro; los intelectuales maduros y los empresarios jóvenes están con Ulate; y los estudiantes, intelectuales jóvenes y "cabezas calientes" han votado por Figueres". Este queda descartado en la segunda votación. "La situación queda entonces planteada entre Castro y Ulate; Ulate lleva una ventaja, pero ligera. Y ya se puede adivinar que será él quien triunfe, porque la tendencia que ha tratado de impulsar a Figueres no está dispuesta a dar sus votos al candidato del Comité Demócrata, que no es bien conocido por el pueblo, y al que juzga en exceso conservador, o representante de los que recalcitrantemente lo son".

Fue la solución lógica, una vez eliminado Figueres; y decimos lógica porque dada la forma en que el proceso electoral iba desarrollándose, requeríase de un candidato adecuado a las circunstancias y Ulate revestía las condiciones para ello. Lo importante ya estaba logrado, esto es, que hubiera un solo candidato. Esas elecciones no serían un concurso de simpatías o un pugilato de partidos sino el duelo a muerte entre el pueblo de Costa Rica y el clan calderonista... El 8 de febrero de 1948 la victoria más pura y decisiva coronó los esfuerzos de la ciudadanía; y el 28 del mismo mes el Tribunal de Elecciones, integrado por tres Magistrados en cuya rectitud, honorabilidad y apolitismo fiaron el pueblo, la oposición y el mismo Gobierno, comprometiéndose todos a respetar su fallo, declaró provisionalmente electo Presidente de la República para el período 1948-1952 a don Otilio Ulate.

El Congreso tenía que "legalizar" la proclamación por ser de su fuero privativo, según la Constitución vigente. El primero de marzo, la mayoría adicta al calderonismo desconoció el fallo y declaró nula la elección. En ese mismo día y momento "un grupo de militares, al mando de Tavío, y en carros blindados, ha rodeado la residencia del doctor Valverde donde se encontraba Ulate y un grupo de amigos. Cuando el dueño de la casa salía a preguntarles qué deseaban, han abierto fuego de ametralladoras contra él, y Valverde, el segundo hombre del ulatismo, agoniza en el Hospital de San Juan de Dios".

* * *

El Gobierno, vale decir Calderón Guardia, aceptó la fórmula del Tribunal de Elecciones comprometiéndose a respetar su fallo, en la creencia de que el pueblo no resistiría la ininterrumpida campaña de violencia e intimidación a que se había lanzado. Pero el país entero, comenzando por Cartago, respondió con el arma de la "huelga de brazos caídos" (1) la cual, de haberse prolongado un poco más hubiera dado fin al gobierno de Picado. La presión de los capitalistas la hizo baldía en cuanto a lo último, aunque decisiva para lograr las garantías comiciales que la fracción caldero-comunista se negaba a dar.

A las garantías que se le arrancaron al Gobierno, siguió, acrecentada, la campaña de intimidación y de crímenes en serie a la que respondió la muchachada con recursos desesperados, insuficientes e inútiles. Contra ametralladoras, carros blindados y balas, nada pueden las piedras, los palos y uno que otro revólver viejo. Sin embargo, lograron despejar la calle de caldero-comunistas.

El calderonismo había creído que el día de las elecciones la mayoría del país no acudiría a emitir su voto: las colas de sufragantes en pacífica pero firme actitud se hicieron interminables como nunca se vio en el pasado. Ya no le quedaba otro recurso que la anulación por el Congreso. Y a ella recurrió.

¿Y después?

Pues el retorno a los viejos hábitos del régimen en los tiempos sosegados de crisis y nerviosismo en la convivencia democrática: juntas de notables, convocadas por el Arzobispo, y los "grandes electores" proponiendo siempre las transacciones. De esa clase de conciliábulos, de cuya honestidad nadie podía dudar, igualmente salía una solución que generalmente era satisfactoria para todos: un Presidente de la República sin voto popular emitido en su favor.

Lo que vino a ocurrir en esta grave emergencia, sin analogía en el pasado, lo cuenta Alberto F. Cañas, testigo insospechable: "Los banqueros ofrecen mediar una vez más. Pero mediar, sobre la base de que llegue a la Presidencia un hombre de transacción. Vuelven a prepararse y frotarse las manos los eternos aspirantes. Las conversaciones son interminables. Ulate, espantosamente abatido,

casi deshecho por la muerte de su gran compañero de lucha, está en estado espiritual que le hace aceptar la idea de la transacción. Sumido en un dolor profundo que su semblante generalmente impasible no logra ocultar, pareciera, a los ojos de sus hombres más cercanos, que a lo único que aspira ya es a salir de aquella espantosa y negra pesadilla, Los banqueros, barajan nombres. Las gentes no se atreven a salir a la calle. El Comercio tiene cubiertas sus ventanas con gruesas y feas tablas, y toda la capital no es más que un extenso desierto, por el cual no circulan siquiera los vehículos. Jamás se vio desolación igual. Los opositores mismos van perdiendo todo contacto entre ellos, y parece que por primera vez, en la larga lucha de ocho años, los espíritus estuvieran amilanados. De cuando en cuando se corre, como la voz de la esperanza, la de que tal vez Figueres haga algo. "Tal vez Figueres..."; pero la frase se pronuncia con un tono que no disimula el desencanto y el pesimismo... Muchos ciudadanos tratan de irse al campo. Otros, de tornar rumbo hacia el sur, donde puede existir una cosa semi-legendaria que se llama Figueres, pero en la que quizás no valga la pena siquiera creer".

(1). —Recomendamos especialmente "La huelga de Brazos Caídos", obra de Roberto Fernández Duran, publicada por la Editorial Liberación Nacional, San José, Costa Rica, 1953. Es una impresionante y emotiva narración de esos sucesos y de otros episodios de la campaña de acción civil del pueblo.

IV

LA GENERACIÓN DEL 48 Y JOSÉ FIGUERES

Cifras y fechas

Costa Rica fue uno de los primeros países en declarar la guerra a las potencias del Eje, por solidaridad democrática y americana con lo?: Estados Unidos, después del artero ataque a Pearl Harhour. Es por ello que estaban suspendidas las garantías constitucionales. Simple medida de precaución porque no había de pasar nada dentro del país dada la consubstanciación idiosincrásica de las colonias extranjeras con los naturales del país.

Esa suspensión de garantías ciudadanas venía, sin embargo, a facilitar las maquinaciones del Presidente Calderón Guardia para imponer a su candidato. En las elecciones de diputados recién celebradas —las llamadas de medio período— ya se había recurrido al fraude en escala mayor, a fin de contar para 1944 con un Congreso dúctil y dócil. Pero hasta mediados de 1942 nada había ocurrido singularmente grave, aunque todos los síntomas fueran alarmantes.

Las reservas monetarias dejadas por don León Cortés se habían agotado rápidamente; los déficits fiscales que habían comenzado por ocho millones, seguían en aumento progresivo a pesar de que los ingresos al Tesoro eran altos. La proliferación de los nuevos ricos no tenía justificación lógica y honesta, pero... la guerra servía para explicarlo todo. Y el pueblo de Costa Rica, en tanto no se le afrente en su digna y altiva ciudadanía, también sabe comprender y hasta hacerse de la vista gorda y olvidar. Dentro de la vorágine de la guerra se vivía en paz, y esto bastaba por el momento.

Pero he aquí que el 2 de julio (1942), un barco de lk United Fruit Company, el "San Pablo", fue torpedeado por un submarino alemán junto al muelle de Limón, con un saldo de veinticuatro muertos, según el comunicado oficial. Dos días más tarde, tuvo lugar en la capital la gran manifestación "antifascista" organizada por el Partido comunista y propiciada por el Gobierno. Los números hablan por sí solos: 123 establecimientos apedreados, saqueados y destruidas sus mercancías y esparcidas por aceras y calles; 78 heridos en el hospital, víctimas indefensas de los celosos demócratas. Naturalmente, se trataba de comerciantes de nombre alemán, aunque no lo fueran, italianos, españoles y alguno que otro costarricense desafecto al régimen; todos, naturalmente, eran fascistas, tenían que ser fascistas; la dialéctica caldero-comunista así lo había decretado.

Cuando la horda, embriagada y cansada, había ya consumado sus furores, apareció la policía y... aquí no ha pasado nada. El país entero condenó el orgiástico y nauseabundo bandolerismo y en primer término al Gobierno que lo amparó con su silenciosa aquiescencia. El doctor con su bien estudiada máscara plañidera, disimulaba la interior alegría por la feliz cooperación que tan diestros peones habrían de prestarle en los próximos comicios... Picado sería Presidente; la familia retendría el Poder y la democracia se salvaría merced a tan aguerridos y expertos antifascistas .

* * *

El 8 de julio.

A las siete de la noche, un señor llamado José Figueres, a través de la estación "América Latina", leyó un mensaje dirigido al Supremo Gobierno, a las Colonias de las Naciones Aliadas y a la Ciudadanía costarricense, "desenmascarando la verdadera organización nacional de sabotaje que mina la República y desvirtúa la acción internacional".

Era un documento de palpitante actualidad, síntesis crítica de la situación interior en lo político, en lo económico y en lo internacional. Había llegado la hora de la verdad y el orador no la ocultó ni en concepto ni en cifras. Aludió, como era de rigor, a los sucesos del día 4 y, a su entender, —lo había ya demostrado—, "el Partido Comunista y el Gobierno comparten la responsabilidad, el Gobierno en mayor grado. El Gobierno no debe hacer, como hace, política electoral en tiempo de guerra, y hay que llegar a la conclusión de que la presente Administración ha entregado el país a la muchedumbre que saqueó en la noche del 4 de julio... Ahora, hoy, anda la policía con carabinas para evitar el saqueo que ocurrió el sábado pasado. En realidad lo que el Gobierno tiene que hacer es una sola cosa... (interrupción por suspensión del discurso ordenada oficialmente que, sin embargo, le da tiempo al orador para completar el párrafo), y esa cosa es irse".

El Subsecretario de Seguridad Pública detiene al señor Figueres en la misma estación de radio. Y el Secretario de Gobernación, tomando el micrófono, anuncia enfáticamente a todo el país que "cerraremos todas las estaciones de radio si se da albergue en ellas a un pobre diablo, a un desconocido como el señor Figueres; doy en prenda de ello mi nombre limpio de caballero. No debemos permitir que un ignorante o desconocido venga a manchar la sombra de la Patria".

El Secretario de Gobernación que de tal guisa habla y que al día siguiente en declaración oficial ratifica sus manifestaciones de la víspera, es un miembro connotado de la vieja política. "O se está con el Gobierno —recalcó—, o se está contra él. Y el señor Figueres escogió el peor camino en el peor tiempo".

Figueres fue deportado, siendo escoltado por un alto militar del Gobierno hasta la República de El Salvador. Ya solo y libre, salió para México y entre esta última república y los Estados Unidos discurrió su exilio hasta que Teodoro Picado, al tomar el Poder, en su primer intento de apaciguar los ánimos le permitió el regreso al país.

Quien era Figueres en 1942.

Posiblemente fueron muchos los aparatos de radio que sintonizaron con la radiodifusora "América Latina", la noche del 8 de julio.

El Secretario de Gobernación no mintió, sin embargo, al decir que Figueres era un desconocido, sobre todo en los círculos de los politiqueros, como tampoco mintió en la amenaza de la nueva política del Gobierno, porque de entonces hasta 1948 se practicó literalmente con garrote, cruceta, fusil y ametralladora. El Secretario de Gobernación había "dado en prenda su nombre limpio de caballero" y Calderón no podía dejarlo en fallida o descubierto.

En efecto, José Figueres jamás había figurado en política. Sólo tenían conocimiento de él banqueros, cafetaleros y comerciantes en grande por razón de sus empresas agrícola-industriales que desenvuelve técnica y socialmente según las prescripciones de la moderna economía.

Poco se le veía por la capital y, mucho menos, en las tertulias. Frecuentemente viajaba a los Estados Unidos de América, ya en plan de negocios ya por afanes de superación cultural... Un joven

empresario que supo en buena hora capitalizar sus iniciativas sumando a las inversiones iniciales, el crédito tenazmente logrado, y acumulando a ellas el capital-método, el capital-trabajo y el capital-beneficio; o sea, la realización positiva y fecunda que simboliza el nombre de su finca —"La Lucha sin fin"—, dentro de la cual un enjambre de campesinos gozaba de todos los beneficios económicos, sociales y asistenciales, a los que no le obligaba ninguna ley pero que le dictaron desde los comienzos su conciencia de hombre, su sentido de la nueva economía y el propio y legítimo interés personal.

Un joven maduro que desde temprana edad, después de haber realizado estudios en tecnológicos estadounidenses, frecuentaba las universidades en sus cursos de divulgación y extensión, experimentando en las empresas y centros adecuados los nuevos módulos del producir y del comerciar: un estudioso de todos los fenómenos económico-sociales de nuestro tiempo; lector infatigable, nunca satisfecho, que estudia, aprende, asimila y piensa y crea por cuenta y riesgo propios.

¿Qué podía procurarle la menuda politiquería de la capital ni qué buscar en el alegre y picante chismorre de las tertulias Josefinas?

Pero políticamente nada de él sabían ni los muchos que le ignoraban ni los pocos que le conocían por sus actividades, negocios y viajes. No mintió el Secretario de Gobernación en lo de desconocido, aunque se equivocó en lo de pobre diablo, porque resultó a la postre para ellos un Lucifer que les arrebató el Poder y les alejó del Presupuesto. Y lo que antes para Calderón, Picado y allegados era tierra de promisión ha resultado Paraíso perdido, un poco más largo que el literario de Milton.

El ignorado comienza a ser conocido.

El joven empresario que había vivido alejado de la política, inhibido de ella hasta en pensamiento, y en la mansa rutina del vegetar democrático de la Costa Rica liberal hilaba sueños de grandeza para la patria allá en lo alto de la serranía, ajeno a las parlerías de la tierra baja de la politiquería y de los cafés, regresó al país, a los dos años, interesado en la cosa pública.

Dos años de viajar por el mundo separado de sus empresas, con la inquietud y el riesgo de que todos sus esfuerzos y trabajos se los llevara el viento de la irresponsabilidad gubernamental, reveláronle el pecado de sus omisiones ciudadanas y la responsabilidad de sus deberes humano y sociales. No son los negocios los que hacen la buena política, sino la buena política la que hace buenos los negocios. Dos años en el vivir despojado de sus derechos dan mucho en qué pensar.

Hombre de acción, de hechos, no iría a transformarse en retórico, pero sí es lógico deducir de la situación en que le colocaron las arbitrariedades del Gobierno, que reflexionaría sobre aquéllas buscando e indagando en el fondo de la trama gubernamental lo concreto probable que podía suceder en adelante. Y, a su vez, haría su composición de lugar y tomaría las determinaciones que habrían de ser, para el futuro, su punto de partida para la acción preconcebida.

El exilio, más que otra cosa, había puesto su nombre y su caso sobre el tapete de la discusión pública. De aquí que a su regreso fuera recibido por un considerable número de ciudadanos que ya se sentían unidos a él por el vínculo de la persecución.

No se entretuvo en gustar de la gloria que depara la simpatía popular en tales casos. Desde luego no ocultó sus sentimientos. Tomamos del libro de Cañas lo que fueron poco más o menos sus palabras:

"el país está ocupado; hay que conducirse como ciudadanos de un país ocupado; y los medios de lucha deben partir de esta realidad".

"Figueres insiste —continúa Cañas— en que la camarilla reinante no será expulsada del poder por medio del sufragio porque ya ha demostrado que ni lo obedece, ni lo respeta, ni le importa; en que, aun cuando la camarilla se descuide y le aparezca de pronto un resultado electoral adverso, no se va a amilanar por semejante cosa, ni menos va a rendirse o a entregar el Poder. Por lo tanto, hay que buscar otro camino, y responder con la violencia a la violencia, con la fuerza a la fuerza..."

Y sin más se dirigió a su casa, al cuidar de sus empresas desapareciendo "casi totalmente" del panorama simplemente eleccionario. Naturalmente, sus contactos con los grupos de oposición serán frecuentes aunque no públicos. No se improvisa demagogo ni adopta poses de caudillo. Formará, uno más, en el núcleo que le sea más afín respetando las categorías o jerarquías establecidas. Cooperará con toda su buena voluntad y esfuerzo al quehacer del grupo, siguiendo las orientaciones que señalen sus jefes reconocidos aunque no compartiendo totalmente ni su criterio ni sus ilusiones. Los hechos, y nada más que los hechos, serán los que digan quien o quienes ven mejor, más hondo y más a lo lejos en aquel momento en que se está.

Un año más tarde se le ve formar en el grupo de juventudes denominado "Acción Demócrata" que según apuntamos más arriba, se fundió con los estudiantes del "Centro", integrando ambos el nuevo "Partido Social Demócrata", de cuyo Comité Ejecutivo es uno de sus miembros, "apareciendo por primera vez en un hecho puramente político". No ha variado de pensamiento ni de plan, pero no es obstáculo para que su partido se interese por las elecciones de 1946. Figueres sabe esperar. No le pueden engañar las apariencias ni las palabras del adversario en el Poder, porque los hechos, hacia atrás, los han desmentido y contradicho. En lo físico como en lo político las cosas caen del lado a que se inclinan. Y si en lo pasado el fraude y la violencia han dado al Gobierno los votos y los diputados, en el fraude y en la violencia irá a buscarlos para 1948. Por algo y para algo dispone de policía, de brigadas de choque comunistas y de armamento de "préstamo y arriendo". ¿Acaso el mismo Figueres, estando en el exilio, (13 de febrero de 1944), no salió electo diputado por la Provincia de San José, sin que el Presidente Calderón Guardia le permitiera su reingreso al país a tomar posesión de su cargo de elección popular?

La experiencia electoral de 1946 (y ya van tres) confirma su buen ver político y su mejor sentido. De nuevo Figueres vuelve a las soledades de la serranía alternando sus ocupaciones de empresario con sus preocupaciones revolucionarias. Conspira a solas —nos decía un amigo nuestro— sin darse cuenta cabal de que eran los hechos todos y los acaecimientos de cada día, los que conspiraban con él y en favor de su tesis revolucionaria.

Ya hemos visto como en la gran Convención Nacional del 13 de febrero de 1947, la generación del 48 (los social-demócratas) le dio sus votos asignándole el tercer lugar para la postulación a la candidatura presidencial, por la sola atracción de su razonamiento. Y siguió en la política que llevaban los políticos, sin desespero alguno. La esperanza no le abandonó, porque la fundamentaba en su fe viva y firme.

Fue el primero que expresó su adhesión al elegido, don Otilio Ulate. Este le nombró su Jefe de Acción para la contienda electoral que se avecinaba, a pesar de que repetidamente había manifestado que se abstendría lo más posible de toda esa labor. Salvadas desde luego las convenientes apariencias públicas, poco ejerció esa función, entregado como estaba a otra clase de acciones. No era menosprecio para el candidato ni inconformidad con sus planes de campaña. Ambos estaban seguros del triunfo comicial que no dependía ni de su deseo ni de su quehacer, sino de las mayorías costarricenses. Y éstas en alud abrumador manifestaríanse sin titubeos. Pero así como don Otilio y la mayoría de sus colaboradores en la dirección de la campaña confiaban en que

serían respetadas las garantías y cumplidos los pactos solemnes entre Gobierno y Oposición, Figueres creía todo lo contrario, y su acción, la personal, partía de esa realidad más fuerte y clara que las promesas, los convenios y documentos.

No necesitaba don Otilio Ulate de sus servicios: allí, entre su gente de confianza estaban, entre otros, don Mario Echandi y el mismo doctor Carlos Luis Valverde Vega quien, en realidad, resultó ser un magnífico y excepcional dirigente que bien pronto se destacó por sus condiciones, tacto y equilibrio muy superiores a las de todos.

Cuando se trató de declarar la huelga de brazos caídos por instancias que venían de Cartago, volvió a aparecer José Figueres para apoyar la propuesta, porque esa sí era acción congruente y adecuada al clima de circunstancias... Y así, en decisivas y contundentes manifestaciones de acción política y electoral, se llegó a la jornada esplendorosa del 8 de febrero de 1948 con el triunfo definitivo en las urnas, ratificado después por el Tribunal de Elecciones, al declarar electo Presidente de la República para el período 1948-1952 a don Otilio Ulate, candidato único de todos los partidos de la oposición y del pueblo costarricense.

* * *

Cuando se estaba en los preliminares de la designación del candidato único para todas las agrupaciones de la oposición, algunas voces circularon una frase sobre los tres candidatos políticamente viables, que merece recordarse aquí:

"Castro nos llevará a una transacción, Figueres a una revolución, Ulate a ninguna parte".

José Figueres, con viril responsabilidad, recogió el guante que le tiró envuelto en sangre el Gobierno y Calderón. Los prudentes no permitieron con sus votos que Figueres les llevara a la revolución, pero Figueres, alerta y vigilante en la atalaya de "La Lucha sin fin", aguardaba con la puerta abierta, fusil al hombro, a los pocos o muchos que fueran a pedir un puesto de combatiente en la hueste que debía rescatar la República de las garras de la olocracia gobernante para devolverle la dignidad que le habían arrebatado. La generación del 48, con sus representantes de la primera hora, respondió ¡Presente! y salió al campo de batalla.

V

LO QUE SUCEDIÓ DESPUÉS

Después de cuarenta días de contundentes golpes armados en distintos lugares estratégicos del país, y de la ofensiva que en marcha resuelta y decisiva se dirigía a San José, el Gobierno, acorralado militarmente y abandonado por los pocos que le sostenían, capituló ante la bisoña hueste que comandaba don José Figueres.

Fue el día de mayor peligro para el futuro de la República. Aquella muchachada que saliera de la finca "La Lucha sin fin" dispuesta a inmolarse en defensa de las libertades costarricenses, se encontraba con el Poder en sus manos con plena autoridad ganada a golpes de sacrificio y de heroísmo en la total donación de su ser y de su vida.

Ese Poder bien podían guardarlo, según ha sido la costumbre en nuestro Continente, a fin de convocar a elecciones libres y que los grupos, en la irrestricta libertad del nuevo ambiente, escogieran al ciudadano de sus preferencias.

Los antecedentes de la campaña política bajo el gobierno espurio y los que precedieron a la lucha armada, justificaban ese paso. El candidato de los grupos de oposición lo era por la fuerza de las circunstancias electorales únicamente. Los representaba a todos en cuanto a actitud de protesta contra el Gobierno, pero no en significación ideológica ni en postulados de gobierno normal. De otra parte, tampoco habían participado, como grupo, en la lucha bélica que fue empresa de la generación del 48, identificada y consubstanciada con José Figueres. Ambos tomaron sobre sí el riesgo y la responsabilidad de la campaña revolucionaria en el campo de batalla. Luego, convocar a elecciones no era atribuirse el Poder por derecho de conquista sino recabar el soberano pronunciamiento de la voluntad nacional que bien podría ratificar los poderes a don Otilio Ulate u otorgarlos a cualquier otro ciudadano de los diferentes grupos de oposición, forzados por las circunstancias a unificarse durante la campaña política. De haberse presentado esa situación, es indudable que hubiera resultado electo, tanto por ley natural como por ambiente, el conductor de la generación del 48, acaso sin contrincante.

Sin embargo, esa generación intelectual, de "cabezas calientes", adoptó una actitud ponderadamente política y fundamentalmente revolucionaria —para algunos imprevista e insospechada— saturada de un alto sentido ético-democrático sin antecedentes en la vida republicana de Hispanoamérica: traspasar el Poder a don Otilio Ulate, que no era ni de su grupo ni de sus ideas, para que quedara marcado, dentro de la cronología jurídico-política del régimen tradicional, agotado y sin capacidad de futuro, el empalme legal del nuevo que se establecería, según fueran las consignas y la voluntad de la soberanía nacional.

Esa generación del 48 integrada, según vimos, con los elementos intelectuales del "Centro para el estudio de los Problemas Nacionales" y los de "Acción Demócrata", era el único grupo que se había formulado, para ulterior acción, "soluciones orgánicas y adecuadas para una firme y segura labor de Gobierno, basadas en un conocimiento exacto de los problemas y de las necesidades del país".

Para ella, las elecciones contra el gobierno calderocomunista no representaban más que un forzado "expediente" de trámite, a su entender inútil, como efectivamente resultó. Y la guerra inevitable a que se vieron constreñidos fue también otro "expediente", doloroso y tremendo, pero indispensable para barrer la fuerza bruta que instalada en el Poder impedía el libre juego de las instituciones democráticas y la vigencia libre y limpia del Derecho y de la Ley. En ninguno de ambos expedientes, tanto en la lucha cívica como en la revolución armada, pensaron substituir un Presidente bastardo por otro Presidente, aunque fuera legítimo, sino restaurar la soberanía popular y dentro del poder legal del Presidente votado por el pueblo, buscar la transformación a fondo que estaba en su programa de grupo y exigían las necesidades de la nación en aquella hora de evolución.

Solos habían corrido el riesgo de la guerra: esa sería su gloria y su orgullo ante las generaciones futuras. Pero sin negarse a sí mismos y traicionar su conciencia no podían ni debían rehuir la doble responsabilidad que se derivaba de su existencia política, como grupo, y de su acción, como revolucionarios. En la vida de los hombres y de las colectividades hay deberes y funciones que no se pueden dimitir; las responsabilidades sociales contraídas son indeclinables a perpetuidad, tanto ante la propia conciencia como ante la historia.

Desde luego, traspasarían el Poder sin hipoteca ni gravamen, sin reservarse ni admitir participación alguna en el Gobierno, pero dejarían desbrozados los caminos del porvenir y establecidos los lineamientos fundamentales de la Segunda República. En su día y en su hora, el pueblo respaldaría con su voto la iniciativa o la rechazaría.

El Gobierno provisional a cargo de la Junta Fundadora, que lógicamente presidió don José Figueres, dejaba salvada la responsabilidad que habían contraído al lanzarse a la guerra: Lo explicó con singular llaneza y calculada intención el mismo Figueres:

"Al capitular el Gobierno de entonces se cerró un período de nuestra historia. No era posible, tras acontecimiento de tal trascendencia, seguir adelante la vida nacional como si no hubiera habido más que un cambio normal en los mandatarios del país. Era imperativo que aprovecháramos un momento tan crucial para volver los ojos hacia atrás, enjuiciar y descartar todo lo que de malo hubiera tenido nuestro pasado, y dirigirnos al futuro con ánimo de vida nueva, aprovechando el valioso bagaje de las virtudes positivas que habían logrado asentarse en el espíritu de nuestro pueblo. Entonces sucedió algo que a muchos de nuestros ciudadanos les ha parecido extraordinario, pero que los observadores del futuro encontrarán normal, como la salida del sol por la mañana. Sucedió que los hombres en cuyas manos quedó momentáneamente la suerte del país les anunciamos que la Revolución no se había hecho para derrocar a un gobernante y establecer otro, ni siquiera con el propósito único de restablecer en Costa Rica el derecho electoral".

El gran sentido político y renovador de aquel gobierno colegiado también fue marcado por Figueres en la misma oportunidad. Sus palabras son dignas de recordarse y meditarse :

"Al terminar la Guerra Civil, la Junta de Gobierno se encontró con el siguiente problema: un régimen gubernativo desprestigiado había introducido en Costa Rica innovaciones importantes en materia de Legislación Social, y había creado organismos como la Caja del Seguro Social que significaban un verdadero adelanto... Muchas personas esperaban que al derrumbarse el régimen carcomido, desaparecerían con él los adelantos alcanzados, en los cuales el país no veía más que un motivo demagógico. Nosotros tuvimos que actuar con serenidad en momentos de encendidas pasiones, y rescatar aquellas cosas existentes que considerábamos beneficiosas para el país".

He ahí la medida política de la generación del 48 y la talla de su conductor José Figueres: salvar todo lo bueno y beneficioso del pasado tradicional y hasta del adventicio régimen de los ocho años; renovarlo, modernizarlo, hacerlo fructífero y útil y, sobre todo, darle contenido ideológico en

consonancia con las corrientes universales. En los demás aspectos del Gobierno se manejaron con honestidad administrativa y depurada moral republicana.

¿Qué partidos o personajes del pasado, en análogas circunstancias, han procedido como estos "cabezas calientes" figueristas de la generación del 48?

Nosotros lo hemos preguntado muchas veces a la historia nuestra y todavía aguardamos la respuesta.

VI

LA PRUEBA DE LOS DIECIOCHO MESES

Plenipotenciaria de la generación del 48 e instrumento legal de gobierno, la Junta Fundadora empleó dieciocho meses en la ardua tarea de la rehabilitación nacional.

Si antes se había distinguido nuestra juvenil generación por su afán de lucha, después supo destacar por su voluntad de sacrificio. Un país devastado y con sus instituciones pisoteadas; una Hacienda exhausta y sin crédito exterior ni interior; una administración corrompida e inepta no constituyen aliciente alguno para el trabajo. En el manejo de las tremendas responsabilidades que asumió en el día aciago para la Patria, no fue el incentivo del Poder lo que la condujo sino el estímulo del deber, y éste trocado en quehacer práctico y servicio eficaz.

La dura lucha de los ocho años contra el régimen no había permitido a los costarricenses, ya de sí pasivos, la previa y necesaria vertebración ciudadana en partidos políticos homogéneos organizados bajo el denominador común de un programa ampliamente nacional de vigencia permanente, concorde con las corrientes universales y las necesidades locales.

La efímera y quebradiza mancomunidad electoral para hacerle frente a un poder fraudulento y opresor, no es suficiente garantía para una nación... Derribado el Gobierno y barrida la dictadura, ¿qué se haría?

Sólo la minoría intelectual del "Centro" y la juvenil de "Acción Demócrata", fundidas en el crisol de la unidad ideológica, se habían preocupado de ese mañana por todo el país anhelado y que ellos mismos convirtieron en presente con su cruenta acción revolucionaria. Por eso retuvieron un tiempo el Poder a fin de dar un anticipo promisor de su vasta y madura concepción de la nueva República en hecho y obra viva.

Los dieciocho meses de gobierno de la Junta Fundadora fueron trasunto limpio y fiel de su filosofía política, de su orgánico economismo nacional, de su socialismo vital saturado de las corrientes de nuestra época, y de su ética depurada. No son posibles finanzas sanas sin filosofía política, ni ésta sin una moral supremamente universal que sirva de norma y regla para gobernantes y gobernados.

El pensamiento vivo de las muchachadas del "Centro" y de "Acción Demócrata" se reflejó en las realizaciones gubernamentales de la Junta Fundadora de la Segunda República. La obra de ésta fue el eco de aquella primera palabra que balbucieron los jóvenes estudiantes de la "Asociación Cultural" de 1937, de la "Federación" de 1939 y de las necesarias refundiciones y fusiones que tuvieron lugar posteriormente todas inspiradas por un mismo espíritu y conducidas hacia un mismo fin. Todo ese vasto conjunto fue condensándose, unificándose y uniformándose espiritual, moral y políticamente hasta culminar, por la acción, en la Guerra de Liberación Nacional; por la promesa en la Junta de Gobierno y para la realización plena en el Partido Liberación Nacional, que en 1953 obtuvo en ejemplares comicios el respaldo de la soberanía popular en proporciones hasta entonces no logradas por ninguna de las generaciones ni de los hombres grandes del pasado.

Los dieciocho meses fueron una especie de Pascua Florida de la guerra liberadora; los cuatro años que vivimos una Pascua Granada. Tierra, semilla y fruto regados y cultivados con sangre pura y juvenil de nuestra generación del 48.

* * *

Las responsabilidades contraídas por esa generación ante sí y ante el país eran de diverso orden. El restablecimiento del vivir democrático conforme a los principios tradicionales en el país, la honestidad administrativa y la efectividad del sufragio popular, constituirán una especie de programa mínimo tácitamente convenido y jurado por todos los partidos de oposición ante el derrumbe del régimen corrupto.

Desarrollarlo no implicaba mayor trabajo ni capacidad. Cualquiera de los grupos que unificados participaron en la batalla cívica de 1948 podía hacerlo, puesto que sólo exigía buena voluntad y el patriotismo elemental para situar el carro del Estado y la Administración Pública sobre los carriles de tránsito normal en Costa Rica.

Pero lo vital e inaplazable para el futuro de la Patria no estaba allí, sino en el rumbo a tomar y en los caminos a seguir para ponerse a tono con la vida internacional en lo económico.

La generación del 48, bajo la égida de su conductor José Figueres, se lanzó resueltamente a la empresa con audacia revolucionaria y sensatez conservadora, con espíritu juvenil ardoroso y con tino y reflexión maduros.

Aprendieron la lección que dieran a la República los errores y omisiones de los grandes que les precedieron y aprovecharon el ejemplo de los pueblos moderados y progresistas. O sea, para emplear una frase textual de Figueres, "dar impulso a la economía nacional, así como a la justicia social; procurar que se produzca, con el trabajo de todos los habitantes, suficiente riqueza para que todos puedan nutrir el cuerpo y embellecer el alma".

El primer paso para el tránsito hacia los caminos por donde ahora anda el mundo moderno, exigía el establecimiento de una nueva economía que fuera al mismo tiempo verdaderamente moderna, actual, y verdaderamente nacional, adecuada a las exigencias del país y conforme a su psicología propia.

De aquí, la nacionalización bancaria, en forma que contemplase el aspecto bifronte del cuerpo social costarricense en su física de producción y en su metafísica sociológica.

La Banca en el mundo moderno es el único motor que puede poner en movimiento y desenvolver progresivamente las actividades de la compleja maquinaria de la producción.

Y la Junta Fundadora entendió que el medio más viable para el país era nacionalizar la banca particular, no con el prurito ideológico de ensayar una teoría socialista de mayor o menor efectismo, sino como resultado de las experiencias bancarias de la República.

En nuestro país el negocio bancario ha sido el más productivo de los negocios. Las ganancias de los banqueros han sido desproporcionadas en relación con las inversiones del capital inicial. Más que la colocación de su propio capital, los bancos movilizaban los recursos del público. "Público es entonces el servicio —se dijo la Junta— y pública debe ser la propiedad de las instituciones que lo manejan" .

Y el anterior argumento que podía ser objetado en parte en otras naciones, en Costa Rica veíase reforzado por la práctica de la vida económica en las diferentes etapas de su evolución.

De ese punto capital e inicial de la nacionalización de la banca particular —previa indemnización como era de rigor —se deriva toda la estructura económico-social de la Segunda República, de la que más adelante daremos una idea general.

El nuevo Sistema Bancario Costarricense no se halla sometido a la tutela del Gobierno. Los bancos funcionan autónoma e independientemente, manejados según la técnica financiera del tiempo. Solo ha variado la aplicación de su servicio y beneficio, ahora orientados al desenvolvimiento de todas las iniciativas y empresas de producción agrícolas o industriales de los ciudadanos costarricenses.

Con el trabajo de todos los habitantes y con la riqueza por éstos creada, se desenvuelve la economía total de la República bajo un sistema práctico de carácter mixto mediante el cual marchan coordinadas la libre iniciativa individual y el consejo y dirección técnicos del Estado al través de sus organismos especializados.

Ese fue el rumbo que señaló y estableció en sus prolegómenos gubernativos la Junta Fundadora de la Segunda República, sin ir muy lejos por el momento ni más a lo hondo de todo el problema social-económico.

Quiso la generación del 48 que el país experimentara los primeros anticipos y palpara los resultados durante el cuatrienio constitucional que iba a presidir don Otilio Ulate a fin de que, transcurrido, expresara en libres y generales comicios su voluntad soberana.

En 1953, bajo el signo de la Democracia y el gobierno del señor Ulate, se celebran las elecciones presidenciales que eligieron a don José Figueres y a la mayoría de la Asamblea Legislativa por los dos tercios de la votación, suma jamás alcanzada en el pasado, como ya lo hemos dicho, por ninguno de los viejos partidos ocasionales ni por ninguno de los viejos líderes del liberalismo.

VII

LO QUE HA HECHO Y LO QUE NO HA HECHO LA GENERACIÓN DEL 48

El objetivo de estas páginas se contrae a señalar actitudes, registrar tendencias y destacar, el relieve de la generación del 48. No pretenden ser crítica porque para ello nos hacen falta la perspectiva histórica y el inventario .adecuado de los hechos en pretérito y de las proyecciones en futuro.

De una generación apenas nacida ayer a la vida pública, como la del 48, autoformada por decirlo así en la tarde crepuscular del viejo régimen agotado, y forzada violentamente, por causa de la emergencia nacional a dejar estudios y preocupaciones intelectuales para actuar en un terreno que no le era propio ni propicio, no cabe otra cosa que seguir el itinerario que ha recorrido, y por éste y su conducta, adjudicarle los méritos ganados y calibrar sus aptitudes. No creemos habernos excedido en la ponderación de sus virtudes.

Costa Rica, comprendida la famosa generación del 89, ha dado en suma dos grandes políticos cuya labor hemos examinado. Por razones de circunstancias y de empresa, también dos excepcionales hombres de Estado: don Braulio Carrillo y don Juan Rafael Mora. Todos los demás podrán ser, con mayor o menor acierto y fortuna, buenos gobernantes y políticos estimables.

Pues bien, la empresa política y civil de la generación del 48 no desmerece en un ápice de la de esos hombres excepcionales y en muchos aspectos rebasa y supera la de los Presidentes González Víquez y Jiménez Oreamuno. Esta afirmación podrá escandalizar a algunos de nuestros compatriotas pero dudamos que pueda ser desmentida con hechos de historia.

¿Quién barrió la dictadura caldero-comunista contra la cual nada pudieron las repetidas elecciones victoriosas, las campañas periódicas incesantes, las manifestaciones ciudadanas y las huelgas de brazos caídos?

¿Quién restableció el régimen democrático tradicional, el imperio de la Ley y el Derecho, y el normal desenvolvimiento de la Administración Pública?

Siempre nos encontraremos con la misma respuesta y ésta señalando al mismo y único autor: la generación del 48. La Nación, le debe la integridad de su régimen civil y la rehabilitación de su prestigio continental y de su crédito público; la República, su misma existencia política; y la Ciudadanía, las libertades y sus derechos individuales.

Porque una de dos: o la tragedia de los ocho años no ha existido y sólo era pura simulación politiquera, y en ese caso quienes tenían razón eran los autores de la dictadura tinoquista, y años después Calderón Guardia, Picado y sus aliados comunistas, o la generación del 48 que sola y espontáneamente abatió a los últimos, llevando a cabo la empresa más alta que humanamente cabe esperar de un grupo de ciudadanos. ,

Rescataron la libertad y ganaron la República sin adueñarse del Poder en calidad de botín o de rehén, porque la devolvieron a la plena soberanía del pueblo, sin imponerle/condiciones ni mediatizaciones.

No pudiendo invalidar los merecimientos cívicos y las reformas político-económicas de la generación del 48, los que añoran los tiempos de las viejas oligarquías plutocráticas y que ayer no más clamaban airadamente contra la satrapía de los ocho años, se han acordado a última hora de los valores que honraron al país con su obra en el largo discurrir de nuestros últimos cien años de vida independiente .

Durante un siglo de vida republicana y pacífica Costa Rica ha dado, en lo científico, la excepcional figura de Clorito Picado y la notabilísima de don Elías Jiménez Rojas; un filólogo considerable en Carlos Gagini; un poeta autóctono y verdadero en Aquileo Echeverría; un historiador eminente en Ricardo Fernández Guardia; un ensayista de fibra y enjundia en Mario Sancho... hombres, diríamos, cuya obra personal lo fue de toda su vida, fruto de particular devoción y muchas veces del holgado bienestar de su haber económico.

Los nombres arriba citados, excepcionales en nuestro medio, y los que llamamos, algunos de los cuales tampoco desmerecen de sus pares coetáneos en el Continente, prueban que en nuestro país estaban todas las posibilidades y todas las aptitudes con capacidad de futuro. Y no tuvieron desenvolvimiento por carecer de universidad y escuelas especiales de una parte y de otra por falta de apoyo de las oligarquías gobernantes. Puede decirse, sin exageración ni patriotismo, que el talento y las capacidades se producían también, como tantos otros cultivos, en forma silvestre.

Tienen razón los censores de hoy: la generación del 48 no ha podido dar en catorce años de tragedia nacional ni un Clorito Picado, ni un Aquileo Echeverría, ni un Carlos Gagini, ni un Elías Jiménez Rojas, ni un Ricardo Fernández Guardia, las cumbres más altas de todo un siglo de existencia republicana.

Jamás en la Historia Universal la floración intelectual de los pueblos ha coincidido con los regímenes de opresión y de corrupción. Hasta que la paz no ha revivido en la sociedad y en los espíritus, no ha recommenzado aquélla. Y nuestra generación lleva apenas seis años de gobierno, divididos en dos etapas preliminares de orientación, vertebración y proyección.

* * *

Los fáciles censores de nuestra juvenil generación, acaso tengan razón en otra de sus habituales quejas: el lenguaje que escribe y habla efectivamente no es el convencional y acicalado que se empleaba en los días de la decadencia liberal y de la retórica violeta.

Aparte de que cada época tiene su propio estilo y su manera de expresar ideas y empeños, en el caso actual se trata de una generación que no ha disfrutado de los días placenteros que vivieron sus antecesores, los cuales no solamente ya lo tenían todo hecho por sus delanteros sino que inclusive hallaban la mesa puesta y la cama bien arropada.

Se trata de una muchachada que tuvo que abandonar, como ya lo hemos dicho, libros y estudios y dejar la pluma para aprender a manejar el rifle, y no precisamente por vocación o afición, y salir una y otra vez al campo de batalla para imponerse a las fuerzas del Gobierno espurio y a los malhechores de la socialería oficialasca.

Un poeta a quien le sobra tiempo para agudezas ha creído denigrar a nuestra juventud triunfante llamándola la "generación de la 45".

No se ha equivocado. Quiso mellar prestigios y rebajar conductas y ha acuñado una frase que envuelve la máxima justicia. La 45 en manos de esa juventud ha sido instrumento de redención

política, de libertad civil, de resurrección patriótica y de regeneración moral. Las cruentas sonoridades de la 45 han sido un lenguaje de dignidad. Por sí solas han podido durante la emergencia nacional más que los votos sufragados y los artículos y proclamas que escribieron los mentores de la rebelión costarricense.

Sin esa 45 reparadora, ¿qué habría sido del país argollado por el despotismo, la vesanía y el latrocinio rampantes? ¿qué de esos náufragos, retóricos de la tragedia cruel de los ocho años?

Esa generación del 48 con la contundente 45 puesta en sus manos por necesidad y por instinto de conservación, ha dado a la República nuevo sistema político-social y nuevos rumbos económicos dentro de la idea democrática universal y nacional.

Como generación, ha ofrendado en el altar de la Patria el más desinteresado ejemplo de sacrificio, de heroísmo y de probidad luchando a pecho descubierto contra los enemigos interiores y exteriores de Costa Rica. Ahora mismo están levantando un nuevo Estado. No sabemos todavía lo que llegue a ser una vez rectificadas los inevitables errores propios de toda empresa humana y depuradas las fallas imprevistas de la fragilidad del hombre. No se hacen repúblicas en cien años, exclamaba Martí; no pretendamos que los nuestros las construyan en ocho años.

No seamos presuntuosos; seamos moderados en nuestras ambiciones, pues no es posible corregir en un momento lo que apenas han logrado en parte los pueblos que llevan ya dos siglos de edificación democrática y de creación económica. Esta generación nos ha puesto en el camino de llegar a nuestra meta para alcanzar nuestro destino.

Con esa 45 en la mano, la vida por delante que es la luz que mejor alumbra, han rechazado las fuerzas de la invasión filibustera apoyada y armada por dos gobiernos ricos y fuertes, según el eufemístico dictamen de la Organización de Estados Americanos.

¿Que se ha creado una milicia técnica supeditada al Poder Civil como instrumento de la Nación, para la mejor defensa de su integridad territorial y de su soberanía política? Los errores del pasado han sido la mejor lección de esta generación. ¿Quién defendió los votos legítimos otorgados a don León Cortés por las mayorías costarricenses? En aquella ocasión el país tuvo que resignarse al despojo verificado por los salteadores del poder público. ¿Quién hizo valer los votos emitidos a favor de don Otilio Ulate y efectivizó la proclamación de su Presidencia? La generación del 48 con su 45 inapelable.

El Derecho sin una fuerza responsable en manos del Estado, órgano político y civil de la Nación, no puede existir ni regir la vida de ningún país. Esa fuerza responsable es ley de necesidad, instrumento de seguridad, garantía de libertades. Sin ella y sin la Universidad no es concebible la existencia libre y pacífica de ninguna nación. Huelga señalar los ejemplos. Las diferencias entre la democracia orgánica y la democracia oligárquica pueden apreciarse en los sistemas vigentes en la Gran Bretaña y los Estados Unidos de América, de una parte, y los que prevalecen en la Unión Soviética y Venezuela, de otra.

En los dos primeros países, el Ejército es instrumento y órgano del Poder; en los dos últimos, son el Poder mismo; en los dos primeros, sirven al Estado y al País; en los últimos, dominan al Estado y se sirven del País para beneficio de su casta y de la oligarquía a que se hallan asociados.

Esta generación costarricense del 48, de abolengo democrático, de orígenes civilistas e intelectuales está creando una fuerza nacional para preservar a la ciudadanía de las dictaduras oligárquicas y de sus desmanes, de la misma manera que se está vertebrando una Universidad para el mejor servicio de la cultura y ciencia nacionales.

Es una generación. que se ha sabido disciplinar; primero, por imperativo de las circunstancias; luego, por convicción. Su uniformidad actuante y su unidad de pensamiento le han venido de su posición y actitud de generación. Esa conciencia de sentirse, saberse y ser expresión del alma colectiva nacional en esta etapa de lucha y de gobernación, le ha dado fisonomía propia y fuerza bastante para sopesar el ambiente y determinarlo en forma positiva.

En José Figueres, su conductor, hallaron pensamiento análogo, aspiraciones idénticas; impulsos, acción y doctrina que se contraen a lo hacedero sin rebasar jamás las fronteras de lo posible en el país dentro de sus capacidades y psicología, ni resbalar por las pendientes de la demagogia o intentar saltos absurdos en el vacío de la utopía.

En los siguientes capítulos sobre José Figueres, procuraremos reflejar el pensamiento costarricense abierto a la expectación de los pueblos por nuestra generación del 48.

Separarlo de la generación que él llevó a la guerra y ahora al Gobierno, no es posible histórica ni políticamente, porque en las realizaciones y plasmaciones llevadas a cabo se ha evidenciado tal unidad que no admite el desglose que comunmente se hace entre líderes y seguidores.

Esta generación podría ostentar como divisa aquello de que todos para uno y uno para todos al mejor servicio de la Patria y la República.

TERCERA PARTE

EL PRESIDENTE JOSÉ FIGUERES

I

LO QUE REALMENTE ES Y LO QUE HIZO

Todo lo que cumplido vemos en el mundo en ciencia, arte o política, es la realización práctica, la forma corpórea, el pensamiento materializado de los hombres que el Destino nos ha deparado. Su historia, es el alma de la historia universal; su acción, la clave del progreso humano. Así lo explica Tomás Carlyle en su magistral obra "Los Héroes".

En efecto, si penetramos en la génesis de los acontecimientos públicos en cualquier lugar de la tierra, notaremos en seguida que la voz de los pueblos ha sido el eco de la palabra de un hombre, el reflejo plural de su gesto personal .

En el complejo e intrincado conjunto de fenómenos que resume el vocablo política, se mira claramente perfilado el ensueño del conductor que, a través de la acción, se proyecta en la plasmación de las esperanzas colectivas. Sin esa visión y dirección la máquina colectiva no funciona: el hombre, en singular, es el motor de la sociedad.

La mayoría de los problemas de la historia aparecen enigmáticos y devienen insolubles si los investigamos a la sola luz de los movimientos colectivos exteriores: el grupo humano instintivamente vive alimentándose de los recursos elementales que la naturaleza siempre pródiga pone a su alcance y allí se quedaría si la voz y el cayado del pastor no le conducen a las regiones más ricas y abundantes que se encuentran más allá de su mirada que se posa lenta sobre los caminos de la vida.

No es posible, en consecuencia, cercenar la historia y mayormente la historia política, de un elemento director, del hombre, en cuya palabra y voluntad sublatan los impulsos vitales que residen en la subconciencia de los pueblos, y son toda la razón de su ser y de su actuar.

Apliquemos estas nociones de psicología política a los sucesos que trajeron la fundación de la Segunda República: Costa Rica, desde mucho antes de la extinción del caudillaje civil de don Cleto y don Ricardo, vivía pendiente de un cambio fundamental. La experiencia de don León Cortés, sin cuajar en forma adecuada por su inesperada desaparición, no fue otra cosa que transición. Lo que pudo ser, de no haber ocurrido su muerte, ¿quién podría hoy explicarlo?

La sucesión Calderón Guardia en sus dos primeros años de gobierno era espera, punto suspensivo, el tenue y débil hilo que dependió de los designios de un hombre que se dejó llevar, falto de peso específico, por la resbalosa pendiente de la egolatría.

Vivía Costa Rica, como hemos dicho, pendiente de un cambio trascendental de ideas, de hombres y de hábitos; cambio que requería más de revolución que de evolución. Y sobre la República cayeron, como en cerrada noche de tempestad, los ocho años fatídicos.

De 1940 a 1948, la economía es llevada y traída por dilatado campo de despilfarros, las leyes burladas y pisoteados los derechos ciudadanos. La Democracia —virtud y justicia— apenas balbucía

en la palabra escrita de los códigos, y éstos eran orillados por la casuística del régimen o torturados por los leguleyos que dominaban en la Asamblea y en los estrados.

Escasos grupos pululaban alrededor de dirigentes sin caudal ideológico, sin prestigio ampliamente nacional, sin voluntad de creación ni técnica política. "Nadie estaba pensando en términos que alcanzaran más allá de la próxima elección", testifica Cañas para el año de 1940; pero tampoco en 1948 se miraba más a lo lejos porque la unidad de las oposiciones se circunscribía a un solo y concreto objetivo: ganar las elecciones, derrotar a Calderón Guardia. Se aspiraba únicamente al retorno de la decencia política y de la honestidad administrativa. Y era nada más que eso lo que representaba, en rigor de política, la candidatura presidencial de don Otilio Ulate. En el fondo del fondo, en la penumbra de las posibilidades, un grupo minoritario levantaba castillos ideales sobre la arena movediza de una democracia sin voluntad de lucha y sin esperanza de perfección.

* * *

En el decurso de la vida independiente hispanoamericana, el gobierno de los pueblos generalmente ha sido ejercido por dos tipos de conductores políticos harto disímiles: el caudillo y el jefe de partido. La preponderancia del primero es un hecho indiscutible en los anales de nuestras repúblicas.

Los caudillos se han impuesto por sí mismos, en virtud de un instintivo don de mando y segura voluntad de dominio. Por reflejo de esas dos aglutinantes en el carácter, asimilan de golpe la sensibilidad epidérmica de las multitudes y mediante el centelleo de un gesto espectacular, captan el vago aletear de los anhelos indefinidos que se encuentran en las corrientes interiores de los pueblos.

Los jefes de partido, en cambio, se eligen: son el resultado ineluctable de una compaginación de tendencias distintas cuya contraposición temperamental requiere de la dirección de una autoridad moderadora y reguladora que les preste unidad exterior y dirección interna.

El dominio del caudillo es constante y duradero; el del jefe de partido, siempre relativo y fluctuante, se deriva de su tacto y sagacidad. Sobrepuja a sus rivales en el partido no por superioridad de facultades sino por el equilibrio de esas cualidades. En las resoluciones definitivas, no se impone, como el caudillo, sino sugiere; no manda, aconseja, señala caminos, gobierna.

Del predominio en la Suprema Magistratura de esos dos tipos de gobernante según los tiempos, lugares y psicología de los pueblos, se ha derivado la discontinuidad de la evolución política y civil de las sociedades nuestras y los saltos bruscos y crisis catastróficas en la Administración y Gobierno del Estado, debido al enfoque personalista de los problemas por el caudillo y al oligárquico de los jefes de partido, habida cuenta de los restringidos núcleos que representan. En realidad, el país real en su gran mayoría, ha vivido al margen de los partidos tradicionales, aun cuando en algunas ocasiones, excepcionalmente emotivas, los haya respaldado con su voto.

Si abarcamos de una ojeada la labor gubernamental de ambos tipos de conductor, notaremos que los caudillos se han lanzado a las realizaciones espectaculares de obras públicas sin antecedentes ni proporción alguna con el ritmo de crecimiento de los países. Han sido "fabricantes" de progreso material en contraste con el atraso cívico y cultural imperantes. Los jefes de partido, de su parte, se han ceñido a la formación de clientelas electorales y a la proliferación legislativa, para fines exclusivos de propaganda, la cual se acumula en voluminosos infolios que ni se estudian ni se practican. El denominador común de ambos tipos de conductor es la ausencia de visión total de la patria en sus construcciones estatales y la despreocupación por las relaciones y nexos que deben unir el presente real con el pasado histórico y el devenir social.

Últimamente, de algunos años a esta parte, ha surgido en la vida pública un tercer tipo de dirigente. Los británicos —en definitiva el país de mayor cultura política y de mejor sentido gubernamental— le han llamado *leadership*. Viene a ser una natural dosificación personalizada en la cual se dan los atributos esenciales del caudillo, carácter e ímpetu, y los del jefe de partido: reflexión, ponderación y posibilismo. Winston Churchill, por ejemplo, es uno de sus más claros y eminentes representantes. Sea, acaso, este tipo de conductor el que mejor refleje la manera de sentir de las actuales reagrupaciones ciudadanas en el mundo entero.

En las masas dotadas ya de cierta cultura general y buen sentido cívico, se nota una desconfianza característica hacia los caudillos y jefes de partido tradicionales. Las tenantes patrioterías del caudillo y los perifrásicos arrebatos del político, ya no convencen ni arrebatan. Se pone mejor atención a los pronunciamientos del *leadership*, tanto por su atavío moral y porte como por su exposición doctrinaria, exenta cabalmente de melodramatismos patéticos y de frondosidades retóricas.

El *leadership* habla el mismo lenguaje que el hombre de la calle. Es, diríamos, el técnico de la palabra que sabiendo más que los que le circundan o escuchan, traduce la insuficiencia discursiva de los últimos en términos de gráfica llaneza que, sin ser vulgares, todos entienden y comprenden. Y cuando toma las riendas del poder se manifiesta en obras que corresponden a la común necesidad de la colectividad: responde con hechos a la pregunta interior e íntima que cada ciudadano formula en el fondo privado de su individualidad.

El *leadership* británico corresponde al vocablo ductor de nuestro actual léxico político. Es un calificativo substanciado que substituye con ventaja al *leadership* y a su traducción literal, si le damos al neologismo el sentido profundo que tiene en el lenguaje del Dante: un dirigente poseído de natural señorío que es don divino, infuso a natura, y que consiste en ordenar (en el sentido de orden) la última empresa de gobierno con relación a un fin supremo dentro de la sociedad, y en materializar la idea transformándola en quehacer. En suma, la necesidad social servida por el deber social de cada uno y de todos mancomunadamente, de donde resulta el único atributo de su poder y la única razón de su autoridad.

De aquí el fenómeno característico de que el ductor no se imponga a la masa como el caudillo o por vía electoral como el jefe de partido, sino por eliminación selectiva. El ductor se presenta a la expectación pública sin reclamos ni propagandas; tampoco por combinación o artificio de fuerza o forma: se presenta sin tomar delantera ni subir a tablado alguno y se le descubre al momento.

En las horas de crisis para los pueblos se revelan en lo que valen. Y es entonces cuando los reagrupamientos ciudadanos —no los partidos a la manera tradicional ni las facciones— se apoderan de ellos, los toman como guías y se les entregan incondicionalmente. Y ellos, a su vez, sin mediar pactos ni compromisos, hacen suya aquella causa —por ambas partes sentida— en una identificación inexplicable, no calculada, de ideas, sentimientos y resoluciones.

No de otra suerte José Figueres quedó convertido de un día para otro en el ductor de la generación del 48, en el *leadership* de la democracia costarricense, en el Presidente de la República de Costa Rica suficientemente dotado para llevar la nave por los mares agitados de la gobernación, en esta hora de decisiones para nuestra América.

* * *

Hasta 1942, José Figueres es un nombre ignorado y políticamente desconocido en Costa Rica. Sin embargo, de 1942 a 1944 es ya un exilado político de la democrática Costa Rica que tanto cuidó de no tenerlos en el pasado.

¿Su pecado?

Haberle dado al doctor Calderón Guardia el buen consejo de irse, en vista de la imprevisión e inepticia de su gobierno. El mensaje que leyera ante el micrófono, era un balance financiero bien documentado seguido del correspondiente análisis crítico de la política económica y social de la Administración durante su primer bienio.

¿Finalidad?

Evitar en lo posible las repercusiones que habría de traer para el país la segunda guerra universal en la que tomaban parte los Estados Unidos de América y las potencias democráticas de Europa. Ni más ni menos. El 8 de julio de 1942, a las siete de la noche, sonó para Costa Rica la hora de la verdad, una verdad que todo el país sustentaba en privado y nadie se atrevía a declarar en público.

Nunca en el pasado José Figueres había terciado en las contiendas políticas. Todo su bagaje en ese orden de preocupaciones era ese: una conferencia radial en tono menor, único motivo para su deportación.

Por una política que no le interesaba pero que dañaba muy seriamente los intereses de la nación — única causa de su intervención—se vio de golpe, sorpresiva e inesperadamente alejado de la patria, de la familia y de las empresas que constituyeron el meollo de sus mocedades, la esperanza de su juventud y la razón de su lucha como empresario.

¿Por qué denunció los males que aquejaban a la República ?

A través de los negocios había experimentado la triste realidad del relajamiento de los resortes morales que habían sido el nervio de la Patria y el honor de nuestra sociedad. Sintió la necesidad de mostrar al desnudo la llaga purulenta que minaba la vitalidad del organismo nacional, pero en su actitud no había ulterior finalidad política ... ¿ qué podía temerse de un productor de café e industrial desconocido del pueblo, ignorado de los círculos politiqueros, e inclusive del propio Secretario de Gobernación que ordenó su detención por tratarse, según la enfática declaración que hizo, de "un pobre diablo"?

* * *

De 1944, año de su retorno al país por "gracia" del Presidente Picado, al 8 de febrero de 1948, José Figueres "se conforma con ser, en el panorama puramente político que van planteando las fuerzas opositoras... una figura de segundo orden que desconfía de los métodos puramente políticos". Así explica su actitud y su posición Alberto F. Cañas.

Es precisamente —pensamos nosotros— el momento excepcional en que reveló su calidad de táctico, renunciando por anticipado a toda competición con lo que, de paso, evitaba cualquier pugna que pudiera surgir dentro de los partidos opositores en cuanto a la aspiración presidencial.

Durante ese angustioso lapso —1944 a 1948— tuvieron efecto, según vimos, los contactos entre las juventudes del "Centro" y de "Acción Demócrata" —la generación del 48— ambas sin fuerza electoral pero de aspiraciones que iban más lejos, y de contenido programático que sintetizaba su gran anhelo renovador.

Sin embargo, no se aislaron del medio en que las circunstancias los habían situado y aun dentro de ellas mostráronse activos, siempre en la vanguardia de la oposición, con toda la pasión y el calor de

su entusiasmo y de su fe. José Figueres, por su parte, se movía cautelosamente apareciendo y desapareciendo del escenario político. En realidad, vivía concentrado en el retiro de su finca "La Lucha sin fin", buscándole salida a la situación y ordenando su voluntad de lucha: sus esporádicas apariciones en los cónclaves capitalinos eran más bien descanso a sus ensimismamientos para respirar el aire de la calle y templar su espíritu en la gran confusión de la problemática comicial que tenía absorbidos a los jefes de la oposición en el propósito de lograr garantías legales para el mayoritario caudal de opinión que la secundaba y apoyaba.

José Figueres no compartía la opinión de los dirigentes opositoristas. Sentía, allá para sus adentros, que los métodos y procedimientos puramente políticos resultarían fallidos con garantías o sin garantías. Se plegaba, por el bien ver del pueblo, a las consignas del bloque opositor sin lanzarse a fondo a la campaña, y volvía de nuevo a sus meditaciones y soliloquios. No creía, pero no engañaba ni mentía: "hay que conducirse como ciudadanos de un país ocupado". Que otros sean los que sumen adhesiones y cuenten votos; él buscará armas: la paz, que es el reino de los cielos para los hombres de buena voluntad, hay que ganarla con violencia, cuando los violentos la impiden.

* * *

El pueblo habló. Y sus votos escrupulosamente contados y recontados dieron el triunfo al candidato de las oposiciones, don Otilio Ulate, cuya elección también fue ratificada por el Tribunal de Elecciones. Pero el Gobierno y el Congreso caldero-comunistas rechazaron el fallo y desconocieron la firma con que rubricaron el pacto de honor.

Después, los cabildos y las juntas de notables para buscar una solución "política" que fuera aceptable para los dos bandos: la eterna y tradicional transacción hace su aparición.

¿Por qué y para qué transacción? ¿Acaso no había manifestado ya su soberana voluntad la ciudadanía costarricense?

La transacción, además de hipócrita, constituiría una burla al derecho y nueva y mayor violación a la Ley Fundamental.

Los jefes de partido dimitieron su deber y abandonaron al pueblo. Estaban en la obligación irrenunciable de que la voz de sus comitentes no fuera desoída ni su derecho fundamental desconocido. El pueblo, el país ante-ro, había cumplido con su deber; a ellos tocaba ahora cumplir con el suyo a como diera lugar. ¡Para algo se es jefe!

La voz que como eco lejano se escuchaba de vez en cuando, "tal vez Figueres..." parece ser la única esperanza pero, ¿qué era de Figueres? ¿qué pensaría Figueres?

II

UNA IDEA COSTARRICENSE DE RESTAURACIÓN NACIONAL

Desligado de todo compromiso que no fuera el de coadyuvar buenamente a la campaña electoral y ordenada ya su voluntad desde el principio hacia los planes que in mente había forjado, se consagró a la ardua tarea de organizar la revolución armada que certeramente previo como inevitable: una revolución, pertinente es aclararlo, para lo que no tenía vocación, por cuanto su vida entera de empresario y caficultor le retuvo inmerso en números y coeficientes de economía comercial.

No se trataba de apoderarse del Gobierno sino de arrancarlo de la garra del despotismo y servir la causa de la patria con una idea limpiamente nacional. Se puede ir a una liberación revolucionaria sin grados militares y sin uniforme, pero no era decente acometerla sin idea ni rumbo.

Al término del período de Picado, ya Figueres lo tenía todo previsto y dispuesto, porque desde 1942 no pensó más que en términos de revolución. Que cada costarricense ocupare el puesto que le exigían imperativamente las circunstancias y la propia conciencia, y la revolución tomaría forma y sería hecha.

* * *

¡Una idea costarricense de restauración nacional! ¿Acaso no la tenían también aquellos jóvenes del "Centro" con los cuales intercambiara poco ha propósitos y proyectos sobre la nueva República?

¿Desertarían aquellos jóvenes de la idea esbozada como lo habían hecho los jefes de partido, los retóricos y los politiqueros a pesar de los poderes absolutos de que estaban investidos por el mandato popular?

Figueres no lo imaginó siquiera. En todo caso, él ocuparía su puesto de doctor. La revolución no era un negocio, como tampoco la política había sido pasión de su vida, pero en esta encrucijada del destino el gran negocio de su vida sería la revolución que exigían la Patria, la rehabilitación democrática y la dignificación de la República.

Ahora que la masa profunda del país real se mostraba disgustada de los hombres y de las pruebas experimentadas durante los ocho años, se imponía el recomienzo de la lucha sin fin para la vida de todos, lucha con armas, pero con espíritu; con balas, pero por una idea; con sangre, no con tinta de imprenta.

"La Lucha sin fin" había sido un sueño de juventud que Figueres vio materializado a fuerza de sacrificios y afanes sobre los duros peñascos de la serranía; la lucha por la nueva Costa Rica, concebida en las horas de meditación del exilio, requería también sacrificio, esfuerzo y tesón: el hombre de férrea voluntad y de fe clara y rotunda se desposó con ella.

Para esas nupcias de amor y de dolor, no llamó a nadie ni envió tarjetas de invitación. Las puertas estaban abiertas de par en par; y así esperó a que llegaran los jóvenes de corazón ardoroso y pureza política.

Y su espera no fue vana. La generación de las nuevas ideas fue acudiendo por los vericuetos y espirales de la montaña. Los empujaba su fe en las sinceridades de aquel Figueres que había proferido, durante los años estériles, las únicas palabras de sensatez.

En la misma finca. "La lucha sin fin", rumoreante de tráfago e inquietud, viva y llameante como estrella titilante en noche serena que cubre con su manto azulado los rosiclères de las auroras que ya pugnan tras los montes, hallaron la idea que habían labrado abajo, en los capitalinos círculos del "Centro", transformada en verbo humanado.

El hombre de la palabra sobria, el desconocido para los politiqueros, con su misma idea por norte, tomó la delantera. Y aquella "revolucioncita" —onda de David en tenso arrojó— abatió a las fuerzas que tenían sitiada la ciudadela de la Democracia costarricense desde hacía ocho años. Los jefes de partido, los transaccionistas, los pusilánimes vieron con asombro la caravana de la generación del 48 entrar a San José, con su ductor al frente, a paso de vencedores.

* * *

El nombre de Figueres comienza a conocerse en nuestra América, llevado a las planas noticiosas de la prensa por las Agencias periodísticas, cuando suenan los primeros disparos de la hueste revolucionaria, y adquiere marcada notoriedad cuando la Junta Fundadora de la Segunda República se hace cargo del Gobierno.

Algún tiempo después de que fueron extinguidas las fuerzas combatientes y liquidada la contienda, el eco de su nombre vuelve a repercutir mezclado maliciosamente en empeños e intentos de alteración de la paz centroamericana, inflados unas veces e inventados otras en los círculos interesados del Caribe, cuyo propósito es conseguir a toda costa el descrédito del nuevo régimen costarricense. Por algún tiempo hay empeños en convertir a Figueres en símbolo de perturbación. Y su figura, en la mente del lector de periódicos, cobra perfiles de cabecilla de fantásticas legiones que amenazan los reductos de la dictadura.

Sin embargo, Figueres y la muchachada del 48 que recuperaron la República para la Democracia, están revisando sus previsiones de los tiempos de estudio para acomodarlas y reajustarlas a las necesidades y exigencias de la realidad nacional las cuales, vistas desde el Poder responsable, descubren y ofrecen nuevas facetas y perspectivas .

Cuando más tarde, ya vuelto a la simple condición de ciudadano, se desplaza en viajes de estudio a los Estados Unidos de América o a otros países, la prensa al servicio de los príncipes azules de la dictadura, "descubre" en sus andanzas el mito de invasiones sobre las muy bien cuidadas haciendas políticas de los nababs de puño fuerte y bolsa repleta.

Hubo de producirse la elección general de 1953 que dio al Partido Liberación Nacional los dos tercios de la votación popular, y a José Figueres la Presidencia de la República, para que la opinión americana reconsiderara conceptos que se había formado, inducida por la información papelera. Su viaje de buena voluntad a las repúblicas del Hemisferio en vísperas de tomar posesión de la Suprema Magistratura, disipó definitivamente las sombras formadas alrededor de su nombre. Visto de cerca, interrogado por los periodistas en sencillas y amigables conferencias de prensa, y seguido de la mirada escrutadora de los pueblos visitados que en él imaginaron antes al "aguerrido cabecilla centroamericano", se ha llegado a una composición adecuada, sobre la personalidad de este mandatario que no ha deslumbrado con el brillo de sus charreteras a sus gobernados ni pedanteado con exotismos filosóficos que no siente, ni tampoco ha manoseado los sobados temas sobre el imperialismo yanqui para ganar populachería barata: en el Presidente electo vieron a un

representativo de nuestra democracia, hombre ante todo que se preocupaba seriamente de las cuestiones y problemas vitales de nuestra América.

En 1955 —ejerciendo ya la Presidencia— tuvo oportunidad de probar a los pueblos de América la consistencia de su nuevo régimen: la horda armada y financiada por las dictaduras caribianas que en dos ocasiones invadió a Costa Rica por la frontera norte con gran despliegue bélico y excepcional propaganda, fue rechazada por el pueblo de Costa Rica y llevada a la picota más tarde, por la vía diplomática, por la misma Organización de Estados Americanos al declarar que dos países, sus hombres de gobierno, habían apoyado el filibusterismo dictatorial. El perturbador de la paz centroamericana no era Figueres, ni Costa Rica la madriguera de los terroristas.

Pero si esos y otros hechos de análoga índole han proyectado, por fin, la luz que aclara la verdadera imagen del Presidente José Figueres, no por ello es más conocido. La prensa de nuestros días, desgraciadamente comercializada en exceso, informa de los acaecimientos con detalle minucioso rayano en lo pueril, pero sobre las personas y el fondo de los hechos nada nos dice, ni de su espíritu ni de su idea genérica. Sabemos, por ejemplo, que tal o cual político mide dos metros de altura, usa trajes de casimir inglés color gris, dispone de cuantiosa fortuna, pero no sabemos lo que siente, lo que piensa, cómo gobierna, cómo administra.

Los clásicos de la antigüedad establecieron el principio que no han podido destruir las filosofías de masa: *homo mensura*. Y el genio goethiano a más de dos mil años de aquéllos, repetía con énfasis histórico y filosófico: "nunca ha habido más que hombres, ni habrá más que hombres". No obstante, el mundo se ha empeñado en la tarea, ridícula por cierto, de hacernos ver que el hombre es un concepto zoológico, abstracción nominal que solo merece tomarse en cuenta por lo que puede en términos de física, por lo que tiene en términos de economía y por lo que representa en términos de vestimenta o de magistratura.

Se impone el conocimiento del hombre por lo que es en sí y no por lo que aparenta; por la idea que lleva dentro y no por los uniformes que viste; por el espíritu que informa sus actos y no por el gesto con que los ejecuta. La estatura del hombre no se mide de los pies a la cabeza o viceversa, sino por la dimensión de su metafísica y de su filosofía que exterioriza a través de ese órgano maravilloso — el cerebro— que cabe físicamente en el puño de la mano de un niño y, sin embargo, reflejo de la omnipotencia divina de que es imagen, llena ciclos y tierra en la perennidad de los siglos en que se desenvuelve la historia.

Lo que es Figueres en idea, en espíritu, en proyección moral hacia el futuro de las generaciones por venir, es lo que intentamos en estos capítulos y no precisamente por o para Figueres sino en reivindicación y enaltecimiento de esta pequeña Costa Rica que en esta hora incierta del devenir americano, nos ha dado la generación heroica del 48 y al hombre de la idea grande que nos anima.

III

DEFINICIÓN Y OBRA

Hace algo más de dos mil años que la sabiduría china escribió esta sentencia: "Los hombres vivirían en armonía y se entenderían amistosamente si las palabras estuvieran definidas". Y bien miradas las cosas en su sentido profundo, la conclusión a que se llega es que efectivamente el filósofo oriental vio claro en la vida: la desinteligencia humana, los antagonismos y las pugnas, provienen de esa falta de definición.

El hombre es hombre por igual en todos los idiomas y filosofías de la tierra. Y continuará siéndolo por los siglos de los siglos. Y no obstante, sus actitudes, sus gestos y maneras carecen de esa universalidad de la que él mismo es el sujeto.

Este fenómeno de la desinteligencia por causa de falta de definición se observa en todas las esferas de la actividad humana y mayormente en el campo de la política. En este terreno, cada hombre incita interpretaciones diversas, distintas y hasta contradictorias.

La palabra revolución, por ejemplo, nos divide en grupos tanto en interpretación como en pensamiento y conducta. Juzgamos por los efectos, generalmente varios y hasta accidentales y no por las causas que la provocan o inspiran. Indistintamente usamos el vocablo y aventuramos nuestros juicios que rara vez coinciden, porque la palabra carece de definición universal.

Figueres hizo una revolución y por el solo eco que produce esa palabra, lo condenan unos y lo ensalzan otros. No fue revolución, observa un tercero, sino contrarrevolución. Y he aquí que por esa imprecisión en la definición de un vocablo, los pueblos y las sociedades se lanzan a la pelea teórica de enjuiciar a un hombre. Al final de la disputa, volviendo al caso que nos ocupa, tenemos que Figueres ya no es Figueres, sino una figura de formas cambiantes a capricho del espectador. Se le ha desfigurado por esa falta de definición de la palabra revolución.

A nuestro entender, la empresa de Figueres, si le damos al vocablo el sentido comunmente aceptado pero no definido, no fue ni revolución ni contrarrevolución, sino lo contrario de una revolución y lo contrario de una contrarrevolución .

La revolución, en el concepto más general, consiste en arrebatar el Poder a una clase para ponerlo en las manos de otra; y la contrarrevolución en devolverlo a la primera que lo detentaba. Figueres ha hecho, pues, lo contrario de una revolución y lo contrario de una contrarrevolución: ha restituido la República a su forma esencial en cuanto esa forma era consubstancial a la nacionalidad; en otros términos, ha dejado intacta, tal cual eran sus fundamentos, la estructura democrática del país en su órgano de expresión que es el Estado; pero ha derribado la superestructura creada por la oligarquía tradicional y por el clan espurio de los ocho años.

La Revolución, en el sentido de Figueres, es decir, la idea que la determinó, está en esa fuerza que lo llevó a reencontrar el alma extrañada de la nación a fin de devolverle el sentido de su propio ser y darle a los costarricenses el poder de desenvolverlo mediante el trabajo en el goce supremo de la libertad.

La Revolución de Figueres no fue otra cosa que la restauración de un hecho y de un sentimiento nacionales permanentes, o sea el substratum eterno por el cual Costa Rica ha sido Costa Rica y no otra entidad americana. Es la restauración más completa de lo que podía ser restaurado del pasado político autóctono.

Y por eso, porque no ha sido revolucionario ni contrarrevolucionario, ha podido tomar del bagaje tradicional todo lo que servía para beneficio de la República y abrir cuenta nueva bajo el rubro significativo de la moderna economía del neo-capitalismo social que toma en cuenta los viejos elementos morales en lo espiritual y los nuevos de bienestar en lo material: en suma, una empresa política de interés, situada entre el pasado y el porvenir.

* * *

Antes de entrar en la exposición y paráfrasis de la idea de que se nutre la Segunda República — verdadero renacimiento del espíritu republicano y democrático de la Primera— es indispensable anticipar una afirmación sobre Figueres, a fin de entenderle y comprenderle mejor: no se trata de un político al estilo nuestro sino de un *ductor* en el sentido que hemos dejado expuesto arriba que si bien posee algunas condiciones de tal y de caudillo, no constituyen sus calidades distintivas. Nuestro actual Presidente es distinto a los que le precedieron en la regencia del Estado: es otra cosa, otra persona, otro tipo de gobernante. Y lo es por la idea, por el estilo y por el lenguaje.

Su misma psicología e idiosincrasia es el resultado de una disposición formativa en la que marcaron su característica la raigambre mediterránea de los ancestros, el ambiente de la tierra nuestra en que vio la luz primera y modeló su infancia y mocedad y su formación técnico-profesional que conformó al hombre de empresa.

Se ha autoformado por el virtuosismo de una cultura superior y universal en la cual predominan las ciencias económicas y sociales de su constante preocupación. En la universidad de la vida y en las experiencias sociológicas que ha seguido de cerca en los Estados Unidos de América, aquilató filosofías y doctrinas con las cuales ha formado la positiva síntesis de su vida y su manera de gobernar.

Es por ello que resulta tan distinto a sus antecesores y, siendo idéntico y lo mismo por el *substratum* democrático, es tan diferente por el tono que da a su expresión y a su quehacer.

Sin intención de formular o establecer comparaciones, y sin ánimo de elogiarle, José Figueres se nos muestra siempre igual a sí mismo aunque diferente a los demás.

Si recorremos mentalmente las figuras que presiden los destinos de las repúblicas hermanas, en todos ellos descubriremos un aire de familia, algo de común en el estilo de gobernar, que les une y clasifica, ya sean caudillos ya sean políticos. Parecen surgidos de un mismo molde con la sola diferencia, claro está, que marcan el temperamento y la propia calidad humana.

En la democracia lo que hasta hoy ha fallado más ha sido el elemento humano director y en éste la falta de preparación adecuada para la función de Estado. Los caudillos, los jefes políticos y los líderes tienen mayor necesidad que las masas y los pueblos de esa formación cultural y dentro de esta última, de principios y normas rigurosamente éticos y espirituales que sirvan de regla para las colectividades que les toman por guías.

José Figueres no se educó ni formó para la política ciertamente, pero se formó para sí y para servicio de la sociedad en cuyo seno vive. Cuando las circunstancias le han situado en la cúspide de

la dirigencia, se ha ceñido y circunscrito a desarrollar, aplicar y extender los conocimientos de su estudio y vocación. No ha "improvisado" las fórmulas retóricas de los gobernantes de ocasión; no ha simulado para disimular insuficiencias, sino que ha comunicado lo que sabía y tenía asimilado desde tiempo. De aquí el paralelismo y sincronización entre la idea y la obra.

* * *

Al referirnos a la obra en el acápite anterior, no nos referimos a los hechos de sus dos gobiernos — los dieciocho meses de la Junta y el actual— porque si bien los hechos andan íntimamente ligados a la obra cuando se trata de empresas, lógicas y vertebradas, no implican por lo general más que una excelencia relativa. Todos hacemos algo en el mundo, porque el existir es ya un hecho: hace el sabio y el ignorante, el hombre y el animal, hace el vegetal y el mineral.

El político y el gobernante producen hechos con el solo ejercicio de su oficio o de su mandato. Bien o mal, lo que 16 ejecuta desde el Poder, como todas las funciones de la existencia humana, ha sido hecho, son hechos. Y éstos pueden constituir eso solamente, y no obra cuando el conjunto carece de idea generadora y de homogeneidad metafísica y espiritual. Obra, lo que se dice obra, es una palabra sobre la cual ya no caben distingos ni diferencias, porque desde el principio del principio bajó definida de lo lito del cielo a la tierra: el mundo es obra de Dios, porque no es composición de hechos sino entidad orgánica, preconcebida y concebida toda ella en unidad; y ese todo y esa unidad, indivisibles. De aquí que la facultad de obrar en el hombre sea aquel atributo de que nos habla el Génesis cuando afirma que "fue hecho a semejanza de Dios".

En las Partidas del Rey Sabio, resumen de la ciencia jurídica y de la sabiduría humana, esa facultad se definió para siempre en síntesis que es reflejo de todas las filosofías, como "cosa que cumple y acaba lo que el hombre piensa y razona". Y lo que el hombre piensa y razona dentro de sí mismo, no son los hechos que ejecuta.

Al hablar de obra en el Presidente Figueres no nos referimos a ese cúmulo de hechos que llamamos cañerías, caminos, hospitales y edificios para escuelas porque todo eso se hace por espontáneo impulso surgido de una necesidad natural en el individuo y en la sociedad; exigencias del existir, obras, como se dice comúnmente, que no se conciben ni gestan dentro del hombre en la concurrencia activa de sus facultades interiores: razón, conciencia, deliberación .

La obra del Presidente Figueres se deriva de la idea, según dijimos, que ha transformado en propia y original mediante los aportes personales de raciocinio al conjugar la teoría abstracta con la realidad concreta y relacionar la realidad internacional y la experiencia de otros pueblos, con la realidad local, la experiencia nacional y las posibilidades de hecho que permite.

La obra de Figueres en lo que tiene de propia y original —en cuanto nos ha sido posible calibrar sus pensamientos y aquilatar sus realizaciones— consistió en hallar la fórmula que fuera síntesis del pensamiento y obrar universales y de las aspiraciones del país concretadas en el programa de su generación —la generación del 48— viable en un mínimo necesario para el presente y de máxima proyección para el futuro.

Lo más importante de la empresa estatal de Figueres reside en el hecho de que ha fijado, como punto de partida, la posibilidad costarricense de vida propia en el presente, y calculado la probable y realista capacidad de futuro en orden al desenvolvimiento nacional, dando con el punto fluctuante de equilibrio entre las fuerzas propias naturales y las técnicas y científicas que aconseja la economía moderna de producción, a los fines de un mayor y mejor desarrollo económico nacional.

Todas sus prédicas, escritos, mensajes y actos de gobierno concuerdan y convergen en este punto, que es el eje alrededor del cual jira su obra, sin perjuicio de los hechos normales y consuetudinarios de Administración los cuales, sin embargo, procura que revistan características que más tarde pueden completar el labrado de la obra.

Obra de una generación es la suya, enfocada y dirigida a las generaciones futuras. Es por ello que no se ha aislado en la cumbre del Poder para hacerlo todo por sí solo y a capricho, sino que ha dado entrada en la Administración Pública a toda la generación para que se ejercite en el espíritu de esa facultad de obrar y en las responsabilidades inherentes al ser pensante que rehuye y crea sobre la marcha, no en contacto con papeles sino en diálogo directo con las realidades y los hombres del país.

IV

PENSAMIENTO Y DOCTRINA DE LA SEGUNDA REPÚBLICA

Durante más de un siglo el político hispanoamericano ha vivido enfermo de enciclopedia. Y todavía no se ha curado de los males ocasionados por el terrible tóxico. Ese enjambre de filosofantes de la ciencia del gobierno a que dio nacimiento la guerra civil de independencia, "más ignorantes que malos, y más presuntuosos que ambiciosos nos condujeron a la anarquía, y después a la tiranía, y siempre a la ruina". Así lo previó y declaró el Libertador en concepto claro y rotundo. "En lugar de repúblicas equivalentes, dado el tránsito de los tiempos, a las griegas, romana y americana, amontonaron escombros de fábricas monstruosas para edificar sobre una base gótica un edificio griego al borde de un cráter".

Lo que predijo Bolívar se verificó al pie de la letra; en nuestras repúblicas no se vislumbra siquiera la armonía de un estilo propio. Se legisla a la francesa, a la inglesa, a la rusa y se adoptan todas las teorías que distribuyen los demagogos envueltas en papel de periódico.

Y es que el político criollo desechó en bloque la tradición de la tierra, buscando fuera de la propia autoctonía la razón del ser hispanoamericano y las razones profundas de su devenir histórico por creer, tal vez inconscientemente, que la tradición es atraso, peso muerto de las edades que gravita sobre los pueblos imposibilitando su desarrollo.

Afortunadamente la tradición no es tesis política, religiosa o filosófica sino la síntesis que equilibra y regula las actividades y obra de las generaciones, dentro del compromiso social, implícito siempre, que hace viable la continuidad de las naciones desbrozando los caminos del presente con el objeto de hacerles transitable el paso hacia el futuro.

En el seno de los países —en orden a lo político— dos fuerzas contrarias, nunca contradictorias, sostienen lucha incesante. Hegel, el coloso de la moderna filosofía, lo vio claro, aunque luego se extravió en la nebulosidad de la dialéctica germanista. Le faltó la luz y la lógica transparentes del mediterráneo.

Esas dos fuerzas son la tesis y la anti-tesis. Es ley natural que ninguna de las dos prevalezca. Si ocurriera tal cosa, el mundo dejaría de existir y las naciones todas serían destruidas por los irreductibles bárbaros de la tesis y los de la anti-tesis.

De esa imposibilidad, surgió el compromiso, el acuerdo, el pacto; es decir, la síntesis, integrada en unidad por los elementos esenciales de la tesis y los vitales de la anti-tesis. En la síntesis que se realiza y cristaliza en cada etapa de la Historia, se hallan por igual comprendidos el pasado y el futuro puesto que este último no es otra cosa que acción en términos de presente. Síntesis es tradición y tradición es síntesis. Fórmula novísima y a la vez antigua que se halla inscrita en las páginas de la historia de todos los pueblos que fueron y que son, y en la conciencia del hombre que es el único hacedor de la historia, por racional.

Vayamos al caso concreto de Costa Rica, para no alargar estas reflexiones de introducción: nuestro país vivía de su tradición republicana, democrática y patriarcal. Subsistía políticamente en concierto

consigo mismo dentro del desconcierto centroamericano. Políticamente semejaba un lago de aguas estancas; no afluían las corrientes vivas de afuera, ni tampoco se producía condensación pluvial adentro: las aguas se corrompieron.

Costa Rica, en cierto modo, vivía de sí y para sí; de su tesis diríamos, de su tesis sola. Cuando por el intersticio del reformismo tomó cuerpo una variante de la anti-tesis, se la tomó como droga, como tóxico, como negación absoluta, sin darse cuenta de que era apenas un elemento complementario necesario para la perpetuación de la tesis. Lo que vino después ya no era más que excrecencia, ese tumor maligno que aqueja a los cuerpos raquíticos o agotados y los degenera paulatinamente.

La guerra civil de liberación fue un ejemplo de alta cirugía: cortó de raíz el mal. Para salvar el cuerpo social era necesario el recorte de las excrecencias y, luego, habituarlo de nuevo a sus inveteradas funciones ciudadanas tanto civiles como políticas en el noble y puro ejercicio de las virtudes antañonas.

Sobre el cuerpo sano de la constitución efectiva y orgánica del país, la Junta Fundadora presidida por José Figueres vigorizó sus fuerzas con vitaminas social-económicas que hicieran a Costa Rica apta para las nuevas tareas que la comunicación y el progreso moderno imponen a los pueblos en orden a vivencia y producción: la Segunda República había nacido. De nuevo habla Costa Rica al mundo americano el lenguaje de su vieja tesis fundida en el crisol de la síntesis que viene a resultar para los efectos dialécticos de este discurso, la anti-tesis implícita en la idea de Figueres.

* * *

El arte político de nuestro Presidente ha consistido propiamente en aplicar su idea o doctrina (que, como decimos vendría a ser la anti-tesis) no como fuerza contraria sino como refuerzo o complemento de la tesis histórica, o sea como *conditio sine qua non* de su desenvolvimiento, de tal manera que desaparezca la lucha de los contrarios substituida por la lucha de los afines que se produce prácticamente mediante la autocrítica o crítica interna y las metas de superación que exige el estímulo cívico y el bienestar material.

La mejor manera de hacernos entender de todos será seguir el hilo conductor de la doctrina de Figueres en sus lineamientos generales, tomando por norte los conceptos que han dado relieve a su obra, aceptada ésta ya como fiel traducción materializada en las leyes y ordenamientos promulgados como Jefe del Ejecutivo Nacional, en colaboración proyectista con el Legislativo que representa al pueblo en la Asamblea.

En su Mensaje de orientación al país (1949), aludió a los postulados que promovieron la Revolución Política del siglo XVII, la Revolución Industrial del siglo XIX y la Revolución Económica del actual, para deducir, no lo que Fue o podría ser, sino lo que en ellas queda de vigencia. Realista y posibilista en grado sumo, se atiene a lo efectivo, a lo que permanece como Ley del Mundo en la hora actual que vivimos.

Sobre la primera, nos da estas palabras de glosa: "A estas horas pocos hombres claman por situaciones privilegiadas ante la Ley, y ninguna persona culta discute la Igualdad jurídica de todos los miembros de la sociedad". De la segunda, extrae esta conclusión: "En el cerebro del hombre está el germen de una nueva vida; la industria científica puede producir una cantidad ilimitada de enseres útiles para el bienestar humano; la técnica agrícola puede acabar con la escasez de los alimentos; la máquina puede poner al alcance de todos la cultura y los medios del más elevado disfrute espiritual". La tercera y actual, le dicta las reflexiones siguientes: "Está demostrado que' la técnica moderna puede producir suficiente bienestar para todos; hay que romper ahora los ligamentos mentales que nos atan a la estructura económica de otra época; las dos guerras

mundiales han demostrado que los problemas monetarios son en gran parte imaginarios; que todo un pueblo, trabajando con miras de interés común, puede producir suficiente riqueza física y servicios para proporcionar una vida mejor a cada uno de sus habitantes; que los recursos de la industria están siendo maniatados por los prejuicios de una organización social anacrónica; que es urgente aplicar a las administraciones de las naciones, y del mundo, los métodos científicos usados por la industria actual; que se impone en el siglo XX un nuevo sacudimiento, un nuevo romper de cadenas mentales; que la humanidad debe despertar alegre como los niños en el día de Navidad, para encontrarse con los aguinaldos que a su disposición están poniendo la Revolución Política, la Revolución Industrial y la Revolución Económica".

En los tres comentarios precedentes están las premisas liminares de la nueva doctrina que vino a realizar desde la Suprema Magistratura. Son el soporte de la superestructura social-económica cuya construcción iniciara en los dieciocho meses de gobierno de la Junta y que ahora prosigue en actividad hacia dentro y en extensión hacia fuera, sobre la incommovible estructura política de Costa Rica.

Aplica luego a las realidades nacionales, las enseñanzas que se desprenden de las tres revoluciones universales, y establece los postulados definitivos, todos de orden práctico, a que se contraerá su obra de gobernante. Y de cuya línea, justo es consignarlo, no se ha apartado ni desviado hasta el presente.

A la nueva generación que a su lado trabaja en las tareas de la Administración, no le da normas de conducta porque cumple su cometido bajo su inmediata dirección; pero a las clases sociales actantes sí les da periódicamente orientación sobre los lineamientos y alcances de la nueva economía, con el propósito de llegar por la vía de la natural diversidad de las actividades particulares, a una fluctuante y amplia unidad de producción general que satisfaga adecuadamente las exigencias del mercado y posibilite el desarrollo del país en su doble perspectiva hacia dentro y hacia fuera.

No se trata de una economía dirigida, en el sentido empleado por los países totalitarios, sino de una dirección lo suficientemente racional y flexible que permite la plena libertad de empresa privada en iniciativa; movimiento y desenvolvimiento. Ni coacción ni imposición sino ordenamiento, sugestión y estímulo.

Esa es la tónica que marcan los mensajes, proclamas y folletos dados a la publicidad: una tónica de cordial euforia exenta de ilusionismo utópico, reflejo de una doctrina económica sólidamente estudiada y vertebrada.

De su comprensión de los problemas sociales brota la palabra que es verdad y el ejemplo que es justicia. Señala para todas las clases sociales las fronteras del deber correspondiente, abriendo para cada una de ellas la puerta de escape hacia superaciones morales y mejoras materiales sin humillación para el proletario ni despojo para el capitalista. Cuando habla de niveles —la palabra que se ha hecho sospechosa a los afortunados— los señala y explica con énfasis rotundo: "El movimiento debe venir por el ascenso de los que no tienen, y no por el descenso de los que tienen".

Su lírica social que puede medirse con cifras y factores de matemática compulsión, es de libre métrica por arriba, hacíalos espacios abiertos al bienestar. Jamás pone límite a la ambición humana y legítima: más allá, siempre más allá. Pero en la marcha unida, en unidad de propósito, de medios y de fin, con orden, método y dirección.

* * *

Figueres ha hecho de su función ejecutiva una especie de sacerdocio consagrado a la religión del progreso nacional. Ejerce el Poder a manera de liturgia. El simbolismo moral y la enseñanza práctica los resume en trilogía significativa: Hombre, Técnica y Máquina.

Del hombre, en su integral valoración moral, y de la relación de éste con la técnica y la máquina, Figueres espera la dignificación del pueblo mediante la elevación de los niveles de vida y de cultura, consecuencia ineluctable de la mayor y mejor producción que brindan aquéllas.

Por la calculada repetición de los tres conceptos, a los que adjudica cierta magia de transformación, se le ha calificado de místico. Se les olvidó a los críticos que esa fe débela a la sustantiva condición de hombre de acción. Su fe no es ilusión o quimera porque se apoya en la esperanza cierta y segura de las cosas que se esperan, cuando esas cosas se trabajan con la mente, con la voluntad y con las manos.

Del análisis de las tres grandes Revoluciones universales a que antes aludimos, y de la concurrencia de las mismas al punto central de arribo, lo económico, que por sí solo explica su repetición histórica en etapas sucesivas de diáfana cronología, extrae Figueres la doctrina adecuada al estado presente de la evolución de Costa Rica. No la da en definición sino en consejo; no en promesa sino en obra y conforme a la misma idea que generó las revoluciones mencionadas, las cuales no son en manera alguna distintas sino tres aspectos de una misma y verdadera revolución de la que nuestro país no participaba del todo. Porque dígase lo que se quiera, es Figueres quien trajo a Costa Rica la preocupación económica que rige por doquier.

Su esperanza en los beneficios de la técnica y la máquina, fruto es de su personal observación y estudio en los países que ha visitado, singularmente los Estados Unidos de América. Es una fe universal que inclusive comparten los sociólogos de laboratorio y los dialécticos de la política que, en coincidencia sintomática, anuncian para la Historia substanciales variaciones. Una breve alusión a este pensamiento universal aclarará estos comentarios y la doctrina de Figueres.

Un eminente académico francés de la escuela cristiana prevé una nueva división para las edades de la Humanidad: la primera, dice, es aquella en que el hombre sólo disponía del puño para imponer el reconocimiento de su (superioridad y el vasallaje consiguiente de las fuerzas de la Naturaleza; la segunda, la que posibilitó utilizar mejor la propia fuerza física, merced a la herramienta; y la tercera, en la que apenas entramos, la que habrá de permitirle, por la máquina, el ahorro de su fuerza física empleando las fuerzas mismas de la Naturaleza.

Analizadas así, con criterio sociológico y económico, las edades de la Historia, descubrimos a primera vista que las perturbaciones en el decurso de los tiempos ocurrieron en el crepúsculo de cada una de ellas y prosiguieron en la aurora de la siguiente. Y provinieron del desequilibrio entre la mayor producción alcanzada y el exiguo beneficio logrado por la masa trabajadora. Lo cual ha venido sucediendo' 'Uta los umbrales de nuestra etapa maquinista.

La paradoja de que los pueblos carezcan hoy de los objetos indispensables a su existencia, precisamente cuando se produce en mayor escala y volumen, aun sin haber llegado al límite de lo posible, no proviene de la técnica ni de la máquina, sino del hombre.

Ha sido éste, y no aquéllas, quien ha invertido la jerarquía de los valores y posiciones al escamotear los frutos de la ciencia y el trabajo, manejándolos como instrumentos de beneficio personal y no de servicio social.

El hombre de esta tercera etapa ha llevado a cabo lo que en vano intentaron los alquimistas de la Edad Media, puesto que ha transformado el hierro en un dios dispensador de riqueza pero

menospreciando las regulaciones que impone el buen uso y condiciona la ética. Del abuso inmoderado de la técnica y la máquina, y no del uso racional y humano, ha surgido la desinteligencia social. Explotar la máquina, es ley de razón y economía; explotar al hombre, es transgresión de ambas. Supeditar la máquina al solo beneficio de unos en detrimento de otros, es crimen de lesa producción, pecado grave contra la moral y el servicio social.

La técnica y la máquina a beneficio de la producción, de la sociedad y perfección del individuo, he aquí el sentido humano y cristiano del mensaje de Figueres, tal como lo ha divulgado en su doble personalidad de empresario y de gobernante. La manera como lo practica en el terreno particular, se puede deducir de estos párrafos de Alberto F. Cañas:

"... Es un lugar quebrado y pintoresco. Cuando se llega a él desde el Este, es como si se asomara uno al cráter de un volcán. Pero un cráter risueñamente poblado, con coquetas y limpias casitas, con una burbullante fábrica de cuerda, con una escuela, y una iglesia, y un pequeño hospital, y una plaza de deportes arrancada a las colinas con tractor. Allí se vive un auténtico y privado régimen de seguridad social. Empinada colina tras empinada colina, del fondo del tremendo hoyo donde está la población, salen 1 lacia arriba, verticales casi, los montes y collados; y los caminos tienen que ser caracoles y espirales... Allí vive, allí sueña, allí trabaja José Figueres".

De cómo lo plasma desde el Gobierno, allí está el testimonio de las instituciones autónomas levantadas sobre el pavés de la República.

* * *

En la doctrina de Figueres, el hombre no es absoluto, pero tampoco máquina de producir, material inerte o guarismo aritmético. Es, contrariamente, espíritu superior ¡i horado de la escoria del instinto: alfa y omega de la Creación, principio animado de la producción y fin de la misma, <n cuanto procura bienestar y cultura. Pero los medios — técnica y máquina— ordenados en el uso por la ética, factor absoluto que debe estar por encima del capricho y la voluntad del individuo como rector de la conciencia humana que, por natural, se traduce en ley para todos los hombres, ya sean patronos, empresarios o proletarios.

El *suum cuique* del Derecho romano adquiere en la doctrina de Figueres calidad de moral universal: no es ya solamente derecho o mandato sino virtud, porque trasciende toda juricidad. El *suum cuique* bajo este último sentido es valedero para cuantos concurren a la producción, de la que cada uno deriva su personal beneficio pero en la cual se contiene un plus que no puede adjudicarse en exclusividad a una parte, sino revertirlo a la masa que lo procura. El mío y el tuyo, se transforman así en posesivos sociales que el Estado distribuye como órgano de la Nación.

En su doctrina de tal manera se entrelazan y conjugan los principios éticos y los factores económicos que la riqueza y el beneficio no sufren mella sino aumento considerable para una más justa distribución entre los que la producen. Esa justa distribución de la riqueza, postulado de todas las escuelas y partidos, es exigencia de la realidad económica de hoy a la que se ha llegado por caminos de experiencia técnica y social coincidiendo, a la postre, con la ley cristiana que la promulgó hace ya veinte siglos.

La antinomia, descrita por Figueres en sugestiva imagen, entre "aquella moralidad que proclama los domingos el amor al prójimo y el desprendimiento, y cuya economía fomenta la codicia y la irresponsabilidad entre semana", desaparece con el cambio de actitud mental que requiere el acomodamiento del hombre al mundo de la técnica y moderna sociología, comenzando, desde luego, por comprender que el negocio no implica actividad privada sino función social. Se trata, añade Figueres, de un servicio que prestamos a la sociedad y que ésta paga, dentro de las leyes de la

comunidad. La ganancia es la medida de la eficiencia del productor, puesto que la libertad de empresa es, prácticamente, una subdivisión de la tarea administrativa total.

No trabajamos por capricho ni negociamos por placer sino en virtud de un imperativo de la propia naturaleza. Producimos por necesidad y por instinto de conservación, efecto de "la ley natural suprema que impone al hombre la producción de la abundancia como medio de alcanzar los fines de la vida". Producción y abundante, porque se destina al desenvolvimiento y conservación del ser social. El hombre, enseña la Iglesia, fue concebido como ente social.

En consecuencia, las restricciones en la producción con fines especulativos de utilidad puramente económica constituyen un crimen de lesa sociedad y humanidad. La técnica y la máquina posibilitan e imponen la producción de la abundancia por ley moral, suprema por natural y universal;

* * *

Conviene advertir que a Figueres no se le ha combatido por sus ideas sino por las reformas y realizaciones administrativas llevadas a efecto en las que quiere verse una tendencia política de que carecen, puesto que unas y otras complementándose en finalidad son plasmación fidelísima de su teoría general y ésta —necesario es repetirlo— reflejo dialéctico *a posteriori*, si así puede explicarse, de una experiencia verificada, confirmada y revalidada por la ciencia y la economía en los grandes países modernos.

Esas instituciones dotadas de espíritu y dinámica eficiencia, del todo ajenas al vaivén de la política, buscan el bien común que para ser tal, objetivamente aquilatado, exige, entre otras, esta condición: "Suficiencia y plenitud de bienes humanos, corporales y espirituales, exteriores e interiores, físicos, intelectuales y morales" según la doctrina de Santo Tomás de Aquino.

Figueres con su teoría y su gobierno pone al hombre, i la técnica y a la máquina a producir las suficiencias y plenitudes sin las cuales no sería bien común sino bien particular de clase, de grupo o de partido.

Y ese bien común, social, sólo puede lograrse mediante la distribución de la riqueza producida según los diversos sistemas o maneras que sugiere la misma economía y aconseja la práctica. Pero el ejecutor de esa distribución, según Figueres, debe ser el Estado órgano de la Nación, nunca el Estado-clase (el comunista) ni el que se halla dominado por determinadas oligarquías.

Figueres, que no gusta perder el tiempo en escarceos teóricos, resuelve el problema de esa distribución de riqueza de varias formas entre sí relacionadas. Así, por ejemplo, la política de sueldos altos y crecientes que predicó en teoría y estableció la Junta Fundadora de la Segunda República, viene a ser un sucedáneo positivo y eficaz, en vigencia permanente, de la tan suspirada e ideal participación de beneficios. Los sueldos altos y crecientes en escala móvil paralela al desarrollo de la producción, armoniza los intereses del capitalista y del trabajador, los solidariza para fines altos de productividad pero comenzando por beneficiar a cada uno en su parte correspondiente y legítima.

La desinteligencia y beligerancia entre capital y trabajo con daño directo para la producción e indirecto para la sociedad, impuso el establecimiento en casi todos los países de la ley del Salario Mínimo, considerado por los legisladores como vital, pero que prácticamente resulta en la mayoría de los países subdesarrollados, un salario de necesidad, aun admitiendo que sea cumplido lealmente. Ese salario escrito no cubre las exigencias irrenunciables del vivir honesto, civilizado y humano; es un salario de pobreza.

¿No es mejor, en vez del salario mínimo impuesto, que no aumenta la producción ni satisface al trabajador por no cubrir sus necesidades, el salario alto y creciente que aumenta la producción y valoriza en volumen y calidad el producto en su rendimiento y en su justo precio?

El arte, en la dialéctica de Figueres, consiste en poner al alcance de todas las inteligencias, con ejemplos típicos de vida corriente, nociones fundamentales de economía e ideas de depurada sociología. Convince, porque explica, y explica porque demuestra y prueba. Atendamos la siguiente observación que nos hace, fruto de una inteligente y madura penetración en los problemas que plantea la moderna economía:

"No puede ser negocio sano ni provechoso aquel en que, empleados todos los elementos y factores humanos y técnicos, no produce lo suficiente para proporcionar a patrono y trabajador lo indispensable para el vivir honesto y decoroso. Los jornales crecientes obligan a buscar campos de actividad que sean productivos, y al serlo para unos lo serán también para toda la comunidad".

Ya tenemos, pues, de acuerdo con la explicación anterior, dos consecuencias económicas de máxima conveniencia para el individuo y la comunidad: la selección de actividades productivas y la eficiencia en los métodos de trabajo; y una tercera de orden económico más directo, efecto de las anteriores: "el alza de todas las planillas del país, hará que las papas se vendan mejor, que la gente amueble sus casas, que la pulpería venda más que los productos sigan valiendo".

"La política de precios bajos —concluye— que a ningún productor le resulta y de sueldos y jornales malos, que al trabajador y al empleado no le alcanzan, es una política de pobreza para todos".

En efecto, ¿qué problema resolvió el salario mínimo de las legislaciones escritas? Siguió la desinteligencia, la lucha entre patronos y obreros por medio de huelgas para conseguir aumentos en los jornales.

La política de los sueldos altos y crecientes es la medida más efectiva en pro de la concordia social base de todo progreso material. Evita los motivos de rencilla y descontento y, como afirma Santo Tomás, prepara el terreno para que, junto con las virtudes morales y culturales que permite adquirir, se respeten mutuamente los hombres que constituyen la sociedad política, se unan más íntimamente, de donde naturalmente resultan el orden, la paz y el bien común.

Pero no nos hagamos ilusiones. Esa política, en una u otra forma, ya no es un postulado a realizar *ad calendas grecas*, sino una inmediata necesidad para el efectivo y eficaz desarrollo de la moderna economía tal y como la impone la necesidad actual. Y a estos efectos queremos recordar unos conceptos martianos de fines del siglo pasado, sin duda alguna más adecuados para el momento actual:

"Estas que hierven son leyes nuevas. Esta es en todas partes época de reenquiciamiento y de remolde. El siglo pasado aventó, con ira siniestra y pujante, los elementos de la vida vieja. Es tardado en su paso por las ruinas que a cada instante, con vida galvánica amenazan y se animan, este siglo, que es de detalle y preparación, acumula los elementos durables de la vida nueva".

Y aquí tiene el lector el significado espiritual y económico de la doctrina de Figueres: aventar los gastados y anacrónicos elementos de la vida vieja politiquera costarricense, acumulando los elementos permanentes de la vida nueva del país sobre bases de inmutable democracia y de permanente justicia social.

Para completar nuestra glosa tomemos algunos ejemplos del espíritu positivo que ha infundido Figueres a las instituciones que brotaron de su iniciativa gubernamental en la lucha entablada por el bien común.

En mayo de 1954 detallaba el ritmo creciente observado en el país en todas las esferas de la producción. Los aumentos en los productos básicos como el café y el cacao efectivos y reales "por primera vez en varias décadas"; el banano mejoró notablemente su aporte al Tesoro nacional, gracias a la reforma de los contratos en 1948, sin contar con la última negociación con la United Fruit Company, de la que el país derivó nuevas substanciales ventajas. El perfeccionamiento de los métodos en otras ramas de la agricultura, marcaba ya nuevos horizontes de producción y beneficio para la caña y la ganadería, entre otras. Dentro de la misma escala ascendente hay que incluir la industria liviana objeto de cuidada atención técnica por la empresa privada y de asistencia y apoyo arancelario por el Estado.

"Todos los renglones de nuestro ingreso nacional están creciendo. Nos abocamos a una situación nueva y es menester que pensemos en la forma cómo habrán de gastarse o invertirse esos nuevos ingresos, desde el punto de vista de toda la nación".

He ahí los conceptos de mesurado orgullo con que se expresaba en la Asamblea Legislativa, ante la confirmación de su teoría por la eficacia de las instituciones creadas, en sólo cinco años de vigencia de la nueva economía por él instaurada.

Para el politiquero de tanda y el gobernante de ocasión el éxito —y un éxito traducido en mejoras efectivas— sería suficiente estímulo para abandonar la tarea y dedicarse a la caza de clientelas electorales. Para el estadista responsable los resultados no fueron más que el punió de partida hacia nuevas metas. Se había ganado el primer paso, pero había que cubrir la etapa fijada. Y, .obre todo, determinar cómo habría de distribirse el ingreso, desde el punto de vista de la nación.

Y se puso de nuevo en la ruta trazada, con idéntico bagaje y renovado afán: más allá, siempre más adelante. Y resuenan sus palabras en la Asamblea Legislativa en evangelio de prosperidad y paz en parte aseguradas.

"Una parte de la nueva riqueza producida debe distribirse en forma de sueldos y jornales crecientes. Son indispensables los aumentos graduales, tanto por razones de justicia, para que los empleados y trabajadores participen del producto del trabajo nacional, como por razones de necesidad económica, para que la creciente producción de artículos de consumo interno puedan venderse".

Es la labor de un gobierno que establece, por norma, la justicia como principio, la economía como medio y la necesidad creciente de producción, como fin. Es un operar político a la manera del sistema físico de los vasos comunicantes: mayor y mejor producción, igual a mayor riqueza nacional y mejor beneficio particular; mayor producción, equivalente a mayor consumo, alimento, vestido, confort, cultura, mediante la justicia distributiva. Satisfacer las necesidades vitales de la existencia y crear otras nuevas, dentro de la escala de la superación y satisfacción humanas reguladas, desde luego, por la moral que en algunos casos contraviene las leyes de la producción. Este es, incuestionablemente, el itinerario de Figueres.

Si en este mundo en que vivimos los absolutos fueran posibles, las luchas sociales no se habrían producido ni los antagonismos entre los hombres; tampoco, naturalmente, en el tema que ahora debatimos se hablaría de la distribución de la riqueza en justas partes.

Figueres en su doctrina nunca trasciende los límites de lo natural porque su reino es de este mundo como lo son la política y la economía. Por ello razona sus medidas de distribución en términos de ponderada relatividad. "Si pudiéramos contar con un alto nivel educativo en nuestra población, con hábitos arraigados de familia y comunidad, con una actividad responsable ante la vida, la forma más sencilla de establecer la justicia sería la más directa: la del sueldo o el jornal tan alto como lo permitiera la productividad, prescindiendo del reparto de servicios por medio del Estado".

Esa paga indirecta al trabajador en forma de servicios sociales y asistenciales, previsión, seguro, escuela, etc., que llenan las necesidades individuales y familiares de la comunidad, son de incumbencia del Estado, y por subvenir a ellos es que toma parte del ingreso. Las dos distribuciones parciales del ingreso nacional mejoran visible y substancialmente la situación presente, pero no representan ni son garantía para el futuro incierto. *Dil doman, non c' e certezza*, escribió el poeta.

Debe, pues, mirarse al mañana precaviendo en lo posible las fallas humanas y la irrupción de los imponderables de todo orden que puedan presentarse. El Estado, expresión y órgano de la Sociedad, está en el deber de cubrir su responsabilidad, tomando del ingreso nacional otra parte con el objeto de "invertirla en bienes de producción (o al menos en bienes permanentes, como casas de habitación), la cual constituye el ahorro nacional, o sea lo que nos queda acumulado, capitalizado, año con año, de la diferencia entre lo producido y lo consumido de inmediato. Eso es lo que nos enriquece. La adquisición de instrumentos de trabajo, la formación de nuevas fincas y fábricas y el mejoramiento de las existentes, promueven la riqueza del futuro, una riqueza social y económica que equivale a trabajo permanente, a subsistencia y confort asegurados, a progreso y cultura continuados en ritmo siempre igual y constante".

Figueres por su distribución del ingreso nacional, mejora el presente en relación con el pasado, y asegura el futuro mediante el ahorro nacional en su capitalización de la parte correspondiente. De lo inmediato a consumir, separa una porción que es sacrificio de hoy para abundancia del mañana, cumpliendo así, como gobernante, con el deber que se impone a la sociedad de la cual es responsable el Estado.

Ahora bien, esta última parte del ingreso la destinaba al aumento de capital del Sistema Bancario Nacional, del Consejo de Producción, del Instituto de la Vivienda y Urbanismo y del Instituto Costarricense de Electricidad, etc.

¿No son acaso esos organismos autónomos los instrumentos principales de la nueva riqueza producida, los agentes de que se vale el Estado para mejorarla e incrementarla, estimulando a los agricultores e industriales, asegurándoles el precio estable y remunerador, evitando la especulación y acrecentando las inversiones?

Figueres, con el ejemplo en la mano que disipa recelos y dudas, le dice a los costarricenses: "Si el Instituto de la Vivienda recibe del Estado diez mil colones, y con ellos construye una casa para una familia que nada está ahorrando, con el correr de los años, cuando la familia ha logrado amortizar su deuda, aquellos diez mil colones se han duplicado: los tiene recuperados el Instituto y los tiene la familia en el valor de la casa".

Otro ejemplo: "Si el Estado aporta, durante unos años, sesenta millones del ingreso nacional para que el Instituto de Electricidad construya la planta de La Garita, esos millones no se habrán gastado, no se habrán consumido: se habrán convertido en medios de producción de nueva riqueza, poniendo la energía al alcance de la industria y en medios de producción de bienestar directo, llevando la electricidad a los hogares".

Así, correspondientemente, de los demás organismos, y muy particularmente, del Sistema Bancario Nacional y el Consejo de Producción, las principales creaciones tan combatidas por la politiquería local indocumentada económicamente, y por las cuales Costa Rica entró por los caminos de la nueva economía que ha venido a sacarla de la triste condición de país subdesarrollado y de democracia proletaria, por la gravitación oligárquica de una política falta de sentido actual, de orientación económica y de visión telescópica.

Mucho es lo que falta por comentar sobre tan oportuna doctrina en nuestro país. Procuraremos al final dar una idea global de lo que representa en lo Concreto político .

En cuanto a las instituciones autónomas que configuran modernamente el país y lo nutren de la savia de su crédito, de su técnica y de su consejo con dirección general es pertinente advertir que no son entidades de invención de Figueres, puesto que sus antecedentes y eficacia se hallan en la experiencia de grandes países avanzados en producción y en cultura. Se le combate, pues, paradójicamente, por lo que en todas partes produce bienestar y paz.

Lo original de dichos institutos en Costa Rica estriba en que representan de hecho, una descentralización para mejor eficacia de los servicios; y efectivamente autónomos, por liberados del dominio e influjo políticos. "Son instrumentos de desarrollo, de regulación benéfica, de impulso a la iniciativa de los particulares". Otra originalidad de su autor es la de que esos organismos fueron creados con exacta adaptación a las realidades sociales de nuestro país sobre la medida de su estado actual, sus posibilidades de desarrollo, su capacidad de futuro y sus características idiosincrásicas. Para decirlo en frase gráfica, cortados sobre patrones de moda universal en economía, pero a la medida y con hechuras a lo nacional.

El Sistema Bancario Nacional —único en nuestra América—, ya consolidado y enraizado en la entraña de la confianza popular, es organismo plural de especialización y el arma moderna más eficaz para el fomento económico y social.

Por él, el crédito, como nuevo y primordial servicio, llega a donde el telégrafo, la escuela y los servicios del Estado. Así con esa divisa, fue acometida la nacionalización de la banca privada por la Junta Fundadora de la Segunda República. Su primera grande empresa, que es hoy el motor de la nueva dinámica financiera y el corazón del cuerpo social y económico nacionales.

INTERNACIONALISMO AMERICANO

De la misma manera que en su política interior predominan lo social y lo económico con el propósito de compensar en pocos años el *far niente* en la materia de los regímenes del pasado, y así situar a Costa Rica en la línea de los pueblos sanamente ordenados y desarrollados, en lo exterior su internacionalismo se ciñe estrictamente a lo puramente americano, pero también con criterio económico y sociológico, a fin de acelerar el proceso de la entente entre las dos grandes zonas de la América total.

Muchos son ya los obstáculos vencidos o salvados. Lo que parecía antagonismo político consecuencia de la suspicacia de unos y otros, se ha desvanecido al correr de los últimos años: la Geografía que define físicamente la América y la Democracia, que la configura moralmente, han remodelado su ser engendrando espíritu americanista verdadero.

Subsiste, empero/pertinaz y molesta desinteligencia. Un mismo trabajo A unos mismos signos de producción, tienen valor distinto en los Estados Unidos del Norte y en los Estados/desunidos del Sur. No nos acabamos de entender. Y esa incompreensión recíproca es la que trata de desvanecer Figueres con su internacionalismo, desde todos los frentes de su actividad político-diplomática y de su influencia social e intelectual.

Tres son las tesis de categórica afirmación que lo sustentan, bien diferentes ciertamente de los pronunciamientos de otros líderes del Continente por la clara sinceridad de la expresión que, en él, siempre huye de la ambigüedad de costumbre en nuestros medios oficiales.

Si diplomacia no es convencionalismo recubierto de cortesía y cumplido, y sí el arte de alcanzar la entente por los caminos de la verdad, Figueres se nos antoja el diplomático avocado a lograr que estas repúblicas se comprendan, entiendan y actúen en unidad en esta hora de definición universal.

Es el diplomático ideal, diríamos, porque se trata del mediador ampliamente capacitado por el dominio de la ciencia económica, en teoría y en la práctica del intercambio comercial, y por su textura de hombre de Estado que, sobre problemas y mezquindades del presente, sabe delinear y esbozar un plan de grandeza para el futuro y una arquitectura adecuada para la unión americana. No es adivino, sino lógico; un realista, no un soñador; un dinámico, no un parlero.

Conoce el mundo de las finanzas y de la empresa norteamericano por dentro, por haber vivido en las entrañas del monstruo; ha experimentado las inquietudes de nuestros medios agrícolas e industriales y penetrado, por comparación y contraste, en la antinomia fatal que impide el acoplamiento de esas dos mitades del alma americana.

Su ideario resulta ambivalente porque implica para los del Norte y los del Sur, un paso adelante hacia el acercamiento si es que sobreviene el cambio de actitud mental que puede y debe determinar la marcha unida en mancomunidad de esfuerzo productivo.

No le canta coplas a la fabulosa grandeza estadounidense, que admira; señala los excesos y las omisiones; no entona endechas ni elegías de consolación para el Sur, que ama; marca sus fallas y deficiencias. Para unos y otros, con igual medida y análoga tendencia distribuye su consejo y observación prácticos, inducido de la necesidad común, que tiende a frenar el activismo avasallador del poderoso y acabar con la inoperancia del pusilánime.

La tesis del Presidente Figueres posee, en sus métodos, la necesaria flexibilidad y cuantas condiciones de acierto hacen falta para que los problemas de la unión puedan ser resueltos de conformidad con la voluntad de los pueblos y la conveniencia de las naciones americanas.

La natural reciprocidad de servicios que impone la diversidad de los elementos cooperantes, determinará la norma de conducta a seguir que resuelva, en cada caso, las divergencias que se presenten en el camino de la discusión y transacción... Una ligera ojeada retrospectiva líos permitirá aquilatar la justeza del propósito y su práctica orientación.

* * *

De la unión americana viene hablándose en nuestra América desde su nacimiento a la libertad. Por la unidad, en actitud y en acción, se llegó a la independencia. La inspiró Bolívar con su genio militar y político, haciéndose él mismo su ejecutor. La impuso la necesidad.

Pero nuestra América engendrada en la unidad, creció y se formó en la discordia y la división. El Libertador fue el único en sentimiento y en idea que no echó sobre sus hombros la coyunda de los localismos exacerbados. América una, su única patria, su único ensueño, la Din preocupación de su espíritu universal, porque la concibió en función ecuménica y en espiritual extensión hacia el mundo del futuro.

La fallida unidad, dentro ya del pleno goce de la soberanía, no constituye fracaso para él, como por ahí insinuaron esclavos del pensamiento exótico, porque lo había previsto desde 1815, antes de lanzarse a la fabulosa aventura de los siglos:

"Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue las partes entre sí y con el todo... mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen América".

Lo que no fue óbice para que insistiese en la unión una y otra y mil veces, con el fin de dejar clavada la idea en la mente y en el corazón de los americanos: "Esta especie de Corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración".

"Una sola debe ser la patria de los americanos, ya que en todo hemos tenido una perfecta unidad", escribíale en documento oficial (1818) a don Juan Martín Pueyrredón, Supremo Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

El Congreso de Panamá (junio-julio de 1826), de integración exclusivamente hispanoamericana, fue otra iniciativa de su numen previsor encaminada, previa la unión de nuestras repúblicas, a la realización definitiva del primigenio plan de Pacto Americano que consistía en "formar de todas un cuerpo político, y así poder tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo".

Aun sabiendo que no era escuchado ni atendido en su porfía, insistía siempre, oportuna e inoportunamente, en su invitación: "el movimiento del mundo lo acelera todo, pudiendo también acelerarlo en nuestro daño".

Pero nuestros Estados desunidos permanecieron en la inercia y en la distracción, en tanto el movimiento del mundo lo aceleró todo, como previo, en nuestro daño.

* * *

La idea de Bolívar no bajó al sepulcro con él ni se perdió en las tolveneras de la historia. El Norte, todavía limitado en lo exterior por la diplomacia británica, consolidaba su unidad interior y desarrollaba, con tesón y las nuevas técnicas que se abrían paso, su potencial industrial y la expansión comercial.

Algunos de sus dirigentes políticos en consorcio con los capitanes de empresa dábanle vueltas a la idea bolivariana de la unión. Sin embargo, lo que para el Libertador era puerta hacia la grandeza y la gloria por los caminos del espíritu, para aquéllos representaba potencia económica e influencia política.

Una vez dueños de sí mismos, asegurada la unión federal y garantizado el ritmo de producción creciente, los Estados Unidos del Norte dieron salida, sesenta años más tarde, a la Primera Conferencia Panamericana de su iniciativa.

Mucho habían caminado en 1889 los del Norte en el conocimiento de su capacidad y de sus posibilidades; mucho también los del Sur en sus divagaciones político-económicas, pero se habían olvidado de las admoniciones del Libertador y seguían sin saberse a sí mismos.

El primer contacto público y formal entre el receloso Sur y el Norte, no produjo ningún resultado positivo. Alrededor de la "unión aduanera", de las "vías de comunicación por tierra y por mar", del "arbitraje obligatorio o compulsivo" y de la "abolición de las guerras entre repúblicas americanas", discutieron ampliamente poniendo de manifiesto el "humor" distinto que les animaba.

Prescindiendo en nuestro examen de las tesis justas de unos y de los disentimientos tácticos de los otros, la controversia teórica más que establecer diferencias irreconciliables evidenciaba desasosiego interior, desconfianza en los del Sur ante los temidos propósitos hegemónicos del Norte. Fue un largo, accidentado y penoso debate de amor propio, apenas disimulado por la cortesía diplomática.

Los delegados estadounidenses bajo la batuta de Blaine no acertaron a disipar la intención que en sus planes creían ver los latinoamericanos, a pesar de los brindis "a la amistad perpetua y a la prosperidad de todos los Estados americanos". Una sugestión llegada de fuera de la Conferencia, proponía "la constitución de un gobierno federal para toda América". A pesar del encono y la incomprensión de todos, latía sinceramente el impulso unionista.

El insigne José Martí hizo este comentario: "La Conferencia de naciones pudo ser, a valer los pueblos de América menos de lo que valen, la sumisión humillante y definitiva de una familia de repúblicas libres, más o menos desenvueltas, a un poder temible e indiferente, de apetitos gigantescos y objetivos distintos. Pero ha sido, ya por el clamor del corazón, ya por el aviso del juicio, ya por alguna levadura de afuera, la antesala de una gran concordia. ¿A qué detalles indiscretos, y gacetilla prematura, si esa es, después de mucho oír y palpar, la lección visible de la Conferencia?"

La Primera Conferencia Panamericana dio mucho que hablar a los delegados de las repúblicas, pero los nuestros no reflexionaron lo suficiente sobre el significado del viaje en lujoso tren, con que fueron obsequiados por el Gobierno estadounidense, por una vasta área de más de cinco mil millas a

todo lo largo y ancho del país, en la que se levantaban fábricas, fundiciones, mineras, graneros, petróleos, semillero fabuloso de esa producción colosal que hoy nos asombra.

Sea de las intenciones lo que fuera, el Juez Fuller al glosar la significación de la Conferencia en los primeros días de 1890, comentaba así la efemérides política: "Es motivo de plácemes que el primer año de nuestro segundo siglo halle a los representantes de las tres Américas ocupados en aumentar las facilidades de las relaciones mercantiles consultando el curso natural de las cosas, difundiendo y diversificando por medios suaves las corrientes del trato, sin forzar nada, con lo cual vendrán a ser más estrechos los lazos de amistad fraternal y quedarán los pueblos de los dos Continentes americanos con el dominio armonioso de todo el Hemisferio.

¡Tres Américas! ¡Dos Continentes americanos! He aquí la triste y lamentable figura del Mundo Nuevo que era uno por geografía, por constitución y por destino.

* * *

Bajaron después las corrientes turbias de la intervención de la diplomacia del dólar, abriendo herida profunda en el corazón de nuestras repúblicas descuidadas, divididas y desnutridas, quedando a un lado los "medios suaves" realzados y encomiados por el Juez Fuller.

Desde la Primera Conferencia Panamericana (1889) hasta 1930, la fuerza del "Destino manifiesto" señoreó omnímoda e inescrupulosamente por toda el área centroamericana y las tierras bañadas por el Caribe.

Fue un impulso irrefrenable de imperialismo avasallador. Todos los pueblos que en la Historia llevaron, en la mente idea, en la voluntad propósito y vocación en el espíritu, derramáronse por el mundo cayendo de inmediato sobre los vecinos.

Toda la civilización ganada —es triste constatarlo— lo fue a costa de sacrificios cruentos y de sangre derramada por la violencia de los poderosos sobre el débil y atrasado. En rigor de historia, lo que toman los invasores en su marcha y en su empuje, lo tenían de antemano abandonado los invadidos por su alegre y descuidado vivir. De su voluntad endémica y de sus manos inactivas se escapó la riqueza que no supieron crear o conservar. No por ello es moralmente excusable el despojo ni justificable la agresión.

La larga y penosa jornada de los cuarenta años, comienzo de la disgregación, fue la consecuencia fatal de nuestra despreocupación económica a partir de la cita paternal de Bolívar en la Conferencia fallida de Panamá. No obstante, en la mitad del alud imperialista la luz se hizo y el sol de la justicia inmanente iluminó la conciencia civil y democrática de los Estados Unidos.

Los pueblos nacidos para la grandeza se sienten incómodos en la ruindad de la alevosía. Y desvanecido el ímpetu febril que los lleva inconscientemente al exceso y al desafuero, se reconcentran en su rumiar y reconsideran los acontecimientos sobrevenidos. Es entonces cuando la razón se impone al desvarío y surge sincera la noble y debida rectificación.

Así aconteció al despuntar, por entre la nebulosa del tiempo, la aurora prometedora del año treinta de nuestro siglo. Día memorable en los fastos de América aquél que vio subir al Capitolio de Washington la enhiesta figura del Presidente Roosevelt y proclamar con palabra de fuego, encendida de comprensión, el evangelio de la convivencia pacífica y fraterna que estuvo en la glosa del Juez Fuller en enero de 1890.

Por lo inesperada, y -por nadie solicitada, la actitud del gran Presidente implicaba arrepentimiento y reparación moral. No hizo falta más. El mundo entero, testigo mudo del solemne acto, subrayó con fervido aplauso y adhesión vibrante, las palabras de esperanza.

Más que palabra fue promesa; más que declaración política, pacto de honor: por encima de todas las diferencias y discordias habidas, una mano fuerte, vigorosa y cordial del Norte tendióse aquel día hacia el Sur herido. La nueva alianza quedó sellada. A la actitud, siguió la conducta y la obra... Diez años más tarde, América unida, entera y verdadera, hizo acto de presencia en la guerra grande de los Continentes, tomando parte con todo su haber.

No fuimos a ella, los Estados Unidos y nosotros, por codicia de bienes territoriales y económicos. Ni tampoco por dominios temporales o hegemonías políticas.

De nuestra parte, ni lucha de intereses ni guerra de ideologías, porque para nosotros, Democracia no es solamente banderín de enganche político sino nuestra manera de ver, entender y sentir las cosas.

Para todos, los del Norte y los del Sur, fue aquella una guerra por el ser o el no ser. Porque no ser lo que se es, aun cuando fisiológicamente seamos, equivale a la no existencia soberana, o a la esclavitud infamante.

Fuimos a la guerra para salvar nuestra libertad en la democracia, o sea nuestra posición ante los mundos europeo, asiático y eurásico, dentro de la que guardamos en el mundo americano de nuestra geografía y de nuestra naturaleza .

Ser vencidos con los del Norte, o simplemente estos últimos sin nuestra compañía, equivalía a lo mismo. En ambos casos perdíamos, los del Norte y los del Sur, todo cuanto de propio hay en nosotros: por algo constituimos una unidad de destino en lo americano total y en el condominio armónico del Hemisferio. De esta realidad indestructible e indivisible, tenemos que partir.

* * *

La Historia, pues, aun jugando en nuestro daño por nuestra soberbia e inveterado localismo, nos fuerza a la unidad que ya estaba, según dijimos, en la constitución de nuestras sociedades políticas independientes. Ligados al Viejo Mundo por los principios de la Carta de las Naciones Unidas, lo estamos mayormente y en singular intimidad, por el Pacto Regional de que es cuerpo jurídico y expresión legítima la Organización de Estados Americanos, en cuyo gobierno somos igualmente unos e iguales en derechos y deberes.

Figueres, al encuentro de cuyo internacionalismo vamos ahora, parte de la misma realidad. Y por si no fuera bastante la gravitación de todo el peso físico, histórico y moral, añade un nuevo factor que, a nuestro entender, inclina la balanza en favor de la unidad: el mercado comercial recíproco. "No hay ninguna razón escribe, para que mirando al futuro del Nuevo Mundo, debamos pensar en dos Américas en lugar de una sola".

Las conclusiones a que llega después de maduro y exhaustivo análisis sobre la actual situación del mundo y las posiciones políticas, morales, económicas y financieras de toda América, pueden condensarse en una tesis de tres puntos:

1o.—"Deben desaparecer tres cosas: las dictaduras, la ignorancia y la pobreza".

2o.— "América debe unirse en una sola economía y en una sola cultura".

30.—"América debe ser rica, poderosa y culta, haciendo correr por las venas de toda su estructura así unificada, un solo criterio económico y espiritual".

Jamás en el pasado de las relaciones interamericanas, ni en el Norte ni en el Sur, se planteó con tanta valentía, resolución y claridad el problema de la unión, "imperativa por necesaria", subraya Figueres.

Expuestos precedentemente por nosotros los lineamientos de la evolución histórica, interéstanos en este punto traer los argumentos de que se vale el Presidente de Costa Rica para llegar a dichas conclusiones. Seremos breves.

* * *

No menosprecia Figueres —mediterráneo por origen y sangre—, los lazos que nos unen al Viejo Mundo ni los beneficios que todavía nos vienen de Europa. Aspira a la integración con el Norte, en un espíritu de estimación que debe ser mutua, y en el respeto a lo autóctono que es salvaguardia de nuestra personalidad, para fines de subsistencia y existencia: "Yo no busco la Coca-colonización de la América Latina, o una servil imitación de las superficialidades de Norteamérica, o un ruinoso abandono de las culturas, idiomas y riquezas espirituales que constituyen el alma de México, Antillas, Centro y Suramérica. Pero creo que una rápida mejora de las condiciones de vida en la América Latina, bajo cualquier plan que no incluya a los Estados Unidos, es imposible". Más adelante agrega: "Esta unidad geográfica compuesta del Canadá, Estados Unidos y América Latina, económicamente desarrollada y espiritualmente unida, podría vivir y crecer por sí sola, y preservar para el género humano el acervo cultural de Occidente, si el mundo cayera en poder de naciones con diferente filosofía de la vida".

Argumento clave, verificado por la última contienda Universal. Fue América la que salvó a Europa; fueron los Estados Unidos los que evitaron la desaparición independiente de los países occidentales, con su enorme producción aplicada a la guerra.

En la rehabilitación económica y espiritual de Europa, juegan hoy los Estados Unidos el primer papel, por copartícipes en su defensa y por afectar directamente su propia existencia. En la unión nuestra con los Estados Unidos, lo europeo esencial no sufre menosprecio, puesto que son aquéllos los primeros interesados por las mismas razones morales, políticas y económicas que nosotros.

Tenemos que partir de otra realidad actuante y gravitante: la dirección del mundo ha pasado a manos de los Estados Unidos tanto en lo diplomático como en lo político y financiero. Hasta donde pueda hablarse de hegemonía sobre pueblos libres y soberanos, la del Norte es patente e incontrastable; reconocida, además, por los países que directa o indirectamente son y se consideran de raigambre occidental.

La primacía no les viene solamente de la decisión victoriosa en dos guerras mundiales consecutivas y de su poderío militar en tierra, mar y aire, sino del conjunto de riqueza física creada con ciencia y experiencia, con técnica, aplicación y perseverancia en la escuela de la unidad democrática interna tras un largo proceso de disciplina social, de jerarquía en la libertad, de cultura cívica y de instrucción que abarca todos los grados de la enseñanza moderna. "Es una nueva civilización", señala Figueres, o sea, ente-demos nosotros, una nueva extensión, forma y manifestación de la civilización a cuyo acervo aportaron su cooperación en sucesivas etapas de la Historia, España, Francia, Gran Bretaña y ahora los Estados Unidos, con su peculiar actitud mental y activismo vital, de tal manera propios, que si con fuertes razones se ha tipificado al inglés como el Hombre del siglo XIX, el estadounidense, en su textura físico-mental, es el prototipo del Hombre del siglo XX. "El

medio apropiado para este hombre del siglo veinte es América, toda América". Es otro señalamiento de Figueres.

La América del Norte llena todos los requisitos como molde típico; la otra América carece por el momento de ellos, pero están en potencia en su ser y en su capacidad de futuro.

Se impone que en una mirada hacia dentro y en un hacer resuelto hacia fuera, el hombre americano del siglo XX del Sur siga el itinerario de su hermano del Norte, llevado de la misma idea que presidió la evolución de los Estados Unidos.

Hacia dentro, el primer obstáculo lo constituyen las dictaduras. Sobre este punto se ha generalizado la idea de que los Estados Unidos, solidarizados con sus grandes compañías, simpatizan con ellas y las apoyan subrepticamente .

Sin embargo, después de la nueva política de buena vecindad, ese apoyo, visible o sospechoso, no se ha dado ni a dictaduras latinoamericanas ni a Compañías norteamericanas. "Mis propias experiencias en la historia reciente no confirman esa teoría. Cualesquiera que hayan sido los errores en el pasado, durante mi gestión política siempre he encontrado que el Gobierno de los Estados Unidos mantiene un alto nivel moral, al otorgar la protección debida a los intereses de sus conciudadanos en el exterior".

Figueres, al respecto, es testigo de mayor excepción, por cuanto su país se ha visto reiteradamente invadido por revolucionarios costarricenses apoyados, financiados y protegidos por dictaduras consideradas comunmente como instrumento del Gobierno de Washington. El caso del Gobierno revolucionario de Bolivia, es otro argumento que habla en contra de esa creencia, resabio posiblemente de las tristes experiencias de antaño.

Lo que ocurre es que, bien miradas las cosas, la posición de los Estados Unidos resulta a veces aparentialmente contradictoria, a consecuencia precisamente de la política de no intervención, considerada por las repúblicas hispanoamericanas, y por ellos aceptada sin reservas, como la piedra fundamental de la política diplomática interamericana.

Teniendo en cuenta la no intervención, ¿cómo podrían ayudar los Estados Unidos nuestro deseo de acabar con las dictaduras interviniendo sin intervenir, y dándonos su cooperación sin herir nuestra sensibilidad política y nacional?

"El principal esfuerzo, según Figueres, ha de venir de nosotros mismos, de la América Latina, de sus grupos democráticos . Mas el peso de los Estados Unidos es tan grande, su intervención tan omnipotente por acción u omisión, que les resulta imposible no influir en el curso de los acontecimientos de un modo u de otro". Es un punto de vista realista que seguramente todos comprendemos.

¿Entonces?

Para salvaguardar la democracia en donde está arraigada y ayudar a su establecimiento en los demás pueblos de América, en el más alto grado compatible con las relaciones interamericanas, hay al menos dos cosas que los Estados Unidos pueden hacer sin intervención. Y las especifica el mismo Figueres con franca lealtad:

a) .—"Discriminar las dictaduras en el ámbito de las cortesías diplomáticas, y hasta del crédito financiero, en favor de los gobiernos dirigidos libremente."

b) .—"Asumir con todo su peso una actitud moralizadora en la Organización de Estados Americanos" .

La sugestión de Figueres, interesante como todas las suyas, requiere del asentimiento de nuestras repúblicas, porque la desaparición de las dictaduras es condición precisa de unidad. Se dice que la inestabilidad en ciertos países las hace necesarias y hasta algunos las defienden como instrumento de progreso.

Figueres analiza la cuestión dándole contundente respuesta: "¿Hasta qué punto puede la dictadura acelerar el advenimiento de la justicia social? Hablando en términos económicos, un país produce cierta cantidad de riqueza por año. ¿Cómo podría repartir más de lo que se produce? La revolución social no se puede separar de la revolución económica. Para repartir más hay que producir más".

La "danza de millones" que la explotación de algunos productos naturales desató en determinados períodos de la vida de ciertas naciones (guano en el Perú, salitre en Chile, caña en Cuba, petróleo en Venezuela, etc.) acarrearón desastres sin cuento que se resolvieron muchas veces en guerra o en revoluciones. Como regla produjeron desquiciamiento social, desequilibrio económico, desnivel de vida, mayor pobreza general. Son loterías de producción que escapan a la previsión y regulación científicas de la economía, por fruto de las circunstancias en que se producen. Son fuego de virutas que encandila y ciega, pero no ilumina ni guía.

Lo normal y fundamental en la producción es el acrecentamiento gradual de los cultivos propios mediante el trabajo y la técnica; el ensanchamiento de las industrias mejorándolas periódicamente en utillaje e instalando otras nuevas adecuadas, susceptibles de natural desarrollo. Jamás limitarse al monocultivo en agricultura; no rebasar la propia capacidad en industria y, en ningún caso, dejarse arrastrar por la ilusión de la autarquía. Intensificar continuamente aquella producción que crea riqueza y deja ahorro, y no la riqueza que engendra especulación, despilfarro, haraganería e inmoralidad.

Sobre los consejos de Figueres al país en materia de producción y su planeamiento económico según la nueva orientación, cabría llamar la atención del pueblo costarricense sobre los resultados que a la postre han de obtenerse si se persiste en la tendencia, pues en materia social-económica, es mayormente la ordenada y metódica labor la que da fruto. El ejemplo de Puerto Rico no debe perderse de vista.

En un período poco menos de diez años el analfabetismo ha disminuido en un 80%. Las entradas pasaron de 230 millones en 1940 a mil millones de dólares actualmente. La producción por obrero ha sido casi el doble; la entrada de una familia ha subido como término medio de 600 dólares en 1940 a 2,360 en 1955. Cuatrocientas son las fábricas instaladas dentro de la década, a partir del momento en que se puso en marcha el programa de desarrollo industrial iniciado y dirigido por el Gobernador Luis Muñoz Marín.

Todo ese crecimiento a base de economía nueva —la misma que predica Figueres en Costa Rica—, en un país libre, bajo el signo de la iniciativa privada y libertad de empresa, pero todo dirigido, metodizado y guiado por el Gobierno de la isla que ve día a día alejarse de sus horizontes el fantasma de .la miseria que le cercaba por sus cuatro puntos cardinales.

Costa Rica puede muy bien imitar a Puerto Rico en afán, en consagración, en método y continuidad. Si carece de algunas ventajas, le sobran otras que posibilitan el advenimiento de un futuro mejor para la vida de su pueblo.

Las dictaduras no pueden dar más de lo que se produce. En los tiempos de auge malgastan el canon arancelario en espectaculares construcciones sin tener en cuenta las normas de evolución y desarrollo que son ley de naturaleza y condición de progreso creciente. Levantar, por ejemplo, un rascacielos entre dos chozas de adobe o de paja; una ciudad universitaria en un pueblo que carece del debido porcentaje de escuela primaria y secundaria; campos de deportes monumentales en inmensos yermos humanos que carecen de hospitales y bibliotecas, o construir palacios legislativos y de justicia en donde se legisla y se enjuicia por la sola voluntad del dictador, no es crear progreso ni cultura.

* * *

Las dictaduras, además, con o sin progreso material, imposibilitan el vivir libre y seguro en la civilidad; lo impiden, en dignidad y decoro humanos, la ignorancia y la pobreza.

Por ello Figueres hace hincapié en dichos obstáculos en su búsqueda de una eficaz y pronta manera de eliminarlos. En resumen esquemático, su razonamiento es el siguiente: "La deficiente educación y la insalubridad se deben a; la pobreza. La escasa cantidad que puede gastarse en salud y educación públicas, impide el crecimiento de la productividad: un pueblo inculto y enfermo produce poco. Mientras solamente una minoría disfrute de ellas no pueden aprovecharse los recursos espirituales y las posibilidades materiales de un país".

La pobreza en nuestros pueblos, ricos en recursos naturales, débese al insuficiente ingreso nacional. Y éste, a los bajos e inestables precios de los productos de exportación de que vive la América Latina.

Los Estados Unidos, sucesiva o simultáneamente a Europa, se convirtieron en el centro de la economía mundial al aprovechar los adelantos científicos y las modernas técnicas, creando y acumulando así mayor riqueza y distanciándose del resto del mundo en progreso y bienestar, en posibilidades y en grandeza.

Por el peso mismo de tan formidable economía y la potencia que genera, los países industriales establecen los precios de sus artículos de exportación y al mismo tiempo los de las materias primas y productos agrícolas de los sectores débiles y atrasados. Como efecto de esa doble valoración, surge entre los pueblos atrasados y pobres una competencia por vender sus productos, en virtud de la cual disminuye todavía más el precio, en provecho exclusivo de los países industriales.

La distancia ya grande en el comienzo del proceso, se hace abismal. Los salarios de unos aumentaron constantemente el nivel de vida en las tres dimensiones de la existencia —nutrición, salud y cultura—, en tanto que los de los avasallados o compelidos por necesidad, lo redujeron en la misma proporción o más.

El bajo ingreso impidió la acumulación de capital propio y la economía tuvo que mantenerse en un estado de virtual estancamiento; las distancias se tornaron inconmensurables.

Ya no es posible ir más allá en la línea de los contrastes económicos y de la distancia y separación que determinan, porque nos llevaría al rompimiento de los lazos que unen a las dos Américas. De otra parte, el *statu quo* sería la muerte lenta o la rebelión en el desespero. E inmediatamente después, el aniquilamiento del cuerpo místico americano en cuanto es resumen y continuación integral de los ideales de Occidente.

Figueres ha señalado el peligro, no tan remoto dada la potencialidad del soviétismo eurásico y sus intentos de penetración política y económica en la América Latina, cuya debilidad y retraso no

ignoran. Es por esa razón de futuro que el Presidente de Costa Rica auspicia la unión en la forma concreta ínsita en las tres proposiciones o puntos. Su firme y resuelto apostolado es eliminar la tremenda antinomia que amenaza el porvenir y la existencia de América toda.

¿Cómo resolver en armónica composición la antítesis en el campo de la producción, que repercute directamente sobre la vida y el desenvolvimiento de la América Latina?

Debe tomarse en cuenta, como punto de partida, que entre las dos economías no se da antinomia alguna. Se trata de un simple dualismo de naturaleza y de intercambio que se resuelve en unidad económica, por efecto de la diversidad de producción: el Norte y el Sur son, a la vez, abastecedores y consumidores de ella. Se necesitan mutuamente porque se complementan, y por lo mismo resultan copartícipes de la riqueza generada que, en realidad, no se hace efectiva hasta que se verifica el intercambio .

Procede luego determinar el grado o proporción de esa riqueza que corresponde a cada una de las partes, ahora unilateralmente impuesta al débil por el fuerte o poderoso. Esa parte la constituye el ingreso nacional. Para que este ingreso responda a un imperativo de ética humana, debiera establecerse por mutuo y libre entendimiento. Lo exigen el espíritu de asociación y la misma amistad entre iguales; la justicia distributiva y la más exacta economía, que impone la política permanente de igual pago por igual esfuerzo.

Figueres, realista de los más altos idealismos, introduce ese punto como el más importante en un plan de desarrollo hemisférico a largo plazo. Pero como la contraposición de intereses es grande y la desigualdad de fuerzas entre las partes es mucha, todo lo cual haría larga y laboriosa la ansiada entente, propone la fórmula hacedera y equitativa de un inmediato aumento del ingreso, estabilizado a base de niveles justos en los precios de exportación para la América Latina.

Es el gran paso a dar hacia la unión y la unidad americanas ya que permitiría de inmediato el ordenamiento social-económico. Para Figueres, la estabilización de los precios es, si cabe, más importante y decisiva. Un aumento justo que ya es inaplazable, pero estabilizado, siempre estabilizado.

Sus razones no admiten controversia. "La estabilización de precios a un nivel justo traería consigo entre otros efectos inmediatos, un estímulo al mejoramiento de los métodos de producción, con la consiguiente reducción del costo en horas de trabajo por unidad. La reducción del costo, a su vez, podría significar en el futuro precios más bajos para el consumidor norteamericano, o un ingreso mayor para el productor latinoamericano, o ambas cosas".

El espíritu práctico de sus reflexiones se puede conjeturar por una sugerencia de su Gobierno a las Naciones Unidas: la creación de una reserva mundial de alimentos, mediante la compra de los excedentes. "Yo he observado repetidamente, como estudiante de economía y como agricultor, que la amenaza de superproducción y precios bajos hace vivir al hombre moderno en un mundo de miseria, con la mente atormentada por el espectro de la abundancia".

La estabilización de los precios, para la América Latina, significa alcanzar ya, desde ahora, un inmenso y decisivo poder en el camino de su desarrollo y grandeza: adopción de mejores métodos y técnicas; ahorro y capitalización para formar su propio capital; amplios presupuestos especialmente en educación y salubridad, y la desaparición gradual pero segura de la ignorancia y la pobreza; un decoroso acercamiento a los niveles norteamericanos de vida, todo lo cual nos llevaría ineluctablemente a la unidad por efusión de sentimientos y por coparticipación en la riqueza que se vaya creando con la producción agrícola y mineral del Sur y la industrial del Norte mediante el intercambio comercial.

Esa estabilización de precios a niveles justos sería lograda por la América Latina si la idea se inscribe y desenvuelve como primer punto fundamental de la política exterior interamericana de cada una de nuestras repúblicas, en programa de acción conjunta.

Desde luego, no hay que esperar todo del Norte. Debemos primero establecer el orden y la normalidad dentro de nuestra propia casa para acercarnos a la del buen vecino. En esa forma las pláticas amistosas sobre nuestro porvenir unificado, tendrían un mejor y más amplio respaldo.

Figueres ha comenzado por desarrollar la idea y practicarla en su país siempre fija la mirada en la experiencia diaria que se verifica en los Estados Unidos a quienes también hace llegar su palabra de estímulo y consejo.

Entre otras muchas indicaciones, les sugiere un plan de tipo económico con miras a un efectivo apoyo a nuestra América, sin sacrificio mayor de su parte. Por ejemplo, "estimular nuestra industria liviana mediante bajas tarifas aduaneras. Hay algunas manufacturas y materias primas semitransformadas que debieran producirse en el Sur y enviarse a los Estados Unidos en pago de la industria pesada o altamente técnica", "Sería preferible para la economía de los Estados Unidos afrontar el gasto de convertir sus industrias sencillas en actividades más avanzadas, que continuar compitiendo con los incipientes negocios de los países de bajo ingreso, por medio de aranceles proteccionistas". Otra manera, sería una política liberal de impuestos para las Compañías que operan en el Sur. Una norma general podría ser la de que los impuestos sobre utilidades se paguen al país en donde éstas operan en tanto que el del ingreso personal de los accionistas estadounidenses se pague en el suyo. El contrato bananero vigente entre el Gobierno de Costa Rica y la United Fruit Company es un ejemplo que ha abierto el camino y sentado un precedente.

Muchos otros son los medios para colmar los vacíos interiores que afectan la buena relación interamericana. Figueres los señala y expone con acopio de razones políticas y argumentos de economía. En una de sus tesis ha definido magistralmente la única política que puede salvarnos a todos: "un solo criterio económico y un solo espíritu democrático dentro de los moldes de nuestra cultura y civilización occidentales".

* * *

Las reflexiones precedentes sobre el internacionalismo americano de Figueres apenas constituyen el eco amortiguado de las notas claras, melódicas y cordiales que forman la sinfonía de lo que bien puede llamarse doctrina a incorporar al derecho internacional americano.

La compilación y sistematización de esta nueva filosofía del convivir americano, en unidad de pensamiento y de acción económica, es tarea de inexcusable realización por parte de la generación del 48.

La doctrina Figueres resulta, en el campo de la economía, el complemento de la buena vecindad iniciada por el Presidente Franklin D. Roosevelt y mantenida por los gobiernos que le siguieron en la Casa Blanca, vale decir sus dos grandes partidos. Es la mejor contribución positiva al pensamiento del apóstol José Martí en sus reflexiones americanistas: "Pensar es prever. Es necesario ir acercando lo que ha de acabar por estar junto... ¡Guerras horribles, las guerras de avaros!"

NOTA DE ULTIMA HORA

Ya para entrar en prensa este libro, se ha celebrado en Panamá la reunión de Presidentes americanos en conmemoración y recuerdo del Primer Congreso celebrado en la misma ciudad a iniciativa del Libertador Simón Bolívar.

A los efectos que nos interesan, es singularmente oportuno destacar el discurso del Presidente Eisenhower en el cual abunda concretamente en los mismos puntos del pensamiento internacional de Figueres, en lo que respecta a sus nuevos señalamientos para la Organización de Estados Americanos.

El Presidente de los Estados Unidos propicia una reforma a la O.E.A. que haga dinámica y efectiva su acción . Leamos algunos párrafos de ese interesante documento:

"¿No es posible acaso que ahora miremos hacia adelante, a una nueva fase de la Organización, en la cual dedicaremos al bienestar humano individual el mismo esfuerzo noble que hasta ahora ha protegido y vigorizado la vida mancomunada de nuestras naciones?"

"No sugiero que la tarea inicial haya terminado. La paz y la libertad de una nación nunca pueden ser tenidas por descontadas. Debemos vigilar constantemente, individual y colectivamente, pero creo que, en los años venideros, podemos consagrar más esfuerzos a enriquecer el bienestar material, intelectual y espiritual del individuo."

"Desde el día de la creación, la esperanza más querida de hombres y mujeres ha sido dejar a sus hijos algo mejor que lo que ellos han disfrutado. Esa esperanza representa una chispa de la divinidad implantada en todo pecho humano".

"Con demasiada frecuencia, desde el comienzo esas esperanzas han sido frustradas, dejando lugar a la amargura y la apatía".

"Por supuesto, los problemas que aquí se presentan son primordialmente los del país en que residen los individuos, pero creo que podemos ayudarnos los unos a los otros. Las posibilidades de nuestra Organización no se agotan concretándonos al campo político. En realidad, nuestra Organización ha comenzado ya a aplicar el principio de que el bienestar y progreso materiales de cada miembro son vitales para el bienestar de cada uno de los demás".

"Sin embargo, creo que podemos hacer más. En este asunto, una idea sencilla que he tenido oportunidad de expresar a algunos otros Presidentes americanos aquí ha sido considerada generosamente por ellos".

"Se trata de que cada uno de nosotros nombre un representante especial que contribuiría a prepararnos recomendaciones especiales para convertir a nuestra Organización de Estados Americanos en un instrumento más efectivo en aquellos campos del esfuerzo cooperativo que lleven el bienestar a nuestros pueblos. De esos representantes podríamos esperar sugerencias prácticas en los campos económico, financiero, social y técnico que nuestra Organización podría adoptar convenientemente".

"Como un sendero de esfuerzo útil podrían explorar prontamente la manera de acelerar el uso benéfico de las fuerzas nucleares en todo el Hemisferio, tanto en la industria como para combatir la enfermedad".

"Los años venideros traerán a la humanidad elementos ilimitados para que esta nueva ciencia pueda impulsar el bienestar humano. Progreseemos juntos como una familia, para dar esos resultados a todos nuestros pueblos".

"Nuestra Organización no podrá nunca ser estática. Estamos aquí para conmemorar un concepto dinámico puesto en marcha en la Primera Conferencia Interamericana de 1826 convocada por Simón Bolívar. Aquí rendimos homenaje a la fe de nuestros padres que se tradujo en nuevas instituciones y nuevas obras; pero no podemos seguir por siempre adelante meramente con el impulso de su fe. Nosotros debemos tener también nuestra fe propia y ver que se traduzca en obras".

"Por consiguiente, así como nuestras Naciones han convenido en unirse para combatir la agresión armada, unámonos para encontrar los medios que permitirán a nuestros pueblos combatir los estragos de la enfermedad, la pobreza y la ignorancia. Démosles, como individuos, una oportunidad mejor, no solamente de buscar la felicidad, sino también de alcanzarla. Una gran historia de familia ha conducido a esta Asamblea sin precedentes de Presidentes americanos. Tal vez en nuestros días se nos haya dado la oportunidad de contribuir a poner en marcha una nueva era que enriquecerá dignamente esa historia".

"De esa manera, también nosotros habremos servido al futuro, tal como hemos sido grandemente servidos por el pasado al que hoy rendimos aquí homenaje."

Es decir, exactamente lo mismo que de tiempo viene predicando y sugiriendo Figueres. No son, pues, imposibles lo que propone nuestro Presidente puesto que el mismo Eisenhower lo ratifica con su peculiar modo de expresión. Es un triunfo grande y legítimo para Costa Rica y Figueres que conviene señalar como índice anticipado de que sus ideas vienen abriéndose paso.

Es interesante hacer notar también el que otros Presidentes hayan hecho hincapié en puntos concretos del ya conocido ideario político interamericano de Figueres, como el de Chile, General Carlos Ibáñez del Campo sobre "la unidad continental" y la "urgencia de mejorar el nivel de vida de nuestros pueblos, y la necesidad de robustecer nuestras producciones industriales y agrícolas a base de nuestra cooperación".

El Presidente de Cuba, al referirse al aspecto económico de las relaciones interamericanas, coincide igualmente en los viejos postulados figueristas en expresión como ésta: "Entendemos que debe estimularse la defensa y la promoción de las riquezas naturales de cada país, el desarrollo de los pueblos cuyas economías no hayan alcanzado un alto nivel de evolución y el fomento e impulso del bienestar nacional mediante instituciones interamericanas de crédito".

Podrían transcribirse aquí las declaraciones de casi todos los Presidentes reunidos coincidentes con el evangelio del Presidente Figueres. La diferencia estriba sólo en que las ideas ahora exteriorizadas por los Presidentes americanos constituyen punto de partida para la marcha unida, en tanto que para Figueres vienen siendo programa de gobierno desde el primer momento de su entrada a la vida pública: una revolución ideológica y práctica que viene haciendo a diario desde 1948 con palabra, obra y en conducta política interamericana.

VI

PERFILES DE SU FISONOMIA POLÍTICO-FILOSÓFICA

Hemos llegado al término de nuestra excursión por los campos de la Historia patria. Del pasado, registramos los antecedentes que explican los movimientos sucesivos que dieron fisonomía a nuestra política; del presente, los acontecimientos que determinaron el alzamiento nacional y desembocaron en nuestra guerra de liberación; del conjunto, la gesta extraordinaria de la generación del 48 que culminó en la Revolución y en el Gobierno y, de ella, el relieve de José Figueres.

En cuanto a la generación del 48, nos hemos ceñido rigurosamente a los hechos y a las posibilidades de regeneración nacional que estaban en su programa y se manifiestan en su quehacer de esta hora. En relación con Figueres, hemos tratado de exponer la doctrina ateniéndonos a su propio pensamiento. Nos hemos colocado, como es consiguiente, en sus personales puntos de vista adentrándonos en su mentalidad y psicología tal y como ambas se ofrecen a nuestra penetración y examen.

Tal vez se nos hayan escapado algunos perfiles de los que caracterizan su fisonomía política. Es tiempo de consignarlos en este capítulo de resumen a fin de darle la verdadera medida, y también para el bien ver y juzgar del lector imparcial.

* * *

En la existencia de Figueres todo se explica y concuerda armónicamente cuando, al final de los episodios que lo introdujeron a la vida pública, cuajó su vocación de hombre de Estado.

De su carácter, de su actuación y manifestación sucesivas, hay que descartar la simetría que tipifica al burgués, entre los hombres de empresa, y al político, entre los gobernantes. Para la Historia ambos carecen de relieve y por eso los diluye en la cronología de los sucesos que registra. Figueres, en cambio, sí acusa personalidad y acaso mayor de la que se le asigna —así lo creemos nosotros— quizás por su proximidad a nuestro lente de enfoque.

Se podrá achacarle errores, pero en manera alguna negarle la calidad ductora que determinó el fenómeno político de envergadura que todos conocemos, fuera de toda lógica en la vida costarricense.

En uno de esos característicos movimientos propios de toda lucha, excéntricos si se quiere, y asimétricos —únicos generadores de grandeza—, salta por sobre lo anecdótico y accidental de la política y varía el curso de nuestra historia nacional.

Renán observó con genial finura que toda creación magnánima entraña una ruptura del equilibrio normal en los hombres representativos, un estado violento que los hace salirse de sí mismos. Esto fue exactamente el gesto de Figueres al quebrar airadamente la línea de su vida de empresario, y lanzarse resueltamente a la guerra —la mayor violencia social conocida— como único medio de liberación para el país.

De haberse atendido a la ley de la simetría, ya en el Poder, no se hubiese lanzado a la creación de la Segunda República en moderna configuración social-económica. En

Costa Rica siempre ha podido hacerse todo, a condición de dejar tranquilos, intocables, el capital y el impuesto.

La liberación democrática de la República por la guerra y su transformación económica en la paz ganada, han sido factibles por aquel salirse de sí del industrial y agricultor laborioso que ha venido a definirse por los salientes de su pensamiento y voluntad creadores.

En los hombres de relieve, dentro del campo de la política en que ahora discurremos, la excepcionalidad es siempre efecto de un temperamento *sui generis*. A unos les impele la fuerza de un proceso fisio-psicológico en la composición íntima del ser. A otros, el violento salirse de sí que anota Renán, que es el estallido de la volición del subconsciente prendiendo en la voluntad iluminada por la razón. Caracteriza a los primeros, la introversión; a los últimos, la extroversión. Y el extrovertido, según Jung, es el ingrediente irremplazable de la vida, la condición necesaria de toda voluntad anímica.

Figueres entra en esta última clasificación. Desde el momento mismo en que no queda para Costa Rica otro camino que el de la revolución armada —físicamente imposible pero moralmente obligada— la predica en esperanza, le crea ambiente, busca los medios, la organiza y... aguarda a que su idea sea compartida para llevarla a efecto en unidad de miras y en comunidad de esfuerzo.

Ejerce el Poder en asocio de sus compañeros sin resolver nada por sí y ante sí, antes bien en comunicación constante con el pueblo. Rescatada la República y restaurada la normalidad, vuelve al ser propio sin jamás legislar o decretar por sorpresa ni imponer por la fuerza.

Exponente de conducta limpia y de reflexión normada, los salientes originales de su carácter no se manifiestan por el empuje de la ambición unida al poder, sino por el choque entre la triste realidad exterior que observa y el íntimo sentido de responsabilidad.

Si vivir es proyectarse en los demás, hacerles partícipes del yo interior y esencial con propósitos de convivencia y fines de bien social, Figueres lo refleja a diario por la prensa, la radio, el folleto, las proclamas y mensajes. Aplicándole la clasificación de Breuler, diremos que es un ser sintónico, porque irradia como por costumbre sus pensamientos unas veces prefigurados en deseo, otras en proyecto y, finalmente, en ley y en instituciones.

Tan espontáneo y fluido es su quehacer gubernamental que en éste no rastrea ni asoma el cálculo. Ha concebido con ilusión hasta que el razonar reposado de la mente aventó todos los imposibles para darle cuerpo y forma actuantes a la idea. Y el cálculo no entra para nada en la materialización de las ideas, porque Figueres es por antonomasia hombre de pálpitos, la maravillosa palabra acunada en nuestra América, evocadora del espíritu que se entrega a empresas que siente necesarias y son de deber social.

Su pálpito le guió y le ha conducido al primer plano de la vida pública, no para brillar entre esplendores de poder o gustar de sus goces, sino para realizar en plenitud el programa de la generación del 48, la generación que llevó a la guerra y al Gobierno con el fin de alcanzar en la paz del vivir tradicional progreso, bienestar y cultura.

* * *

Al lector que nos haya seguido hasta aquí tal vez se le ocurra preguntar: ¿qué filiación política puede darse a Figueres y a su generación del 48?

Amigos de nuestros amigos pero mayormente de la verdad, vamos a responder al interrogante en cuanto la definición quepa dentro del conjunto de ideas, tendencias, obras y actuación que nos ha sido dado examinar e interpretar. No vamos a tomar en cuenta la que el mismo Figueres haya podido adjudicarse sino la de nuestra propia y personal inducción.

Desde luego, la vasta concepción política de Figueres y su Gobierno no encaja dentro de las clasificaciones todavía hoy en uso, por trascenderlas en algunos de sus concretos postulados. De otra parte, las etiquetas que vienen circulando por el mundo desde el siglo pasado se nos antojan descoloridas. Se impone una revisión total del lenguaje y sintaxis políticos. Los reagrupamientos actuales se efectúan al margen de los conceptos teóricos de antaño.

Decir hoy, por ejemplo, que se es liberal, conservador, socialista, etc., con la varia adjetivación complementaria de estilo en los partidos políticos, es no decir nada. Sin embargo, subsiste y pervive todavía con substancia definida la palabra Democracia y, no obstante sus variantes, envuelve plena significación porque no le viene de su etimología solamente sino de haber sido divisa de combate entre dos mitades universales del pensamiento en la última gran guerra de los Continentes.

Más que definición valedera por sí misma, democracia —lo dijimos antes—, es una actitud y una conducta ante la Historia; es una filosofía completa de la vida que abarca todas las nociones esenciales y accidentales del ser y del existir. Es, por lo tanto, denominador común para todos cuantos se mueven en la esfera de esa filosofía. Tanto Figueres como la generación del 48, están y caben dentro de ella: son demócratas por costarricenses, por americanos y por occidentales y, también, por su pensamiento y actitud ante los problemas públicos a que se enfrentan.

Sin embargo, con llamarles demócratas no diríamos tampoco nada nuevo ni comprensivo, porque la palabra implica tal variedad en matices de expresión y en concreciones de gobierno que caeríamos en la ambigüedad o nos llevaría a la confusión. Se afirmaban demócratas los distintos fascismos de ante-guerra y el soviétismo hoy mismo, y no obstante su concepción de la vida y su filosofía de la Historia, éstas no corresponden a las de nuestra América ni a las del mundo occidental.

Hay que buscar otras nomenclaturas que expresen esa filosofía democrática en el actuar de los partidos políticos y gobernantes. Por eso creemos que ahora se recurre al uso de otros viejos nombres, remozados en intención y propósito. Nos referimos a los vocablos Capitalismo y Comunismo.

En realidad, dos conceptos que sólo reflejan lo económico, o sea una parte del todo, dejando el resto en el aire de las interpretaciones capciosas. El significado que envuelve el capitalismo no excluye la democracia política. Puede muy bien darse, se ha dado y se da, el régimen democrático de gobierno asociado con el ser económico de la misma sociedad. Es un general acomodo que cuajó en el mundo occidental: estructura política del Estado con superestructura económica capitalista.

El comunismo, tampoco excluye la democracia política y de ésta se dice legítimo exponente, pero invierte los términos y la realidad de su composición, supeditando lo político a lo económico, tomando a éste como todo y aquél como parte, o sea estructura económica del Estado con superestructura política "democrática": es el acomodo que se observa en los países situados detrás de la cortina de hierro.

Hay que hacer notar las siguientes particularidades: la democracia política en Occidente es simplemente un reflejo oblicuo del capitalismo económico de la sociedad; así como lo económico

en la Unión Soviética lo es del comunismo político. En ambas zonas, las superestructuras determinan la estructura real de dichos sistemas.

Y ello proviene de que ni la democracia capitalista ni el comunismo "democrático" responden, en su plasmación, a la realidad social del mundo en que vivimos.

El hombre no ha adaptado todavía su mente y su actitud a los hechos sociales y económicos generados por la ciencia con su técnica y la máquina con su producción en abundancia. Una vez que hayamos adaptado nuestra manera de conducirnos dentro de este nuevo mundo, habrá de surgir el concepto exacto que corresponda a la educación de lo político a la realidad social. Estamos en plena etapa de transición. Imposible, en consecuencia, clasificar a Figueres en ninguna de las nomenclaturas empleadas hasta el momento.

* * *

Otra realidad de nuestros días es que el hombre de la calle ha dejado de atribuir importancia a las formas de gobierno y a los sistemas políticos. En Europa coexisten monarquías y repúblicas con la singularidad de que sean las primeras las de mejor contenido democrático, a causa, tal vez, de la sabia dosificación de libertad y jerarquía que las caracteriza o consecuencia de una integración social constante y ordenada, lograda a través de los tiempos: Gran Bretaña, Holanda, Bélgica, Noruega y Dinamarca son los mejores ejemplos.

En América, original y tradicionalmente republicana, las nomenclaturas políticas no ejercen atracción ninguna. Se las emplea como etiqueta de diferenciación local para la conquista del Gobierno. El ciudadano busca en los programas lo que contienen de substancia económica. El cómo y el cuánto de su posible vivir le interesan más que el cómo del posible Gobierno, a pesar de las simpatías o adhesión al capitalismo o al comunismo.

En el mundo occidental, América inclusive, el comunismo es recurso de los desesperados: formalmente es anticapitalismo. El marxismo, sin lucha de clases, no habría logrado adeptos porque el valor de la personalidad es casi absoluto entre nosotros. Son comunistas los que no pueden ser otra cosa, o quienes se sienten injuriados o defraudados por un régimen social que consideran injusto. El marxismo es un gesto de protesta o un propósito de desquite.

Es la reacción violenta de la apropiación ejercida por el capitalismo liberal. Entró éste por los campos de la producción sin freno moral, sin mayor justificación que el éxito y el beneficio. Su propiedad exclusiva no era fruto de la proyección del hombre sobre las cosas, sino de la explotación del hombre con ellas y a través de ellas.

A la postre de las luchas sociales, la moderna sociología ha establecido como teorema que la propiedad y el capital implican necesariamente una función social, lo que la Iglesia ha venido predicando desde siglos. Ambas han llegado a la misma conclusión por diferentes caminos: la sociología científica, por signos económicos; la Iglesia, por móviles de moral humana y cristiana. No se olvide que el Papa León XIII vino a propugnar el salario familiar, como justo precio del trabajo del individuo, lo cual equivalía a asignarle una parte más de lo que matemáticamente producía con su actividad personal, o sea un plus de alcance social, a deducir de la parte que se adjudicaba el capital' por la razón exclusiva de su poder.

Figueres, a su vez, dio con una fórmula que engloba los dos criterios expuestos: la propiedad es una responsabilidad. Si ésta no fuera social, ¿qué responsabilidad cabría al capital o a la propiedad?

El capitalismo, tal como se manifestó a su entrada en el campo de la producción, y el marxismo soviético en su irrupción revolucionaria, falsearon la idea original de propiedad y capital en las finalidades que ambos envuelven. Ambición y pasión obscurecieron su mente y los desviaron de su lógica trayectoria: el capitalismo, por su abandono de la norma ética marcada por la Ley Natural; el soviétismo, por su separación de la primigenia y pura idea de Carlos Marx.

Porque entendámoslo bien, Carlos Marx adjudicó al Estado la propiedad exclusiva de los bienes de producción porque los vio monopolizados por una clase que gobernaba prácticamente para la clase. Creyó que por su autoridad de único patrono, el Estado aseguraría la producción suficiente para la sociedad y la consiguiente distribución de riqueza para todos. Y así con esa garantía de autoridad y poder, alcanzarían los hombres los beneficios de la vida.

Su gran error radica en que su Estado no es órgano y expresión de la sociedad, sino un Estado clase. Mucha es la cuenta que le debe Carlos Marx al buen sentido humano y a la sociabilidad, inherente e inseparable del hombre; grande e intencionado es su olvido de la diversa capacitación y aptitud de los individuos —fenómeno de la naturaleza— e injusta su distribución de la riqueza, puesto que da a los proletarios lo que ha quitado a los capitalistas. Esa inobservancia de los fenómenos reales lo llevó a cargar el acento de su interpretación de la Historia en la lucha de clases que, de ser natural y humana, justificaría en contra de sus postulados los del mismo capitalismo-clase que quiso derrocar.

Figueres rechaza por igual ambos sistemas por razones de moral, por motivos de experiencia y por exigencias de economía científica, no perdiendo de vista nunca sus postulados fundamentales, por todas las escuelas aceptados, e implícitos y explícitos en su misma definición, porque la Economía es una ciencia al servicio de la sociedad.. Sus elementos básicos son el Capital y el Trabajo en acción y orientación conjunta hacia la supervivencia y el bienestar. La línea que fundamenta la Economía y el proceso que la determina están constituidos por estos factores: Inversiones, Trabajo y Beneficios que armónicamente conjugados vienen a satisfacer las necesidades del consumo. Bartiat, en sus magníficas disertaciones doctrinales, nunca perdió de vista esa realidad y así, al tratar del valor en Economía, puntualizaba "que es la relación de dos servicios cambiados en los que intervienen todas las leyes de la Naturaleza Económica junto a los afanes del hombre, los cuales son: la necesidad, el esfuerzo y la ganancia". Y estos tres afanes son los que dan como resultado el progreso y bienestar, en cuanto andan controlados por la moral y regulados por la experiencia. En la revista de avanzada católica "Itinéraires", que se publica en París, redactada, entre otros eminentes escritores, por Henry Massis, Jean Madiran, Louis Salieron y Marcel Clément este último se refiere al Mensaje de Navidad último del Papa en que condenó el comunismo "como sistema social", con estos conceptos oportunos para este lugar: "Es pues el comunismo como tipo de organización social, y no solo como ateísmo, lo que la Iglesia condena. Y no es por un "conservatismo retrasado" que Ella permanece ligada al derecho de propiedad privada, aun de los bienes de producción y al libre establecimiento personal, sino porque es un orden moral querido por Dios y Ella es fiel a Dios..." Lo cual viene a situar la doctrina de Figueres en el centro convergente de la tradición católica y la economía contemporánea en práctica y vigencia en el mundo de la producción, por lo que se puede afirmar que Figueres ha dado culminación a una tesis constructiva valedera en Roma, en los Estados Unidos, en la Gran Bretaña, lo mismo que en la pequeña Costa Rica.

Y es que no la elaboró a prior! en un utópico intento de someter hombre, cosas y sociedad al molde de sus lucubraciones sino todo lo contrario, guiándose por el principio de que todo humano conocimiento arranca de la experiencia, según definieron hace ya siglos San Agustín y Santo Tomás de Aquino en filosofía todavía no desvirtuada.

* * *

En justicia no se puede situar a Figueres dentro del capitalismo clase con vestimenta democrática ni dentro del comunismo-clase con ropaje socialista. En sus postulados económicos y sociales ha llegado a síntesis positivas, prescindiendo de toda especulación puramente intelectual. No recurrió a la ciencia y a la cultura por sí mismas, en simple recreación estética, sino como medio para hacer útil y eficaz la herramienta de la economía en los predios de la producción. Hombre de gobierno, su oficio no está en explicar filosofías, como en cátedra, sino en adaptarlas en cuanto confirman la experiencia universal y la realidad costarricense .

Decía Goethe que en todo esfuerzo serio, verdadero y científico verificado en la Historia, hay un esfuerzo del espíritu hacia el Mundo. Todas las obras que han dado realce y valor eterno a las etapas de la Vida, han sido obras que miraban al exterior y afectaban el bienestar humano.

Eso mismo es el esfuerzo que en el radio de su influencia realiza Figueres. Escapa a toda clasificación literal, porque se proyecta sobre un todo social en amplitud nacional y extensión hemisférica. Sin embargo, se pueden hacer conjeturas sobre sus tendencias por varias de las manifestaciones dispersas en numerosos escritos. En uno de ellos, hacía una pregunta cuya respuesta, eso se induce, acaso corresponda a su más hondo sentir y a la imagen que de su política tiene para sí. La pregunta es en sus términos textuales: "¿Los economistas y sociólogos que se enzarzan en controversias sobre "socialismo" y "capitalismo", no ven una solución práctica en la economía mixta que se ha di arrollado en los Estados Unidos?"

La pregunta envuelve mayor intención que la que expresa su letra. Y de mucha importancia para la clasificación que se nos pide. Porque si bien los Estados Unidos no han substituido las bases fundamentales de su integración social y democrática, sí han desenvuelto aquellos altos principios al compás de la evolución que sigue el mundo. Han elaborado su Verdad con la suma de las verdades contenidas en los diversos movimientos universales que imprimen carácter, determinando en ellos su actual actitud mental.

Son un pueblo de existencia, composición y función mixtas en todos los órdenes del sentir, del pensar, del gobierno y del trabajo. De las grandes ideas han formado la suya propia de la que se nutren a través de la acción en la vida. Supuesto *el nihil novum sub solé*, son los únicos originales hoy, pues conforme a su patrón autóctono, muéstranse diversos siendo siempre los mismos.

La intencionada pregunta de Figueres a los controversistas de laboratorio se nos ocurre una manera peculiar de definir sus tendencias y las de la generación que conduce. ¿No son acaso su doctrina y su gobierno una política mixta de democracia liberal y de socialismo estatal? ¿No es por ventura su capitalismo de iniciativa y empresa, una dosificación mixta de sociología cristiana y de economismo sociológico?

En los capítulos de este ensayo consagrados a su pensamiento nacional e internacional, se hallan claramente dibujados los trazos constitutivos de su política mixta de gobierno en idea, en acción y en obra. Reunamos los puntos principales de su *modus procedendi*. La repetición no huelga aquí:

Propiedad privada con función y responsabilidad social . Distribución de la riqueza con apego a un criterio científico de justicia social. Iniciativa privada con plena libertad de empresa, bajo la dirección técnica del Estado a través de sus organismos autónomos especializados. Oportunidades iguales para todos con igualdad práctica de acceso al crédito. No el Estado propietario o patrono, pero sí único banquero distribuidor del crédito nacional entre todos los nacionales.

En todo resalta una vertebrada y constructiva política mixta que no puede calificarse como de derecha o izquierda, según las viejas fórmulas, porque aquellas derecha e izquierda representaban posiciones en relación a una posición social preexistente. La nueva política, con su nueva

concepción económica, deriva de los nuevos re-agrupamientos impuestos por la realidad y éstos no se diferencian por la posición, sino por las soluciones totales de vida que ofrece para todos. Y esto es lo que refleja y representa la política de Figueres para Costa Rica.

CONCLUSIÓN

Tenemos, pues, en Figueres a un hombre de avanzada que ha plasmado en la realidad de Costa Rica los postulados social-económicos de las dos escuelas del pensamiento contemporáneo. Ahora, llámesele como quiera, su definición está en la obra.

Quédanos por ver —y no de escasa significación— qué es lo que representa dentro del panorama costarricense en lo que podemos llamar "el juego de los partidos". Importante, porque la lucha política en nuestro país se diferencia de tal manera de las que se desarrollan en el resto de nuestra América que requiere de un breve preámbulo para conocimiento de extraños y reflexión de propios.

El sistema democrático presupone la existencia básica de partidos políticos permanentes de ideario definido en los cuales se considera incorporada la ciudadanía activa. De la pugna en los comicios sale el Gobierno. Y éste es el que ejerce el Poder, no como dueño y señor del Estado, sino como su director. Porque el Estado, en su concepción teórica y en su ser, es siempre órgano de la Nación, no de ningún partido por numeroso y fuerte que sea.

El Estado instrumento de un partido, se da en los regímenes totalitarios que sólo admiten uno, el suyo. Viene a serlo también, por corrupción y fraude, en las democracias invertebradas; y no digamos en las dictaduras que lo absorben por completo a beneficio de un César, con mayúscula o minúscula.

En sana y honesta democracia el partido que ocupa el Poder gobierna para todo el país según las técnicas y maneras administrativas que cree mejores para la realización de los ideales nacionales, unos mismos para todos los partidos y clases.

En la democrática Costa Rica no existían partidos políticos. Al acercarse los períodos marcados por la Constitución, se formaban agrupamientos alrededor de un nombre. La oligarquía tradicional con los candidatos previamente inteligenciados, financiaba en su mayor parte los gastos electorales. Desde luego, siempre surgía un segundo y hasta un tercer candidato apoyado por capitalistas en discordancia, pero el hecho no implicaba disidencia ni antagonismo fundamental. Todos encajaban dentro del sistema en vigencia y, por supuesto, acordes con los fines de la oligarquía. Era ésta con su dinero, con su influencia, con sus gamonales del interior más la simpatía personal del candidato, la que determinaba el triunfo.

Las diferencias entre cuantos han ejercido el poder público a lo largo de los tiempos —salvo casos excepcionales— pueden medirse por el pequeño progreso material que realizaron durante su mandato cuatrienal. El Presidente lo era todo; en él radicaba toda la autoridad y la función ejecutiva. Pero no se consideraba el "amo" ni se creía por encima de la Ley que cumplía literalmente. Acaso orillaba preceptos o los interpretaba con casuismo burocrático, pero nunca en lo fundamental y orgánico de la preceptiva legal.

Dentro de aquel ambiente de patriarcalismo democrático no se concebía la rebeldía ideológica ni la sedición revolucionaria. Cuando, por ejemplo, Jorge Volio se lanzó a la arena política con su flamante Partido Reformista, de limitados postulados sociales, las clases altas armaron un terrible alboroto indignadas por lo que consideraban un escándalo. Acosado subrepticamente por la

oligarquía y dividido el partido por las ambiciones de segundones sin idea ni disciplina, el generoso intento acabó por hundirse en el fracaso. La oligarquía costarricense no perseguía, pero no ha perdonado nunca a quien intentare poner las manos o la intención en el "sancta sanctorum" de su capitalismo ex elusivo.

Los defraudados del reformismo criollo se organizaron luego en partido comunista para seguir la moda de los tiempos, sin penetrar jamás en el corazón del campesinado. Lo alentó y dio calle libre, y un puesto en su tinglado socialero el doctor Calderón necesitado, a consecuencia de su fracaso personal, de un grupo "popular" para asegurar el continuismo del régimen orgiástico que jefaturaba.

En las elecciones presidenciales de 1948, a la usanza tradicional tomaron parte, dentro de la unidad de oposición, dos agrupamientos de temporada: el Partido Demócrata, alrededor del hacendado don Fernando Castro Cervantes, y el Partido Unión Nacional, en torno al periodista don Otilio Ulate Blanco. De ideario definido, sólo el Partido Social Demócrata, minoritario dentro de las filas opositoras las cuales sacaron triunfante la candidatura del señor Ulate, quien llegó a ser proclamado Presidente electo de la República. Pero el Congreso desconoció el fallo del Tribunal de Elecciones. Los jefes de aquellos agrupamientos ya no supieron qué hacer. Derivaron hacia los cabildeos transaccionistas que no llegaron a consumarse por haber estallado la guerra de liberación nacional organizada y dirigida por don José Figueres, el hombre decisivo para ese momento en que se necesitaban valor y decisión. Figura solitaria a la que secundó la generación del 48 en línea de combate.

* * *

Y he aquí como la decisión y el valor de un hombre dieron entrada en el Gobierno a la joven generación, aquella misma que se había constituido en partido permanente de moderna ideología universal, adecuada a las condiciones del país y a las circunstancias del momento.

El conjunto juvenil que había desplazado de la calle al comunismo gritón vino a suceder en el Poder a la vieja generación liberal tras el derrumbamiento del fatídico régimen de los ocho años.

Ha sido desde el Gobierno que ha dado a conocer su ideario y sus tendencias pero en obras. Los ocho años de lucha sin tregua no le habían permitido difundirlos y explicarlos a la ciudadanía ni a ésta darse cuenta cabal de lo que significaban e importaban para la República y el futuro de Costa Rica.

De ese grupo son los mismos nombres que hoy forman el núcleo medular del Partido Liberación Nacional, nombre adoptado como definitivo porque bajo esa divisa nació a mejor vida política la generación del 48.

Es, todavía, el único partido ideológico actuante porque cuanto se agita y mueve en un sentido u otro del país son residuos del viejo régimen: voces dispersas y divergentes que si quieren subsistir políticamente, tendrán fatalmente que unificarse en un propósito común afirmativo de gobierno.

La generación del 48, al integrarse en partido de opinión, no ha vuelto la mirada al pasado que ya condenó en los días del "Centro" y del Social Demócrata. Su mérito está en haber aquilatado las necesidades integralmente nacionales del momento actual y permanecer en oteo ideal hacia los horizontes del mañana, a fin de que Costa Rica no se extravíe nuevamente ni pierda el rumbo como le aconteció a partir del régimen liberal de los "grandes" del 89.

Acierto de política y ejemplo de madurez mental es el hecho de que su programa puesto en ejecución por gobierno de don José Figueres, abarque los intereses de todas las clases sociales y productoras sin privilegio ni beneficio exclusivo para ninguna.

Mucho le debe Costa Rica a quienes le devolvieron libertad y prestigio, y el libre ejercicio a la ciudadanía en todos sus derechos políticos individuales y colectivos. Al lanzarse a la guerra de la que huyeron los timoratos sin valor humano para sacudir la infamante coyunda, ofrendaron generosamente juventud y vida. Despertaron la emoción del pueblo adormecida por los parleros y ganaron la admiración del Continente. No hablamos de gratitud porque es flor que desgraciadamente no se cultiva en los predios de la política cominera, pero la Historia recordará la gesta como ejemplar suceso de valor responsable.

Sin embargo, esos largos años de inquietud para la patria que se precisaron en 1943 y tomaron cuerpo y forma en 1948, de nada hubiesen servido ni de ellos quedara recuerdo alguno sin la resuelta concurrencia a la cita que dio Figueres en el campo de batalla. El valor y la unidad salvaron a la generación del 48 del anonimato y de la frivolidad, y a Costa Rica de la frustración democrática.

Tampoco la guerra de liberación ni los muertos gloriosos que cayeron bajo la intemperie de aquella larga noche de oprobio y bandolerismo servirían para nada útil y beneficioso, si ahora no completasen la obra iniciada, manteniéndose a la altura de su misión, ajenos a la politiquería, en unidad de pensamiento y disciplina.

Las tareas de la paz requieren de más valor que los cruentos combates de la guerra porque en ésta la pasión y gloria llevan al hombre a todas las heroicidades, en tanto que a aquéllas les quita brillo exterior la razón callada y el sacrificio ignorado. La lucha sangrienta es menos riesgosa para las colectividades que la lucha política en sus encrucijadas de ambición y vanagloria. La diferencia entre ambas es que para la guerra se necesita valor y para la política disciplina. El valor es a la guerra lo que la disciplina a la paz, y el equivalente de la ofensiva en el campo de operaciones es la unidad constructiva en el Gobierno. Se gobierna para todo el país con obra y en obras de bien común.

* * *

La composición del panorama político costarricense, tal como nosotros lo vemos desde nuestra lejanía en la perspectiva que ofrece, impone al partido que gobierna una muy especial responsabilidad política y social.

No se han formado los partidos políticos que era de esperarse después de la amarga experiencia de los ocho años, que fueron posibles, originalmente, a la no existencia de ninguno organizado. Esa ausencia de partidos políticos vertebrados permitió el acceso al Poder del régimen orgiástico y su intento de continuismo. Los partidos permanentes, ideológicamente estructurados son, dondequiera, el valladar de las dictaduras.

Ha sido tendencia manifiesta de los jefes de los grupos que formaron en la oposición contra el régimen de los ocho años, no asociarse a la obra de la actual generación en el Poder, buscando más bien contacto con los restos de aquél. Eso quiere decir que en ellos no hay idea alguna de renovación nacional. Aspiran al predominio político únicamente, con el apoyo de la desplazada oligarquía capitalista. Y siendo esto así, al país se le plantea un grave problema de futuro.

No puede ni debe olvidarse el significado de la guerra de liberación nacional ni sus consecuencias políticas y social-económicas. Si en algo se estima lo hecho hasta hoy, hay que permanecer en

unidad disciplinada por responsabilidad de gobierno, por deber de ciudadanía, por espíritu de generación y hasta por instinto de conservación.

Lo más difícil para un partido de ideas y de acción es mantenerse en unidad de gobierno. Desde abajo en la oposición, la disciplina es mantenida por la misma pasión de la lucha. Permanecer en unidad de pensamiento, que es disciplina mental, y en unidad de acción, que es disciplina de la voluntad, es condición de eficacia y éxito.

Los partidos de ideología constituyen en todas partes una unidad bajo una dirigencia suprema. Y es más necesaria la disciplina en los sistemas poliárquicos de democracia porque en éstos la idea realizable no procede del pensamiento o la voluntad de un individuo, sino de un propósito colectivo que reúne a los individuos en un mínimo positivo a realizar. La obra de un gobierno no es tarea solamente de técnica, sino empresa humana, de cabeza y corazón, de comprensión amplia y de oportunidad en el quehacer, pero todo regulado por la disciplina en la palabra y, sobre todo, en la acción.

Nuestra generación del 48 no puede desentenderse de uno de los problemas más serios planteados a su consideración. No puede abandonar el país al azar de la politiquería ni dejarlo en la calle para que lo recoja el primer advenedizo que pase. Tiene que dejar formada la juventud que habrá de sucederle en su día. Costa Rica es el país de América con mayores posibilidades futuras de progreso y desenvolvimiento en la paz, si en la República toma estado una conciencia nacional sobre la base de ideas afines dentro de la democracia, plenamente realizables en sincronización con los tiempos que vivimos de economía de producción, que es progreso y bienestar.

Si la generación del 48 resiste la prueba del poder constructivo y de la responsabilidad social y americana que

contrajo al empuñar el arma y luego las riendas del Gobierno, podrá, en su momento, alcanzar la superación que cabe en la democracia, la del gobierno colegiado del que es prefigura el actual del Presidente Figueres. Aquel estadista uruguayo que se llamó José Batlle y Ordóñez lo predicó y sembró en su país después de recia y vigorosa lucha contra las dictaduras de dentro y el ambiente de fuera. En nuestro concepto, la generación del 48 y José Figueres lo llevan en la mente y en el propósito. Es una opinión nuestra fruto de observación y esperanza.

Que la generación del 48 se acuerde de su alma, que es pensamiento, y de su libertad que es deber y decoro.

Esta obra se terminó de digitalizar en
diciembre de 2017, en San José, Costa Rica
para elespiritudel48.org

PORTADA DE ROGER LOPEZ
Versión digital de CRM para EDEL.